

# LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 16.

NÚM. 182.

LA

# ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSÉ DE LÁZARO**

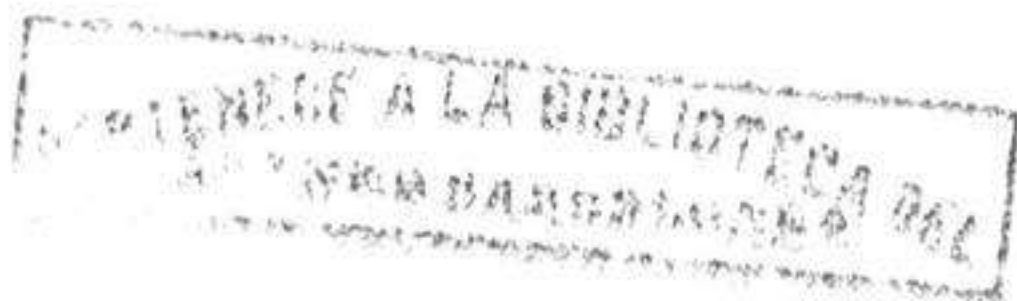
\_\_\_\_\_  
**FEBRERO 1904**  
\_\_\_\_\_

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# LA PRINCESA TARAKANOFF

(NOVELA)

## PRIMERA PARTE

Diario del teniente Kontzoff. — Mayo de 1775. — Océano Atlántico.  
Fragata el *Águila del Norte*.

### I

Desencadénase furiosa la tempestad desde hace tres días y tres noches. Nuestra fragata, el *Águila del Norte*, danza sobre las olas, pasado Gibraltar. Sin mástiles, con las velas desgarradas, es arrastrada por la corriente hacia el Sudoeste. Después de haber dado la consigna, me encierro en mi camarote. La corriente nos sigue arrastrando. ¿Dónde nos detendremos? ¿Qué será de nosotros? Lo que tenga tiempo de escribir de cosas experimentadas y sensaciones vívidas, lo encerraré en una botella sellada y la arrojaré al mar. Que quien la encuentre se sirva remitirla á su destino; y ¡Tú, Dios omnipotente, dignate tranquilizar mi alma, que desfallece abrumada por la duda y el remordimiento!

...Soy marino; me llamo Pablo Efstafievitch Kontzoff, oficial de la Armada de su majestad la emperatriz de todas las Rusias, Catalina II; fuí distinguido de un modo particular, por la gracia de Dios y de mis jefes, hace cinco años, cuando la célebre batalla de Tchesmé. Sabido es del mundo entero que

nuestros valientes compañeros, los tenientes Ilién y Klokatcheff, con cuatro brulotes contruídos de prisa con cuatro barcos griegos, se lanzaron sobre la poderosa flota turca, cerca de Tchesmé, y la exterminaron. Y mi humilde personalidad fué la que, á la media noche del 26 de Junio de 1770, tuvo la dicha de arrojar desde el navío *Enero* la primera bala roja. Estalló en la santabárbara; en un abrir y cerrar de ojos voló el navío almirante turco; toda la flota enemiga corrió la misma suerte. Al día siguiente, de un centenar de navíos de 60 á 90 cañones, de todas aquellas fragatas, queches, galeras, no quedaba más que humeantes restos y cadáveres.

Esta victoria ha sido cantada en una oda á la batalla de Tchesmé por el célebre poeta Chersakoff, el cual, á mí, desconocido la víspera, consagró estos versos célebres:

Kontzoff alcanzó la victoria sobre el turco;  
yo, poeta, en mis versos celebro su gloria.

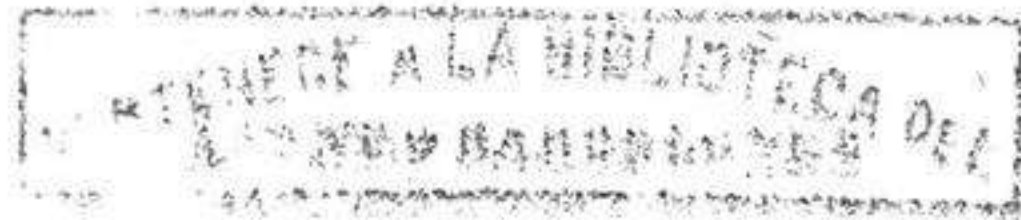
Los ingleses Mackenzie y Douglas, que servían en los brulotes, se atribuyeron la mayor parte de la victoria; sin embargo, nuestros jefes supieron distinguirnos y recompensarnos. Entonces fuí yo honrado con el grado de teniente y nombrado ayudante de campo del vencedor de Tchesmé, el conde Alejo-Grigorievitsch Orloff.

Mi vida se deslizaba bastante feliz; pero la mala suerte persigue á sus víctimas. La fortuna, tan pronto como vino, me abandonó. Después de la victoria, nuestra vida transcurrió entre fiestas. Franceses, venecianos, españoles y otros, nos buscaban y nos mimaban. Pero muy pronto fuí sometido á una dura prueba. La guerra continuaba. El conde Alejo Orloff, satisfecho con gozar al fin de la paz, decía á menudo, riendo, á sus marinos: «Me siento dichoso como Enoch, admitido en vida en el paraíso». Solamente sus labios lo decían, porque sus pensamientos altivos y amenazadores dominaban á la multitud, como en otro tiempo cuando ayudaba á Catalina á subir al trono y la entregaba el cetro. ¿Presentía que había de lle-

gar un día en que aquella misma soberana le rechazaría humillado y en desgracia?

Un día, desde su escuadra, de estación entonces en el Adriático, el conde me envió con secreta misión á Montenegro. Era en 1773. Gracias á la oscuridad de la noche, abordé y entregué mi mensaje. Pero á la vuelta nos vieron los turcos y se hicieron á la mar, persiguiéndonos. Luchamos con el valor de la desesperación. Nuestros marineros fueron muertos y yo gravemente herido en la espalda; fuí hecho prisionero y conducido á Stambul. Aunque disfrazado de albanés, fuí reconocido como marino ruso, y, probablemente con la esperanza de un rico rescate, me trataron al principio con todos los miramientos posibles. ¿Qué será de mí, gran Dios, me decía en una ansiedad mortal, cuando estos bárbaros sepan que su prisionero es el mismo teniente Kontzoff, que hizo volar su navío almirante cerca de Tchesmé?

## II



Sufrí dos años de dura esclavitud. Me tuvieron primero encerrado en una de las alas de una fortaleza de siete torres; después tomaron medidas más severas: me encadenaron cerca de una de las trescientas mezquitas de Stambul. Mi prisión estaba á orillas del Bósforo. Al través de la reja de hierro veía el mar.

¿Habían sabido los turcos que entre sus prisioneros se encontraba Kontzoff, ó bien había perdido su rapacidad la esperanza de un rescate? El caso fué que, tratándome dura y cruelmente, concibieron el proyecto de explotar lo que yo supiera hacer; quisieron por de pronto convertirme al islamismo. El mullah que venía á catequizarme era de origen eslavo, un búlgaro de Gabrovo. Me hacía el elogio de las costumbres musulmanas, de la omnipotente grandeza del sultán, de las ventajas terrestres y paradisíacas de la fe del profeta. Indig-

nado, me encerré primero en un silencio desdeñoso; pero, impaciente al fin por las impertinencias del intruso, comencé á discutir con él. Para ablandarme, el mullah me procuró una celda menos triste y un alimento más abundante. Me transportaron á la parte inferior de la mezquita; comenzaron á darme tabaco, golosinas y excelente vino; ¡pero siempre las cadenas!

El renegado mullah no bebía vino conmigo, pero me escanciaba vasos llenos y me mostraba, para después de mi conversión, perspectivas encantadoras.

—Conviértete al islamismo—me decía:—ganarás con ello; te librarán de tus cadenas. Mira todos esos navíos: entrarás á nuestro servicio, y muy pronto llegarás á ser nuestro capitán-pachá.

Yo permanecía insensible á las tentaciones é inquebrantable en mi fe. Mientras que él hablaba, entreveía yo á lo lejos las estepas infinitas, el Dnieper y sus porohy, y mi silencioso pueblecito de Ukrania-Kontzofka. Y aquella Ukrania, patria tan querida, estaba lejos, lejos... Mi corazón se desgarraba en la dolorosa visión del país natal; mi alma agonizaba de languidez y de tedio, pensando en la patria adorada, abandonada en un día de desesperación.

Huérfano, con el grado de oficial, había ido, tras una larga ausencia, á pasar una temporada en Kontzofka, á casa de mi abuela. Se llamaba Agrafiena Wlasievna Kontzova. En los alrededores de Kontzofka, cerca de Baturin, vivían ricos vecinos: Rakitiny, un brigadier de edad, viudo y retirado; Lev Iraklievitsch y su hija Irene Levovna.

Yo la veía en la iglesia; nos encontrábamos en los paseos, en las visitas, en los bailes. Eramos jóvenes; ella era bonita; nos enamoramos. Mis sentimientos hacia Irene eran violentos; los disimulaba con trabajo. Mi corazón era el de un cosaco, apasionado, impresionable y fiel. Alta, esbelta, blanca, con sus cabellos negros y sedosos, sus ojos profundos y brillantes, Irene había llegado á ser mi vida, mi ídolo, á cuyos pies re-



zaba todos los días, todas las noches. La amaba con todas las fibras de mi corazón joven y virgen; la amé hasta el punto de sacrificarla deber y honor. Todo el mundo ignoraba nuestro amor.

¡Horas encantadoras de confesiones y de juramentos, horas de olvido, de felicidad y de embriaguez!

A mí me gustaba la música; Iréne interpretaba divinamente á Bach, Gluck, Haendel. Así transcurrieron la primavera y el verano. Un día, día funesto, una de mis cartas cayó en manos del padre de Irene. Yo no sé lo que pasó entre ellos. Era á principios del otoño. Nos disponíamos á ir á la iglesia, cuando vimos á un criado con librea de los Rakitiny, con un paquete sellado en la mano. Mi corazón dió un vuelco, acometido por un mal presentimiento. Era una carta del padre de Irene. Era corta, pero precisa:

«Agrafiena Wlasievna — decía él, — su Pablo Efstafievitch es un joven lleno de buenas cualidades; pero, perdóneme, para mi hija no es un *igual*. En vano le escribe cartas de amor: no será nunca suya. Que no se incomode con nosotros; seremos siempre sus amigos y le deseamos que encuentre una mujer cien veces más digna de él que Irene...»

Aquella carta me aniquiló. El día palideció á mis ojos. Yo vi desaparecidos amor, felicidad, juramentos; mis gratas esperanzas de un porvenir riente, todos mis sueños quedaban borrados por una mano brutal. Orgullosos y ricos, me dije, íntimos de los Razoumowsky, desdeñan el amor de un hidalgo de raza más antigua que la suya. Su parentesco con los favoritos de la corte precedente había triunfado del corazón. Irene estaba desde hacía mucho tiempo inscrita entre las señoritas de honor de la emperatriz.

¡Que Dios sea con ellos! Hice ensillar mi caballo, y loco de dolor partí al galope sin saber fijamente á dónde; atravesé el bosque de los Rakitiny, con la inconsciente esperanza de encontrar á Irene; pero, ¡ay! nada, nada... No podré decir todo lo que sufrí durante aquellas horas que erré por lugares tan

conocidos, tan amados, tan llenos de recientes recuerdos. Insensato, premedité un rapto; contemplé durante horas enteras las ventanas de mi amada, oculto en la maleza; pero mi espera fué en vano: ella no apareció. El palacio de Rakitiny parecía estar desierto y muerto. Una noche, en el colmo de la desesperación, cogí una pistola para concluir con la vida; que se me antojaba tétrica y vacía.—No—exclamé en aquel instante de locura suprema,—¿para qué el sacrificio? ¿Es ella digna de él?

Supe después que Rakitiny se había llevado á Irene, el mismo día de la carta fatal, á casa de unos parientes que vivían lejos, y que estaba estrechamente vigilada.

### III

Un día, mi abuela me llamó á su lado.

—Pauliuka—me dijo,—quítate de la imaginación ese amor desesperado; un poderoso rival te ha vencido en el corazón de Irene Levovna; es un príncipe chambelán. Sé, además, que eres víctima de una intriga. Mientras ella jugaba al amor contigo, el príncipe estaba en casa de ellos y él es quien ha facilitado la pronta y misteriosa marcha de los Rakitiny. Olvida á Irene; es una orgullosa como su padre. Tú eres joven, y con la ayuda de Dios te consolarás un día con otra.

Yo era altivo y apasionado. El insulto me había llegado al corazón. «Sí; mi abuela tiene razón, todo ha concluído ya entre nosotros, es preciso olvidarla; yo no era más que un juguete en manos de esa mujer ambiciosa; olvidarla aunque se haya llevado para siempre la fe de mi juventud, la paz de mi alma». Después de largos días de sufrimiento, no pudiendo soportar más un país saturado del recuerdo de Irene, abandoné la tierra natal. La despedida á mi abuela me impresionó violentamente, y los dos tuvimos el triste presentimiento de que no nos volveríamos á ver en este mundo. Agrafiena Wlasievna

no tardó en verse atacada, después de mi partida, de una grave enfermedad. No se volvió á levantar de su lecho de dolor, y murió sin que pudiese estrecharla por última vez entre mis brazos. Quedé entonces doblemente huérfano, solo en el mundo, como serpolio en los campos, expatriado y con una pena que me roía el corazón.

Después de haber dejado Kontzofka, erré durante algún tiempo por Rusia, unas veces en Moscou, en donde era protegido por los Orloff; otras en San Petersburgo, esperando siempre encontrar las huellas de los Rakitiny. Pero nadie sabía darme noticias de ellos.

Las nuevas de Ultramar apasionaban en aquellos momentos á todos los espíritus. Se me ocurrió una idea repentina. Entré en el colegio de Marina y pedí mi envío inmediato á la escuadra que estaba de servicio en las costas de Francia. El conde Teodoro Orloff me dió una recomendación para el conde Alejo, comandante de nuestra flota del Mediterráneo.

Sería demasiado largo de referir todo lo que yo experimentaba; diré solamente que busqué la muerte en todas partes, en Spezzia, cerca de Navarino, en Tchesmé, y en todas partes me huyó. No llegué sino á ser esclavo de los turcos.

\* \* \*

El mullah se mostraba cada vez más afectuoso, pero más importuno al mismo tiempo. Nos veíamos todos los días y pasábamos muchas horas juntos. Me impacientó algunas veces hasta la rabia; pero por lo general me divertía. Un día le rogué riendo que se sirviera quebrantar los austeros preceptos del profeta y bebiese conmigo, insinuándole que la cosa no perjudicaría en nada á su creencia. Se dejó poco á poco convencer, y con el mismo celo con que abogaba por la causa del islamismo, se puso á saborear el vino de Chío que me traía.

Discutíamos largamente sobre Rusia, sobre Oriente y otras cuestiones eslavas que nos interesaban á ambos.

Un día, era á principios del verano del año 1774, precisamente en el momento en que el *muezzin* convocaba á los fieles para la oración de la tarde, mi mullah entró en mi prisión con misterio y me preguntó, sonriendo no sin malicia, si sabía que en Italia había aparecido una peligrosa rival de Catalina, una poderosa pretendiente al trono de Rusia. Me quedé tan estupefacto con aquella noticia, que no encontré palabras que decir durante algunos instantes. Como el mullah repitiera su pregunta, repliqué yo al fin:

—¿Quién es esa pretendiente?

—La hija secreta de su difunta emperatriz Isabel Petrovna—contestó él con una sonrisa burlona.

—¡Ah, ese es uno de tantos dichos absurdos, una de esas historias sin consecuencias de sus bazares!—exclamé indignado.

El mullah se ofendió; sus ojos brillaron extrañamente; sacó de debajo de su *halat* un pedazo arrugado de *La Gaceta de Utrecht* y me lo dió. Mi corazón, fielmente consagrado á nuestra poderosa emperatriz Catalina, se contrajo dolorosamente.

El mullah tenía razón. Primero en París, después en algunos ducados alemanes, y por último en Venecia, había aparecido una extranjera que se hacía llamar Isabel, princesa de todas las Rusias. La pretendiente, según decían las gacetas, tenía el proyecto de pedir protección para sus muy legítimos derechos al sultán que nos hacía la guerra en el Danubio. El mullah me miró con satisfacción; una mala sonrisa contraía sus gruesos labios; después me dejó fríamente, sin decirme una palabra más.

Aquellas imprevistas nuevas me turbaron y me entristecieron profundamente. ¡Cómo!, pensé, ¿no era bastante desgracia para el país el reciente y funesto complot de Pugatcheff? He aquí que un aliado nuevo, poderoso é inesperado se presenta á los turcos. Pugatcheff redujo á cenizas todo el Povo-logiado; esta pretendida princesa de todas las Rusias va á ha-

cer que corran la sangre y el fuego por todo el Sur de la pobre patria, desgarrada por las terribles guerras civiles.

Cogí las rejas de mi calabozo y, mirando á lo infinito de la mar, las sacudí con impotente rabia, exclamando:—¡Dios omnipotente! ¡y tú, Salvador crucificado, dadme alas para volar hacia mi patria en peligro! ¡alas para que pueda avisar al fiel súbdito de Catalina, al conde Alejo Orloff!...—Mis votos fueron atendidos más pronto de lo que yo esperaba. Meditando mil medios de fuga me atormentaba el cerebro, sobre todo para encontrar una llave que abriese mis cadenas. Después de haber arrancado un clavo, del que colgaban los trajes, fabriqué, al fin, el instrumento deseado.

¿Cómo describir la alegría que me penetró cuando por primera vez, en mi prisión execrada, abrí mis cadenas por la noche y me dormí libre de su peso? Al amanecer tuve cuidado de volvérmelas á poner, y escondí la llave en una rendija de la pared. Mi proyecto estaba pensado: librarme de las cadenas, acogotar al renegado mullah, salir inadvertido de la prisión, y huir lejos de Stambul. Pero, ¿á dónde huir? Este era el problema que había que resolver.

El mullah continuaba visitándome todos los días, y me traía vino, que bebía él ávidamente. Una tarde le confié que, convertido por sus discretas exhortaciones, estaba pronto á ser musulmán. Mi resolución le sumió en una alegría tan grande, que se puso á vaciar con apresuramiento la cántara del vino de Chío; de suerte que no tardó en caer borracho perdido sobre el catre que me servía de lecho, tartamudeando con voz ronca una canción báquica de los búlgaros. Le sacudí rudamente; un ronquido fué su única respuesta. Le quité entonces su *halat*, su *tchalma* y sus sandalias, y me las puse. Éramos de la misma estatura; mi barba, que había brotado durante mi esclavitud, era tan larga como la suya, y tan sólo un poco más clara.

Bajando sobre mis ojos la enorme *tchalma* blanca, piadosamente inclinado, pasando las cuentas de un rosario y ha-

ciendo que murmuraba una oración, franqueé el umbral de mi prisión, atravesé tranquilamente y casi con lentitud el patio, por donde se paseaba el centinela turco con un mosquete al brazo. No me reconocieron á la luz gris del día que declinaba, y me dejaron pasar sin pedirme la consigna. El ruido de la calle me aturdió un instante; el aire libre me embriagó. Lentamente llegué á la orilla, hice señas á un barquero que se acercase, y le designé con el dedo uno de los barcos mercantes extranjeros, dispuestos á hacerse á la vela, que mucho tiempo antes de mi fuga había observado desde el enrejado ventanillo. Por su bandera vi que era un barco francés.

#### IV

El capitán del barco, un francés bajito, moreno y vivaracho, no tardó en justificar la lisonjera opinión que con justicia se tiene de su país. Reconociendo en mí á un marino ruso, me dirigió una mirada de inteligencia, se calló un momento; después me dijo en voz baja:

—¿No sería usted Kontzoff?

—¿Por qué supone usted eso?—le pregunté asustado.

—Porque celebraría prestar un servicio á semejante héroe. Supimos la fatal noticia de su prisión.

Confesé que, en efecto, era Kontzoff. Me llevó á su camarote y me prometió pagar al botero; mas, para mayor seguridad, ordenó á sus marineros que le izasen al puente con su bote y no le soltasen sino en alta mar. Mandó levar anclas y desplegar las velas; el viento nos fué favorable, y al amanecer estábamos lejos de Stambul.

El mullah durmió, sin duda, mucho tiempo, porque no fui perseguido. Los franceses me dieron un traje bastante bueno, me proveyeron de dinero y me prometieron cortésmente trasladarme al primer buque ruso que encontraran en los parajes de Grecia. El capitán me contó, entre otras cosas, que la mis-

teriosa princesa que me interesaba no estaba ya en Venecia, y que se encontraba por el momento en Ragusa, sobre las costas turcas. Como precisamente cruzábamos por allí, rogué al capitán que me dejase. Inútilmente me hizo ver el peligro de semejante empresa: yo estaba aferrado á mi idea, á pesar del riesgo que me hacía correr la vecindad de nuestros enemigos.

Después de haberle dado cordialmente las gracias, desembarqué, no sin una vaga aprensión, en el territorio de la República de Ragusa, y no tardé en adquirir detalles precisos y preciosos sobre la pretendida princesa de todas las Rusias: había logrado ya cautivar á las personas de la ciudad que se tenían por ilustradas; abundaban las hipótesis á cuenta de ella. En la fonda en que paré habitaban muchos gentilhombres polacos y otros de su numeroso acompañamiento, que me miraron al pronto con notoria desconfianza; pero después de haberse enterado de mi nombre, de los detalles de mi esclavitud y de mi fuga, y sobre todo de mi proyecto de ir á incorporarme prontamente á la escuadra del conde Alejo Orloff, me admitieron amistosamente en su sociedad, y me contaron todo lo que sabían de la princesa, prometiéndome hacer que se me concediera una audiencia.

—¿Pero, en fin, quién es? ¿Dónde ha vivido hasta ahora?— pregunté á sus íntimos.—«Es la hija legítima, pero secreta, de la emperatriz Isabel, nacida de su matrimonio morganático con el conde Alejo Razoumovsky. Llevada desde sus más tiernos años cerca de las fronteras de Persia, ha vivido bajo diferentes nombres en Kiel, Berlín, Londres y otras capitales.

»En París se llamaba madame de Azoff; en Alemania y aquí, en Ragusa, la princesa Pinneberg. Piénselo bien: es su emperatriz, es Isabel II, de la sangre de Pedro el Grande. Príncipes alemanes y de otras naciones han solicitado su mano; el shah de Persia la codició, pero le rechazó ella porque era el enemigo jurado de Rusia. La corte de Francia le ha ofrecido aquí un asilo en casa de su cónsul, quien ha recibido, además, la orden de concederle sus buenos oficios».

Todas estas noticias sueltas y desordenadas me turbaban. Kiel, Berlín, repetía inquieto; ¡Kiel, Holstein!, que desempeñó un papel tan funesto en el destino de las hijas de Pedro el Grande, Ana é Isabel.

Llegó el día de la audiencia. Me afeité, y, empolvado, rizado y perfumado, me presenté en la morada de la princesa. El maestro de ceremonias, barón de Korff, me introdujo en una habitación tapizada de damasco azul, con sillería de seda color de rosa.

Apenas había tenido tiempo de dirigir una mirada por el salón, cuando oí una risa sonora y un roce de seda, y entre los abiertos cortinones apareció la princesa, fresca y alegre, rodeada de su acompañamiento. Después supe que su acompañamiento se componía en su mayor parte de gentilhombres polacos. A su derecha estaba el príncipe Radziwill, llamado Panie Kohanku (1), vestido con una casaca de terciopelo azul, salpicada de brillantes; seguía su hermana, la bella condesa de Meravska; luego, la princesa Sangouscho; detrás de estas damas venían: el conde Potock, jefe de la confederación, revestido con un *hontousch* de terciopelo encarnado y oro; el rico starosta Pinsky; el conde Pchezdziety, y en último lugar el célebre duelista y muy influyente confederado Tcharnomsky.

Todos estaban llenos de bandas, placas y cruces. La princesa vestía una amazona de color amarillo pálido, bordada de oro; llevaba un sombrero de paja con plumas de avestruz, una manteleta rosa con encajes sobre los hombros, y en la mano un látigo con puño de oro; los orgullosos magnates polacos le daban el título de Alteza, permanecían en pie ante ella y se inclinaban humildemente al hablarla.

No ocultaré que la vista de aquella mujer me impresionó, porque era seductora y original.

Parecía tener de veintitrés á veinticuatro años; de alta estatura, esbelta, bien formada, con cabellos de dorados reflejos,

---

(1) Es decir: «El señor mi amante».



ojos negros, profundos é inteligentes, cutis blanco, con matices rosados que la sentaban á maravilla. Pero lo que le daba una expresión extraña de astucia fina eran sus ojos, que se posaban ligeramente sobre todas las cosas. Yo había visto bastantes retratos de la emperatriz Isabel, para que me chocara la extraña semejanza que ofrecían los ojos de la princesa Pinneberg con los de su presunta madre.

Mi turbación, ó más bien mi asombro, fué observada con gusto por la corte de la pretendiente. Con gracioso ademán me tendió la mano, me dirigió algunas frases amables en francés, hizo seña á los señores y á las damas para que se retirasen, y se sentó en una butaca, invitándome á que lo hiciera yo en un taburete frente á ella.

Se expresó en un francés en el que se mezclaban de cuando en cuando exclamaciones italianas.

—¿Es usted oficial de la Marina rusa?—dijo ella.

—Sí, señora; como dice... vuestra alteza—balbuceé, no sabiendo con exactitud qué título darle.

—Su nombre, que se ha hecho tan célebre desde la victoria de Tchesmé, ha llegado hasta mí; me enorgullecieron sus gloriosas hazañas, y he sufrido con su larga esclavitud.

Intimidado, guardaba silencio.

—Escúcheme—siguió ella diciendo con emoción, y su voz dulce, profunda y sonora vibra aún en mis oídos:—yo soy la gran princesa de todas las Rusias, soy la hija de la emperatriz que tan querida fué por el pueblo ruso. Por la sangre augusta de mi abuelo, y también por el testamento de mi madre, soy su única heredera.

—Perdonadme, princesa; pero la augusta y venerada Catalina, que ocupa el trono de Rusia...

—Lo sé, lo sé—dijo, interrumpiendo, la pretendiente;—la poderosa emperatriz Catalina es venerada por sus súbditos, y no soy yo, débil, oscura y sola en el mundo, la que podría triunfar de ella. Por lo demás, soy la primera en llamarme su humildísima y abnegada esclava.

—¿Pero cuáles son, entonces, vuestras pretensiones? ¿cuáles son vuestros proyectos?—pregunté, intrigado.

—¿Lo que persigo, lo que espero? La defensa y el respeto de mis legítimos derechos...

—Me parece, no se moleste vuestra alteza, que antes de reclamar el reconocimiento de vuestros derechos habría que probar primero su origen y su legitimidad.

—¡Ah! Necesita usted pruebas. Pues bien, aquí están—me dijo la princesa, levantándose. Abrió un cofrecillo de marfil con incrustaciones de plata:—éste es el testamento de mi abuelo, Pedro el Grande, y éste el de mi madre Isabel.

Me entregó dos pergaminos.

Los recorrí con avidez, y exclamé:

—Pero éstos no son más que copias y traducciones.

—No se fije en eso, señor Kontzoff. Los originales están en manos seguras, y ya comprenderá usted que me es imposible tener conmigo documentos tan preciosos, cuando ando de ciudad en ciudad, de país en país, á riesgo de perderlos ó de que me los arrebate algún enemigo invisible, siempre al acecho. Sin embargo, si estas copias le parecen insuficientes, hágame el favor de mirar esto.

Y me señaló con arrogante ademán dos retratos, uno de la emperatriz Isabel Petrovna, con la corona en la cabeza, y el otro de ella misma.

—¿No le parece á usted que estos dos retratos se parecen?—preguntó, mirándome fijamente con sus negros ojos.

—En efecto, la semejanza es extraña, y ya me llamó la atención al entrar. Pero, perdonadme, princesa, ¿en qué época fué pintado este retrato?

—Este mismo año, en Venecia. El célebre Piacetti pintaba el retrato de mi prometido, el príncipe Radziwill, y me pidió permiso para hacer también el mío.

—¡Qué asombroso encadenamiento de circunstancias!—murmuré involuntariamente;—las inverosimilitudes se presentan, los muertos salen de sus tumbas; allí, al otro lado del

Volga, resucita el emperador Pedro III, y aquí aparece una misteriosa hija de Isabel.

—¡Por favor!—exclamó ella, dirigiéndome una mirada de enfado,—¡no me confunda con Pongatcheff! Aunque se diga el emperador Pedro y mande acuñar moneda con esta divisa vengativa: *Redivivus et ultor* (resucitado y vengador), no podría, en todo caso, ser más que mi heredero...

—¿De modo, princesa, que afirmáis que es un impostor?

—No me pregunte usted lo que es—respondió evasivamente;—únicamente el tiempo despejará ese misterio. Quienquiera que sea, ahí tiene usted á Kazan, á Orenburgo, á Saratoff, en fin, á todo el Povologiado, que se han declarado en su favor. No conozco su pasado, no está en mí condenarle. Que Dios sea su juez... En cuanto á mí, soy, se lo repito, la muy legítima princesa de todas las Rusias, hija de Isabel, prima hermana del emperador Pedro III.

—Pero, ¿cuál es, pues, vuestro padre? — me decidí á preguntarla.

Ante esta pregunta escabrosa, su frente se oscureció y en sus ojos apareció un relámpago.

—¿No lo sabe usted? Por lo demás, importa poco... Quiere usted oirlo de mis labios, lo oirá: mi padre es el conde Alejo Razoumovsky, el marido morganático de mi difunta madre. No conozco el lugar de mi nacimiento. No me acuerdo sino vagamente de mi infancia. Veo como á través de una bruma un pueblecillo perdido en el Sur de Rusia, del que de repente me sacaron clandestinamente. Desde entonces comenzó para mí esta vida errante. ¿Querían destruir las menores huellas de mi pasado, ó sustraerme á algún peligro? No lo sé. Mi pasado me es desconocido; hay en él un misterio, un enmarañamiento de tenebrosas intrigas que no puedo desenredar; mi infancia se ha deslizado, desamparada y solitaria, en las estepas de aquella aldea lejana, y mi juventud ha sido triste y errante; huyendo sin cesar del veneno y los puñales, he crecido, adusta y sombría, y de esta suerte llegué á los veinte años, siempre

sola y abandonada. Tal vez el conde de Schouvaloff conoce más que yo mi pasado; recientemente solicitó verme, y he tenido con él una entrevista secreta.

—¿Habéis visto al conde Juan Schouvaloff, princesa? ¿Dónde y cuándo le habéis encontrado?

(La suposición de que era precisamente el padre de la princesa acudió á mi espíritu.)

—Le vi en Spa. Mis amigos me advirtieron la llegada de un célebre viajero ruso que solicitaba una entrevista conmigo. Se presentó bajo un nombre supuesto. Mostróse conmovido y turbado, y únicamente después de su marcha supe que era el célebre conde Juan Schouvaloff, el favorito del último reinado. ¿Por qué tenía aquella actitud singular, emocionada y turbada? No lo sé. Por lo demás, no soy yo la llamada á hacer suposiciones. Mi madre, al morir, se llevó á la tumba ese misterio, con tantos otros cuya solución pagaré tal vez con mi vida.

La princesa se calló, y pareció recogerse en una dolorosa meditación.

—¿Cuál es, pues, el socorro que buscáis? ¿De quién esperaréis una protección para asegurar vuestros derechos? — pregunté.

Permaneció un instante sin responder, y su silencio me pesaba, porque me encontraba impresionado por sentimientos contradictorios.

—¿Quiere usted ayudarme?—me preguntó ella de repente. Quedé desconcertado por lo brusco de aquella pregunta.

—¿Qué entendéis por ello, princesa? ¿Cuál es la ayuda que reclamáis de mí?—pregunté vacilando.

—Trate de comprender bien lo que voy á decirle. Si la emperatriz Catalina consiente en compartir, según su conciencia y pacíficamente, su imperio conmigo, me encontraré entonces dispuesta á todas las concesiones. Que tome ella el Norte, con San Petersburgo, las provincias del Báltico y el gobierno de Moscou. Que me ceda el Sur, con el Cáucaso y

una parte de las provincias del Este. Al Sur le quiero sin conocerle; allí es donde vi la luz; mi corazón me lo dice en voz baja. Créame, respetaré esa división; mis pretensiones no irán más allá. Me consagraré á la felicidad de mis súbditos. Fertilizaré el suelo de la patria, y, no hay para qué decirlo, devolveré ante todo su libertad á la Ukania y á Polonia. Pero si Catalina discute mis derechos, Dios nos juzgará, pero correrá la sangre.

Sus ojos lanzaban siniestros resplandores.

—Estoy decidida á reivindicar lo que me pertenece con las armas en la mano, y no retrocederé ante ningún peligro. Iré á Stambul cerca del sultán, que me espera y me ha prometido su ayuda. Al frente de sus batallones me presentaré al otro lado de los Balkanes, á orillas del Danubio, y entonces, frente á frente con el ejército de Catalina, tomaré el desquite; todos los descontentos combatirán bajo mis banderas, y ¡quién sabe si contaré entre sus filas al comandante de la flota imperial en el Mediterráneo, al mismo conde Alejo Orloff!

—¿Orloff? ¿Pensáis en eso, princesa?

—Comprendo su asombro—replicó la pretendiente sin concertarse;—nada hay imposible. Dígame lo que piensa usted de mis proyectos.

—Me perdonaréis, princesa, si, como verdadero marino, os doy francamente mi opinión. Todo lo que me estáis diciendo parece un sueño de niño, y no tiene consecuencias. ¿En qué os fundáis, por ejemplo, para esperar la traición del conde Orloff?

—¿La traición?—exclamó la princesa, roja de cólera.—Bien es verdad que tiene usted excusa, porque no sabe usted lo que sucede—añadió dominando su enojo:—¡ha estado usted durante tanto tiempo prisionero! El poderío de los Orloff toca á su ocaso; sus enemigos jurados, los condes de Pauin, los sustituyen. El favorito declarado de Catalina, el conde Gregorio Orloff, será muy probablemente reemplazado.

Inquieto por los rumores de desgracia que corrían á su al-

rededor, interrumpió bruscamente las negociaciones entabladas con el sultán sobre el Danubio, y volvió en seguida á San Petersburgo.

Pero una vez de vuelta, no ha podido llegar á la emperatriz. Le han enviado á Revel con una misión imaginaria. El conde Alejo no disimula su resentimiento, y no espera más que un momento propicio para vengarse de la afrenta hecha á su hermano.

Dadas todas estas circunstancias, puedo contar casi casi con su concurso. Por lo demás, ya le he escrito y enviado un manifiesto.

—¿Un manifiesto á propósito de qué?

—Le he declarado que si se hacía partidario mío le autorizaría para que comunicase mi manifiesto á su escuadra y proclamara abiertamente mis derechos al trono ocupado por otra.

—Éstoy verdaderamente atónito, señora; permitidme, por favor, que os lo confiese: habéis realizado un acto audaz sin duda, pero también muy inconsiderado, y que podría resultar muy peligroso para vuestra persona.

—¿Por qué? Los ultrajados buscan una reparación; los abandonados esperan un desquite: esto es una ley general, muy humana y muy natural. ¿Y qué ultraje más sangriento que el olvido y el desprecio de los servicios gloriosos prestados á la patria? ¿y quién no sabe que Catalina es deudora de su trono á los Orloff?

Yo estaba turbado por aquel torrente de palabras. Aquella mujer atrevida y apasionada, con sus esperanzas insensatas y su orgullosa seguridad, estaba ciertamente en condiciones de medirse con el más audaz de los hombres.

—Se asombra usted y no cree en el triunfo de mi empresa —continuó ella diciendo con una risita nerviosa.—Se pregunta usted de dónde proceden la fe y las locas esperanzas que yo abrigo, y sin embargo, tengo la aprobación tácita de muchos compatriotas influyentes suyos; estoy en correspondencia des-

de hace largo tiempo con muchos de ellos. Pero usted, Kontzoff, es el primer soldado ilustre que encuentro en mi vida errante; esta entrevista me es grata, y me servirá por mucho tiempo de dulce consuelo en mi destierro... Lo creo, y mi creencia está tan arraigada en mi corazón, que nadie podrá arrancarla; desgarraré las tinieblas y los misterios que me rodean; me elevaré... Rusia está agotada con las guerras y las levas; está devastada por los incendios y la peste; el pueblo gime bajo el peso de impuestos exorbitantes y de cargas bárbaras. Al otro lado del Volga, los insurrectos, con Pongatcheff á la cabeza, siembran el país de ruinas y de cadáveres... El ejército está mal equipado y carece de víveres; las multitudes, descontentas y oprimidas, murmuran de este deplorable estado de cosas, y, estoy segura de ello, el pueblo aclamará con alegría á la legítima descendiente de su adorado emperador...

—¿Sabéis el ruso, señora?

—No—me respondió ella tímidamente.

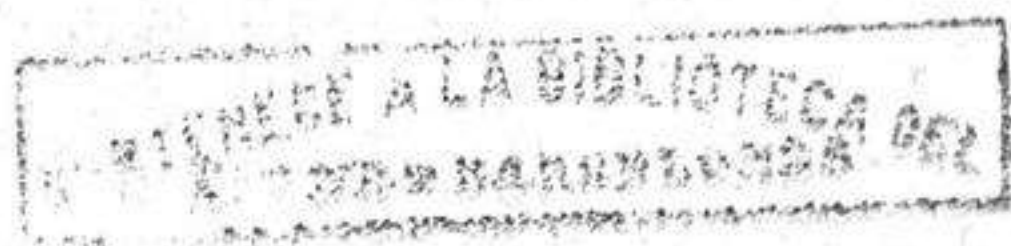
A la edad de dos años me llevaron á Siberia, en donde querían envenenarme, y de allí me trasplantaron á Persia, en donde primeramente viví en casa de una vieja de Ispahan; después pasé á Bagdad. Allí fué donde un tal Fournier me enseñó la lengua francesa. ¿En dónde hubiera podido aprender nuestra lengua materna? Por lo demás, ¿qué importa? ¿sabía el ruso el czarevitch Dimitry?

—Dimitry hablaba el ruso, aunque con acento rutésico; pero era un impostor.

—Un impostor... ¡*Gran Dios!* ¿se atreve usted á afirmarlo?... ¿No se avergüenza usted de repetir fábulas odiosas? Dimitry era un verdadero czarevitch, arrancado milagrosamente á los asesinos pagados por Sodonoff,—y esto ofrece una coincidencia curiosa con mi destino, puesto que fuí salvada, gracias á Dios, del veneno en Siberia. No me cuente usted nunca esas historias indignas de usted, ó, si me habla de ellas, procure estar más al corriente de la historia de mi dinastía. Creo en mi estrella, mi esperanza no es vana... El trono me pertenece

y lo ocuparé un día... Creo en mi estrella—repitió febrilmente,—y le he escogido á usted por embajador cerca del conde Orloff. No me responda usted en seguida; reflexione detenidamente... Usted me comprende mejor que nadie, porque ha sufrido; á usted también le ha salvado un milagro de manos de los turcos... Tal vez me ha sido usted enviado por el destino... Adiós...

Y la princesa, inclinándose ligeramente, desapareció tras el pesado cortinón de damasco azul.



V

¿Quién es ella? ¿aventurera ó heredera legítima de nuestro trono?—me pregunté ansiosamente al dejar la pretendiente, y al pasar, intimidado, ante las numerosas personas de su acompañamiento, que me saludaban con respeto. Delante del terrado vi unos caballos de silla, con mantas de terciopelo rojo bordado de oro, y empenachados. Instantes después se oyó el ruido de un galope precipitado: era la princesa, que, seguida de su brillante y alegre cortejo, se dirigía rápidamente fuera de la ciudad.

Los días siguientes no salí casi de mi habitación, por la que, abrumado y preocupado, paseaba maquinalmente; escribía cartas, las rompía, después volvía á escribirlas. Desorientado por la aparición de aquella extraña princesa, no sabía lo que resolver.

Un día vi entrar en mi casa, con una porción de reverencias y cortesías, á Tcharnomsky, el secretario de la princesa Pinneberg. Era un hombre de unos cuarenta años, vestido con una corrección un poco afectada, con aire arrogante y casi insolente. Muy rico en otro tiempo, vividor, duelista célebre, un vagabundo absoluto desde que perdió su fortuna con las mujeres y por la confederación, continuaba siendo, á pesar de todo, hombre de mundo; era cortés, fino y humilde en caso de



necesidad, y, según decían, uno de los más fervorosos admiradores de la bella princesa, á la que estaba consagrado en cuerpo y alma. Su conversación era una mezcla de entusiasmo real y de elogios, que me parecieron un poco afectados, sobre el valor, la grandeza de alma y la extraordinaria inteligencia de la pretendiente. Confirmaba con juramentos los menores detalles de su pasado, y concluyó preguntándome si estaba decidido á servir su causa.

—¿Pero de quién es hija? ¿quién es su padre?—pregunté sin rodeos.—Aboga usted, caballero, por la causa de su princesa con elocuencia; pero no son más que palabras, y parece usted olvidarse de que en un asunto tan importante son necesarias pruebas evidentes é irrefutables; toda esa historia de la Siberia, del veneno, de Ispahan, de Bagdad, es tan poco verosímil...

El servidor rizado y perfumado de la princesa hizo un gesto de indignación, que reprimió en seguida; enrojeció de cólera bajo los afeites que cubrían su rostro; pero, diplomático demasiado fino para dejar sorprender sus sentimientos, respondió con fría cortesía:

—¡Qué dudas, qué desconfianza!... Ya sabe usted por la misma princesa que su padre es el conde Alejo Razoumovsky. ¿Para qué hacer de nuevo esa pregunta? Puesto que parece que se interesa usted por los detalles de su historia, voy á referírseles en lo que yo pueda. Todo el mundo sabe que Isabel Petrovna tuvo varios hijos del conde Razoumovsky.

—Sin embargo, todo eso no es conocido sino por rumores sordos, propagados por enemigos del trono, y nadie sabe nada en concreto—dije yo interrumpiendo.

—Por supuesto; muy pocos lo saben, porque se trata de una cosa demasiado íntima y demasiado delicada para ser conocida de todos. Pero en cuanto á mí, lo que le digo lo sé por buen conducto. ¿A dónde han ido á parar los otros hijos de Isabel? lo ignoro; en cuanto á la princesa Isabel, fué llevada á la edad de dos años á casa de unos parientes del conde Alejo

Razoumovsky, en Ukrania, entre los cosacos Daragany, en Tarakanoffka. La emperatriz madre y sus íntimos llamaron por broma á la niña *Tmoutar'rakauskaia Knihima*. Al principio, la niña fué cuidada con gran solicitud; se le dió cuanto era necesario para su subsistencia, pero muy pronto se perdieron sus huellas y fué abandonada.

La palabra *Tarakanoffka* despertó en mí todo un mundo de recuerdos lejanos. Volví á ver con la imaginación mi *hou-tor* natal de Ukrania-Kontzoffka y á mi difunta abuela Agra-fiena Wlasievna. Aquellos cuadros del pasado, al principio vagos y velados, se precisaron y acentuaron con una limpidez asombrosa. Recordé que mi abuela, muy al corriente de los acontecimientos más íntimos del reinado de la emperatriz Isabel, me contó frecuentemente el extraño matrimonio de la augusta czarina de todas las Rusias con el pastor de las estepas Alioscha Razounz. El recuerdo de la inesperada fortuna del simple cosaco convertido en conde, y marido de Isabel, vivía como una leyenda grata en Ukrania.

Mi abuelo Yeracli Kontzoff, vecino de los Razoumovski, fué colmado de favores, distinguido en el servicio, condecorado, y murió en medio de los honores, merced á la influencia de aquéllos. Un incidente, insignificante en la apariencia, se presentó á mi memoria. Yo estaba aún en la escuela; íbamos un día, en una hermosa tarde de verano, á una fiesta dada por unos parientes nuestros, que vivían en las cercanías de Kontzoffka. Teníamos que atravesar la residencia del *hetman* Kirill Razoumovsky. Se había hecho de noche, y en los pálidos rayos de la luna flotaban como sombras grises las cabañas blancas, las siluetas enlazadas de los sauces, de los plátanos, de los tilos y de los álamos; las aspas rumorosas de los molinos de viento se destacaban negras en el cielo tachonado de estrellas, y se percibía el brillo de la cruz de la capilla.

Mi abuela, silenciosa y reconcentrada, parecía revivir algún recuerdo de su juventud. De repente, se santiguó devotamente, y dirigiendo una mirada por los alrededores, murmuró

con voz ahogada, medio triste, medio soñadora: «Tarakantchik».

—¿Qué ha dicho usted, abuela?—pregunté asombrado y curioso.—¿Tarakantchik?

—Voy á contarte una cosa, Pauliuka, ángel mío. Hace ya muchos años, vivía allí una personita misteriosa, rolliza y blanca como una torta de harina; no vivió allí mucho tiempo; desapareció, y nadie supo nunca á dónde ni cómo.

—¿Quién era?—pregunté.

—Lo mismo que la Caperucita encarnada—murmuró mi abuela,—la *Imoutar'rakauskaia Knihima* fué devorada por los malos lobos sin corazón.

Así habló mi abuela y yo no pregunté más, creyendo, en mi santa ignorancia, que en efecto, la niñita había sido devorada por los lobos; el recuerdo de aquella historia se desvaneció con muchos otros de mi infancia. Pero al oír la palabra «Tarakanoffka», pronunciada por Tcharnomsky, aquel recuerdo borrado por los años tomó cuerpo, y me vi de nuevo con mi abuela, en aquella hermosa noche de verano; vi aquella misteriosa Tarakanoffka perdida entre el verdor de los sauces y de los plátanos, y me pareció oír todavía la voz dulce y conmovida de mi abuela cuando decía: «Tarakantchik».

La voz de Tcharnomsky, asombrado de mi largo silencio, disipó mi visión.

—Y bien, ¿qué decide usted, señor teniente?

—Precise usted, le ruego, de qué naturaleza son los servicios pedidos por la princesa.

—¡Oh! consisten en muy poca cosa—respondió Tcharnomsky, levantándose é inclinándose ante mí.—Se trataría solamente de entregar al conde Orloff la carta de su alteza...; de decir en dónde y en qué circunstancias ha tenido usted una entrevista con la princesa de todas las Rusias, y añadir que espera con impaciencia una respuesta á su primera carta y á su manifiesto. Del resultado de su misión de usted dependen sus futuras gestiones cerca del sultán, y otras más todavía.

Mientras me hablaba, Tcharnomsky me tendía un pliego sellado dirigido al conde Alejo Orloff. Comprendí que no debía vacilar mucho tiempo; tomé la carta. Mi deber, en efecto, era comunicárselo todo al conde, y á él solo incumbía resolver la dificultad.

—No sé quién es su princesa—manifesté á Tcharnomsky, despidiéndome de él,—pero entregaré en conciencia su misiva al conde Orloff.

Antes de salir de Ragusa, hice otra visita á la princesa, y me embarqué precisamente el día de una fiesta grandiosa, de la que se habló mucho tiempo después, dada en su honor por su prometido el príncipe Radziwill. Disipador, ligero, pero enamorado locamente de aquella joven, Radziwill se arruinaba por ella y la cubría de oro como si hubiera sido un Crespo.

## VI

Aquel día se había excedido. Y mientras que entre los sonos de alegres músicas surcaban el aire con sus enigmáticos cigzacs fuegos artificiales multicolores, entre las salvas de los cañones, entre los vivas, unas hadas envueltas en oleadas de gasas y de encajes, cuajadas de brillantes, giraban bajo las luces de las arañas, y el vino de Champagne corría alegremente.

De pie en el puente del barco, contemplaba yo, pensativo y ansioso, desaparecer Ragusa iluminada por las azuladas claridades del sol naciente, y por la milésima vez me hacía esta pregunta: ¿Quién es esa pretendiente? ¿Es una aventurera desvergonzada ó la legítima descendiente de Pedro el Grande? ¿Es sincera ó representa una comedia?

Me quedó una extraña impresión de mi última entrevista con ella; conservé el recuerdo de sus ojos misteriosos, reflejando unas veces los atrevimientos de la esperanza, otras las vacilaciones de una fe afectada, y aquellas expresiones

cambiantes, indefinibles, me dieron mucho que pensar. Así fué, que cuando llevé al conde Orloff el mensaje confiado á mi cuidado, no me daba bien cuenta del móvil que me hacía obrar. ¿Era el deber puro y simple, ó bien un sentimiento de simpatía hacia aquella mujer extraña, audaz y apasionada?

El barco arribó á Ancona. Desde allí me dirigí á Bolonia, en donde se encontraba entonces el cuartel general del comandante en jefe de la flota.

El conde Alejo Orloff, el vencedor de Tchesmé, á quien no gustaba el mar, había encargado de la administración de la flota al contralmirante Greig, y acampaba en la costa. Benévolo y accesible á sus subordinados, gustaba de la broma, bromeaba á menudo él mismo y se imponía por su lujo desenfrenado. De gigantesca estatura, con los ojos grises, escrutadores y espirituales, divertido, de inmensa fortuna, el conde Alehan, como le llamaban en Moscou, atraía á su casa á todas las celebridades del imperio.

Los moscovitas admiraban sobre todo en él sus armas antiguas, incrustadas de piedras preciosas, sus tapices de los Gobelinos y su pajarera llena de pájaros raros de Ultramar. Un loro colgado en una jaula, en la puerta cochera de su palacio, hacía las delicias de los transeuntes, que se quedaban con la boca abierta cuando gritaba con su voz ronca: «¡Viva nuestra madre la emperatriz!»

En las legendarias fiestas dadas por el conde Alehan se sentaban á su mesa, en cenas suntuosas, bajo los naranjos y los limoneros, más de trescientos convidados. Ruso de corazón, el conde gustaba de las tradiciones nacionales y divertía á sus invitados con luchas á puñetazos y cantos heroicos, que recitaban una especie de bardos de barba blanca. Tenía bastante fuerza para doblar una herradura, y dominaba á un toro cogiéndole por los cuernos.

Divertía á todo Moscou con sus ocurrencias. Un día, queriendo poner en ridículo la afición de los elegantes por los quevedos y los monoclos, invitó á muchas personas á su casa

de campo de Sokolniki. Vestido con traje de montar, rodeado de elegantes jóvenes, el conde montó en un caballo flaco y cojo, el cual, con los ojos cubiertos por enormes quevedos, llevaba en la frente un cartel, en el que estaba escrito con letras enormes:

«Y, sin embargo, no tiene más de tres años.»

Sus perros de caza y sus caballos de carrera eran los mejores de Moscou; sus caballos eran mestizos de árabes, ingleses y frisonos. Acudía la gente siempre que la célebre yegua «Smie-tanka», con las narices dilatadas y esparciendo chispas al viento, se lanzaba al galope por las calles, enganchada al cochecillo del conde Alehan. Era también muy original en su correspondencia, y numerosas copias de su carta escrita á su hermano Grigori después de la victoria de Tchesmé, circulaban en la sociedad rusa; véase:

«Te saludo, mi señor hermano. Hemos perseguido al enemigo, nos hemos acercado á él, le hemos estrechado, derrotado, vencido, ahogado, quemado y reducido á cenizas. Y yo, tu servidor y hermano, me encuentro bien.—*Alejo Orloff.*»

Se hablaba mucho de él cuando el advenimiento al trono de Catalina. Después de Tchesmé, se habló mucho más todavía, porque para todo el mundo era un enigma viviente.

En las revistas, en las recepciones de la corte, iba vestido ricamente, resplandeciente de oro, de brillantes, de cruces y de estrellas, mientras que en sus viajes de recreo, á París por ejemplo, galopaba rodeado de lo más distinguido de la sociedad, con un sencillo traje gris y un sombrero flexible. En cuanto á mí, lo mismo que los otros, no adivinaba los móviles de sus acciones, á veces extrañas, y me quedaba á menudo absorto oyéndole hablar. Era en todo caso un espíritu de una sutilidad pasmosa, y yo ardía en deseos de volverle á ver tras una separación tan larga, aunque la comisión de la titulada princesa no dejase de causarme vagas inquietudes.

Antes de mi salida de Ragusa, había dirigido al conde una carta, en la que le daba cuenta de mi evasión, añadiendo que

le llevaba noticias sobre una persona misteriosa encontrada por casualidad.

Mi llegada á Bolonia se vió retrasada por una enfermedad que me obligó á guardar cama durante algunas semanas; cogí un enfriamiento en las montañas, y fuí atendido por la generosidad de un rico señor italiano.

No sin emoción me acerqué al magnífico palacio del conde Orloff; dí mi nombre al suizo. A causa de mi prisión larga y ruda podía esperar una buena acogida, pero en cambio no sabía lo que podía pensar el conde de la libertad que me había tomado de ver á la pretendiente sin haber obtenido autorización previa. Además, ¿á qué debía yo decidirme respecto de la princesa? En Ragusa había oído contar historias bastante escandalosas de su pasado. Pero no me había fijado en ellas; en suma: ¿qué me importaba á mí el pasado de aquella mujer? y además, ¿no la impulsaba á los compromisos su posición falsa?

Tal vez buscaba ella una salida, un socorro en la peligrosa lucha que entablaba con sus poderosos adversarios.

El conde me hizo entrar inmediatamente.

El héroe de Tchesmé, lo mismo en el extranjero que en su país, criaba pichones, por los que tenía una verdadera pasión. Le encontré en un vasto palomar, sentado en una silla de paja, al lado de una ventana polvorienta y sucia, admirando sus queridos pájaros. Como hacía un calor asfixiante, estaba en mangas de camisa y acercaba frecuentemente á sus labios una copa llena de un líquido helado.

—¡Ah! bien venido, amigo Kontzoff — dijo mientras continuaba mirando los pichones.— Por fin lograste escapar; te felicito, hermano, con todo mi corazón; si estás cansado, descansa... ¿ves allá arriba esa pareja gris? son muy malos, se suben á lo alto...

Agitó un pañuelo, como para asustarles, y yo, no sabiendo dónde sentarme, le miraba con curiosidad.

Desde la última vez que le había visto, había engordado; rebosaba salud.

—Ya ves, hermano, nos consolábamos con las palomas, mientras que tú gemías en poder de los turcos; cierto es que aquí no hay más que palomas negras ú oscuras; no se conocen las multicolores como en nuestro país, pero en cambio se encuentra una especie preciosa, que lleva cartas á cien verstas de distancia, y que sería bueno aclimatar en Rusia. Pero, á propósito, cuéntame tu esclavitud y tus aventuras.

Comencé. Al principio no me escuchó sino á medias; pero á medida que avanzaba en mi relación, se mostró más atento, y cuando hablé de la entrevista con la pretendiente y le entregué el papel que me había confiado, echó un último puñado de granos á sus palomas, y se levantó.

—Tus noticias, hermano, son importantes y merecen ser discutidas; bajemos á otra habitación.

Fuimos al jardín.

Mientras respondía á sus preguntas, miraba á sus ojos, que por momentos me parecían velados como por un pensamiento importuno.

—No me lo dices todo, Kontzoff—dijo interrumpiéndome y mirándome en el blanco de los ojos.—¿Por qué afirmas que es una aventurera? Dilo francamente: ¿repites lo que has oído decir, ó es esa tu convicción personal?

Desconcertado, no sabía qué responder. Al fin, me aventuré á decir tímidamente:

—La historia de su pasado me parece una fábula torpemente inventada: la Siberia, el veneno, la huída á Persia, la estancia en todas las ciudades del Occidente, las relaciones con las cortes de Europa... Yo me he conducido como fiel súbdito de la emperatriz Catalina; he observado de cerca á la pretendiente, y confieso sin rodeos que tengo algunas dudas...

—De acuerdo—me dijo el conde;—es un asunto tan complicado, que se puede sostener al mismo tiempo el pro y el contra... Pero he aquí lo importante. En San Petersburgo se habla ya mucho de ella como de una vagabunda que se engalana con un nombre falso y un ilustre origen... Vagabunda...

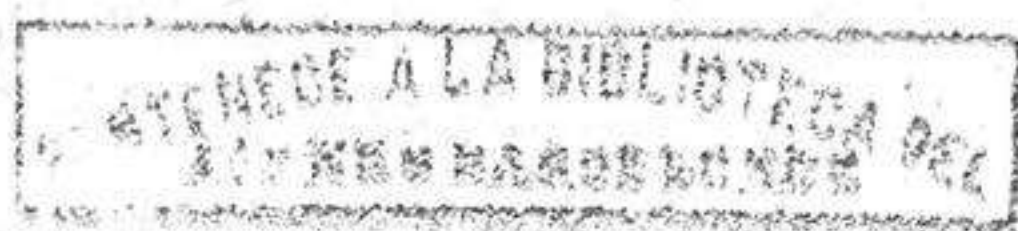


aventurera... ni niego ni afirmo... Pero entonces, si es una vulgar aventurera, ¿por qué se la toma en serio? ¿por qué se pide á los gobiernos extranjeros que la entreguen como á una criminal política? ¿por qué esa orden de bombardear la ciudadela de Ragusa en caso de negativa, y las instrucciones para conducirla muerta ó viva á San Petersburgo? No; si fuera una vagabunda, y nada más, no se preocuparían tanto; ó bien se apoderarían de ella, la atarían una piedra al cuello y la echarían al agua.

No pude reprimir un estremecimiento de espanto.

—No, hermano—continuó diciendo el conde;—no es una vagabunda. Reflexiona, y di lo que piensas de esto. Habla con el corazón en la mano, y no temas nada.

## VII



El lenguaje del conde me pareció extraño. Recordé involuntariamente lo que la pretendiente me había contado de la caída en desgracia de los Orloff y de la elevación de sus enemigos jurados. ¿Era despecho, ó bien estaba persuadido el conde del origen augusto de la princesa Tarakanoff? A pesar de su aparente calma, creía entrever en él una emoción profunda.

—Perdonadme, excelencia—le respondí,—si mis palabras os parecen demasiado atrevidas. La pretendiente tiene un parecido pasmoso con la difunta emperatriz Isabel. Es el mismo porte majestuoso, el mismo y bello rostro blanco, la misma dulzura de labios, la misma mirada indulgente, las mismas cejas negras, y sobre todo los mismos ojos extraños, uno de los cuales bizca ligeramente. Tampoco puedo callar á vuestra excelencia la relación de mi difunta abuela de Ucrania sobre los parientes de Razoumovsky.

—¡Es verdad! No me acordaba; también tú eres ucraniano—replicó vivamente el conde.—¿Qué te contó tu abuela?

Repetí al conde aquella historia lejana del Tarakantchik, de aquel hermoso niño blanco y rosado que fué comido por los lobos sin corazón.

—¡Ah! ¿Entonces procede de ahí esa célebre Tarakanoffka? —murmuró el conde, pensativo;—yo también he oído vagamente hablar de la *Imoutar'rakauskaia Knihima*; verdaderamente es muy extraño todo esto...

Se retrataba la emoción en sus facciones; se levantó, se cruzó de brazos, y envolviéndome en una mirada enigmática de sus grandes ojos penetrantes con reflejos de acero, añadió:

—Kontzoff, no eres un niño, y ya comprendes que se trata aquí de un asunto de alta importancia para el Estado. ¿Juras ser mudo como la tumba y ejecutar mis órdenes ciegamente? ¿Me prometes, suceda lo que suceda, veas lo que veas, atención, obediencia y silencio?

—Lo juro, excelencia.

—Escucha entonces, y recuérdalo. Me respondes de todo con tu cabeza.—Y mirándome de nuevo fijamente, repitió con lentitud:—Ya me conoces... Acuérdate... Con tu cabeza.

Atravesamos el jardín silenciosamente.

—No sería difícil apoderarse de la pretendiente, y no faltan los medios, sobre todo cuando se trata de cumplir las órdenes de arriba. Pero, dime, en conciencia, ¿sería honrado atraerla á un lazo con engaño y astucia? Después de todo, es una mujer. Verdaderamente, sería despiadado.

—Sí, sería despiadado—respondí con ingenuidad;—se debe combatir á los enemigos abiertamente, cara á cara... De otra manera, se arriesga uno, con justicia, á pasar por traidor.

Al decir yo estas palabras, me pareció que el rostro del conde se contraía, y que sus ojos fríos brillaban de una manera extraña.

—Sí, mi querido amigo, eso sería cobarde; ni yo ni tú somos verdugos; sin embargo, no envían las órdenes desde San Petersburgo para bromear. ¿Y cómo nos consideran, además, á nosotros mismos? También esto es un problema. Te confesa-

ré, sin rodeos, que á mí mismo me han tendido lazos: dos veces me han enviado falsos embajadores que han intentado seducirme con promesas mentirosas, y presentarme como traidor ante la emperatriz. ¿Podías esperar tú una cosa así, Kontzoff? ¡Desconfiar de mí, después de tantos servicios, después de tantas hazañas!

La franqueza del conde Orloff halagó mi vanidad. He aquí la grandeza de los poderosos de este mundo—pensé, compadeciendo cordialmente al conde, cuya desgracia me parecía una cosa cierta.

Después de haber cambiado algunas otras frases, el conde me despidió diciendo que me hacía entrar en su guardia particular, que no debía salir de Bolonia y que debía esperar sus órdenes.

Al día siguiente marchó á Livornia y no volvió hasta pasados ocho días. Sin dinero, sin amigos, yo carecía absolutamente de todo y me aburría en extremo. Por fin vinieron á llamarme un día de parte del conde.

Aquella vez me recibió en su gabinete de trabajo.

—Adivina, Kontzoff, lo que te tengo que decir.

—¿Cómo podría yo adivinar los pensamientos de vuestra excelencia?

—Comienza por pagar tus deudas, aquí tienes dinero; después trata de arreglártelas de manera que estés dispuesto para ir mañana á Roma.

Me incliné.

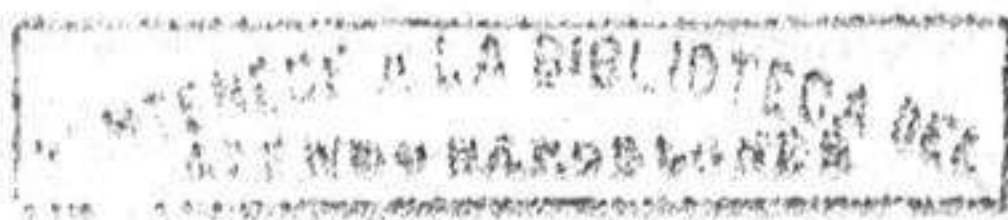
—Mientras estabas enfermo, la misteriosa princesa, abandonada por su prometido el príncipe Radziwill, ha dejado Ragusa. Ha ido primero á Barletta, con un pasaporte napolitano; ha estado allí algún tiempo, y últimamente, bajo el nombre de una gran dama polonesa, ha llegado á Roma. Le debo desde hace mucho tiempo una respuesta á sus dos cartas; queriendo reparar mi falta para con ella, le envié estos días un mensaje con un hombre de confianza, pero no pudo lograr el serle presentado. Compadezco sinceramente á esa

pobre mujer, joven, sin experiencia, sin recursos y sin amigos. Tú solo puedes llegar á verla. Irás, pues, y le dirás de mi parte que le invito á venir á Bolonia. Creo que entre los que la rodean se encuentran algunos rusos; trata de saber quiénes son; defiéndela contra los espías. Que se fíe de nosotros dos, y no le negaremos nuestra ayuda.

En cuanto á la conciencia, no tengas miedo: todo se hará con completa justicia y sinceridad.

GREGORIO DANILEWSKY

*(Continuará.)*



## NUESTRO SISTEMA DE RECOMPENSAS MILITARES

---

«Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procura el remedio; mas el que no lo conoce, no lo busca, y así pelagra en él».—  
FRAY LUIS DE GRANADA: *Símbolo de la Fe.*

No ha mucho tiempo, un galano escritor de bien ganado crédito entre sus compañeros de milicia, no menor que la fama alcanzada en literarias lides, saliendo á la palestra, ha roto lanzas contra las censuras y clamoreo provocados por la largueza en recompensas otorgadas en las últimas guerras; sosteniendo que no hemos caído realmente en los extremos de prodigalidad por el vulgo supuestos.

Paladín de tal fuste había de esgrimir razones y argumentos eficaces para salir airoso del empeño; pero la fuerza de unos y de otros hállase, no en el pleito defendido, sino en la inteligencia del abogado; en el cariño y buena fe puestos en la defensa; en consideraciones relacionadas con corruptelas y hábitos, no exclusivamente arraigados en el Ejército, sino compenetrados con la manera de pensar y sentir de cuantos, al constituirse en organismos, no atinan casi nunca en nuestra patria á darles vida sino á costa de la vitalidad de otros más elevados y más nobles: viniendo así las colectividades integrantes de la entidad Nación á ser, más bien que miembros de un gran cuerpo, parasitarios seres alimentados con la sangre de España.

Mirando á esto, razón tendrá quien ciña espada si replica

á censuras ajenas con el *más eres tú*, en donde yo no veo virtud alguna regeneradora, de donde nada saco utilizable para servir de faro ó de sostén en el camino que á un mañana mejor puede llevarnos; *más eres tú* que sólo alcanza á ser desoladora consecuencia para cuantos bajo sus uniformes de soldados sienten latir corazones españoles, sobrado nobles para consolarse de propias decadencias con los decaimientos de quienes son á la postre sus hermanos.

En el Ejército existen gérmenes que pudieran ser base y saludable ejemplo de la cacareada regeneración, que á juzgar por las pruebas, fué sólo anhelo de un día, convulsión de un instante, platónico deseo en un punto sentido y olvidado. Complacido proclamo la existencia de fuerzas en el elemento armado con eficiencia suficiente para dar de sí muestras en forma más activa que con la pasividad de una sana amortización, al fin y al cabo sacrificio digno de imitación y no imitado. Pero si han de dar frutos de enmienda, y en algún tiempo cosecha de perfeccionamiento, no volvamos hacia atrás la mirada, ni dejemos los ojos posados en miserias actuales; y si con esperanzas de buen término se desea emprender trabajosa jornada por áspero camino, miremos adelante y arriba, gritando *sursum corda*: sin contentarnos con precarios alivios, sino buscando con patrióticas ansias lo que se tenga por absolutamente bueno; sin deprimir en los comienzos la alteza del propósito, que hartos obstáculos y demasiadas rémoras vendrán después á recortar los vuelos al deseo.

Así, pues, si juzgado el asunto de las recompensas con criterios usuales en esta sociedad donde vivimos, no faltarían subterfugio ó disculpa para hacer veces de justificaciones, visto á la luz más limpia de austera y sana severidad, propio aderezo de una bien entendida disciplina; dominado desde la excelsitud, donde no llegan voces del interés, forzoso es confesar la razón con que la gente nos moteja de pródigos: no por unos cuantos millares, más ó menos, de cruces otorgadas á las clases de tropa, que aun cuando en éstas vengan también, con

el abuso en el premiar, depresión del aprecio al premio concedido, rebajamiento en el concepto del deber ineludible por el solo estímulo de la propia conciencia, relajaciones peligrosas de la disciplina, é ideas equivocadas sobre el cumplimiento de vulgares obligaciones, no dignas de otro premio que la buena opinión, al cumplirlas, ganada; con todo, tales riesgos no son en las clases de tropa tan temibles como en el cuerpo de la oficialidad, que por su permanencia en el servicio de la Patria, debe ser fiel depositaria de levantado espíritu y llamada á infundirlo en sus subordinados.

\*  
\* \*

Viejo achaque en nuestro Ejército es la largueza irreflexiva en las recompensas. Cual otros muchos, arranca el mal del medio cuyas influencias ha experimentado: único agente que en una sociedad combatida por inconciliables tendencias políticas é insanos apetitos tenía fuerza bastante para imponer cambios en el gobierno de una nación donde la masa del pueblo estaba banderizada en opuestas tendencias, sin que ninguna constituyera núcleo con poder suficiente para imponerse por sí solos, el elemento armado ha sido, casi un siglo, blanco de las lisonjas y sollicitaciones de quienes le buscaban como auxiliar resolutivo en cuestiones donde por exigencias de la disciplina jamás debió inmiscuirse. Al lado y á la sombra de unos pocos á quienes el fuego de convicciones exaltadas hizo olvidar sagrados deberes militares, medraron otros con la deslealtad y la traición, haciendo por ascensos y honores, que tiznaban su honra, lo que aquellos que se habían descarriado por impulsos, si no justificables en la conciencia del soldado, á lo menos no tachados de viles por la moral común.

El ejemplo de Riego, tráfuga al frente del enemigo, que, levantando bandera de rebelión, en lugar de embarcarse movía civil contienda con tropas destinadas á defender allende el mar la bandera é integridad de España, dejando abandonados en enemigo continente á sus heroicos compañeros de armas, y

se hacía reo de alta traición, no contra el rey ni las instituciones, sino contra la patria, había de tener imitadores. La pasión y el sectarismo cegó á quienes, haciendo de aquel culpable del más vergonzoso crimen militar un héroe, esculpieron su nombre en letras de oro en el Palacio de la Representación Nacional, donde hoy, pasado ya el calor de aquellas luchas, perdura aún, para vergüenza de la ley militar, y todavía subsiste como piedra de escándalo, dándonos enseñanza desmoralizadora.

El espectáculo de Riego enaltecido desvió del deber á muchos oficiales de buena fe, pero faltos de sólidos principios militares; el ejemplo de Riego escalando vertiginosamente, por reprobados medios, ascensos y honores que deben reservarse al verdadero mérito y á la intachable reputación militar, tuvo á granel imitadores de ancha conciencia y honor holgado que sus pasos siguieron.

Por asonadas soldadescas que movían palaciegos manejos caía derribada una Constitución; y aquel rey cauteloso y artero encumbraba traidores á la ley militar: venían á tierra sistemas y gobiernos á impulsos de rebeliones suscitadas por logias y proscriptós, y se premiaban análogos servicios á los que merecían igual castigo.

Invalidada así la disciplina militar, decayeron el temor á rigores ya en ella no efectivos y los respetos á su augusta majestad escarnecida.

Si para hacer del Ejército demoledor ariete derrochaban recompensas los conspiradores, viéronse los gobiernos, más ó menos legítimos, en el caso de emplear igual medio de retener las fuerzas á su devoción: y de aquí premios prodigados, no á relevantes actos de energía ó lealtad, sino al mero y pasivo cumplimiento de la obligación: ascensos otorgados no al distinguido como bueno, sino á quien no se significaba como malo: y de aquí desprestigio de la recompensa en su valor moral, desdén á las que no traían consigo ventajas materiales: de aquí, en fin, nacimiento de vicioso criterio que, convirtiendo



en hecho digno de señalado galardón la observancia del deber rudimentario, fomentaba vanidades sin base, deprimiendo el alcance y eficiencia de mandatos incondicionales de la Ordenanza. Y al sentar el principio desmoralizador de que con el empleo del ejército en cualquier lance ha de venir forzosamente en pos la recompensa, siquier nada haga extraordinario, amenguóse la alteza de la institución. Cual triste herencia de aquellas convulsiones, nos quedaron vicios tan hondos que á extirparlos no han sido suficientes campañas de índole propia para variar de rumbos; pues su carácter de nacionales no exigía empujar á los tropas con aguijón distinto que ley militar y el patriotismo.

Dentro de nuestras viciadas costumbres advirtiéronse síntomas de saludable reacción en las primeras guerras en Cuba sostenidas, donde á despecho de mayores penalidades que las padecidas en la carlista, no se prodigaron las recompensas como en ésta; después vinieron los desdichados y bochornosos sucesos de Melilla, muy adecuados para argumento de ópera bufa á lo Offembach, á no haber sido chispa provocadora de la explosión que al cabo consumió nuestro imperio y prestigio. Re-caímos allí con la mayor violencia en perniciosas prácticas; pero con todo, en los comienzos de la última campaña contra los rebeldes cubanos volvió á iniciarse algo, muy parecido á albor de nueva era en lo relativo á recompensas, y aun de severidades saludables en la exigencia del deber. Demostrando plausible entereza, mostróse el mando á la altura debida, aplicando la última pena á algún oficial, por de contado con ruido de la prensa; recuerdo, y pueden muchos recordarlo conmigo, chos aspavientos de sensiblería, sobre todo de la gente civil y que en la época del mando del general Martínez Campos, y durante no escasa temporada del de su sucesor, había más pulso del acostumbrado en contiendas anteriores en la cantidad é importancia de las recompensas: tan es así, que no faltaron quejas ni murmuraciones, que á la postre habrían cesado, de seguir por el mismo camino con constancia.

Pero el ejemplo dado en muy corta campaña sostenida en Filipinas, donde de un modo escandaloso, en montón y poco menos que á la rebatiña, se arrojaron cruces y empleos, agregó al daño que por sí producía el grave mal de que en Cuba, no queriendo ser menos, y faltando razón para medir á aquel ejército por distinto rasero, se abandonara el criterio adoptado.

Desde entonces, no con la antigua fuerza, sino con superior pujanza, entronizóse la prodigalidad como norma del premio: no se admitía hubiera fuego sin propuesta, siquier faltaran hechos donde fundarla, siquier no hubiera muertos ni aun heridos: se tenía por título bastante para hacerse acreedor á recompensa la permanencia por unos cuantos meses en campaña, aun sin librar combate: cuando se sostenía alguno un poco reñido, digno tan sólo en otra guerra del nombre de escaramuza, era de ene propuesta grande; aun cuando nadie se hubiera distinguido especialmente, pues para eso estaba nuestro antiguo y socorrido sistema del turno en la propuesta. Pero este punto bien merece párrafo aparte.

La lógica, el buen juicio y los sanos principios militares, de consuno establecen que batirse no es mérito, sino obligación de quien viste uniforme, y más cuando sobre él se ostentan estrellas y galones, entorchados y fajas; que las heridas y las penalidades extraordinarias, soportadas con levantado ánimo, y el valor que, alzándose sobre el nivel común, suspende y arrebatata por tenaz ó impetuoso, merecen compensación equitativa ó recompensa tan grande cual la exija la elevación del mérito; pero, entiéndase bien, recompensa no ha de tenerse siempre por ascenso; que la inteligencia, las pruebas de notoria aptitud y el sereno valor frío y reflexivo deben premiarse con ascensos. Pues bien: tenemos esto tan olvidado en leyes y costumbres, que no sólo se confunden cosas tan diversas, permitiendo el ascenso de quien acaso por sus heroicidades mereciera superior galardón, y aun mayores ventajas materiales, pero incapaz á veces de mostrarse á la altura de

las funciones exigidas por empleo superior al que disfruta; sino que, cayendo en el absurdo y la inmoralidad, suele quien manda dar tarifas del número de muertos y de heridos, propios ó ajenos, por las cuales se debe regular el de recompensas que hayan de proponerse: haya ó no mérito por cima de lo vulgar y lo corriente. Y tal estamos, que esto, que tomaría cualquiera por abusiva debilidad del mando, viene á ser tópico para evitar desbordamientos que á no fijarles límites rebajarían los así establecidos.

El sistema, que explicaré brevemente para noticia de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, es de la mayor sencillez, consistiendo en establecer un turno en cada cuerpo, en virtud del cual de antemano se sabe, al entrar en fuego, á quiénes toca ser propuestos para recompensa: ni el mérito ni la distinción juegan aquí papel alguno, ni puede darse sistema más abonado para beneficiar á tumbones ó *cucos*, ni que más pugne con la razón, la lógica y la moralidad. Ocioso fuera malgastar argumentos y tiempo en combatir lo que conocido queda, por serlo, desacreditado; pero conviene hacer notar, aun cuando paso que el turno en la propuesta implica el reconocimiento del *derecho*, antes impugnado, á *la recompensa sin mérito especial para fundarla*. Por supuesto, amigos, deudos y paniaguados de generales son seres escogidos para quienes no rigen turnos sino cuando les benefician: de suerte que ni aun virtud para evitar prodigalidades ó injusticias tiene el procedimiento, y es verdaderamente milagroso que en un ejército donde suceden tales cosas no descendiera su espíritu aún más bajo del nivel no muy alto que en el nuestro tenemos. Pero, á seguir por tal camino, pronto se andará todo, y aun eso poco perderemos.

\*  
\* \*

Las consecuencias de tales costumbres son bien notorias: á los efectos deletéreos en el orden moral, agréganse los perturbadores de la organización y de los presupuestos; ínflanse las escalas superiores, mientras las inferiores, precisamente

menos aptas para ir conllevando faltas de personal, quedan exhaustas de él; y en la imposibilidad de que un ejército se bata sin subalternos, se abre la mano, y á millares se crean oficiales, sin exigirles pruebas de suficiencia por la ley y los planes de las Academias Militares requeridas. Un día son cadetes con unos cuantos meses de campamento por toda instrucción y toda ciencia; otro, los bachilleres á quienes se zurcen estrellas y galones; otro, los provinciales; otro, oficiales por inaptos pasados á la reserva; otro, unos cuantos millares de sargentos en un día ascendidos. Todo ello en un país donde existen reglamentadas condiciones para ingresar en el cuerpo de oficiales, y establecimientos de instrucción fundados al efecto. Y, claro, salvo contadas y honrosas excepciones, los que así se reclutan son lisa y llanamente morralla; tanto valiera trocar en jueces á los alguaciles, ó dar á los barberos títulos de doctor en medicina.

Fenece una campaña, y se encuentra el país precisado á pagar en la paz una oficialidad doble en cuantía, y me quedo corto, de la precisa para necesidades de la guerra, mitad en competencia de la que ha menester para guiar las tropas. El primer expediente salvador que á la gente le ocurre es la clausura de las Academias Militares, lo cual es preparar para mañana nueva penuria de subalternos, y otras hornadas de gente indocta y desmedrado espíritu; pero, eso sí, se realiza la importante economía del chocolate del loro. Háceme pensar esto en cierto jardinero que atajaba viciosas frondosidades en la copa de un árbol, acudiendo al ingenioso medio de aserrar sus raíces.

Pasado, con las urgencias de la lucha, el tiempo en que se gasta sin contar, llegan los presupuestos ordenados de las épocas normales; y aun dando á la oficialidad míseros sueldos, con los cuales no se puede vivir siquiera como vive un jornalero, la carga no es por eso menos abrumadora: vienen las excedencias á mermar más aún tan menguados recursos, y consideraciones de equidad, poniendo de relieve la injusticia de

mandar en montón á jefes y oficiales que vuelven de batirse á que se mueran de hambre con los sueldos de situaciones pasivas, y de otra parte, temores de los gobiernos á las posibles consecuencias de esto para el orden público, ponen á los Ministros de la Guerra en el caso de sostener en activo, si no al total, á una gran parte de ellos cuando menos: y aquí del inventar comisiones y destinos para justificar el sueldo, y habilitar rincones donde el servicio que se presta es suficiente para desmilitarizar al propio Marte.

Al gasto enorme que esto supone, han de aplicarse recursos que de hallarse el ejército bien organizado y en razonable proporción el número de soldados y oficiales, podrían gastarse en sostener mayores efectivos, en vestuario, armamento moderno, ganado, fortificaciones, maniobras: en tanta y tanta cosa como hemos menester y no tenemos: en tantas sin las cuales son las tropas en los presentes tiempos despuntada arma de mellado filo.

Para atajar tal daño, inevitable hoy día cual fatal consecuencia de hechos consumados, pero que ningún militar de buena fe se resigna á aceptar como crónico, se acude á la amortización en grande escala, imponiendo sacrificios no á los favorecidos en las campañas, sino á los desheredados de la fortuna que no tuvieron quien les empujara; á la amortización, donde naufragarán en los empleos inferiores muchas capacidades y aptitudes, que fuera justo y aun conveniente para el país y el ejército llegaran á puestos elevados donde dieran frutos beneficiosos á uno y otro; á la amortización, que mata todo estímulo al matar la esperanza de ascenso; y la perspectiva de quince ó veinte años, es decir, media vida de permanencia en los empleos, consigo trae descorazonamiento y tedio; pero con todo, solo remedio posible de aplicar, único con eficacia suficiente para sacarnos del pantano donde la plétora del personal nos sume; camino que irremisiblemente debe recorrerse *hasta el fin, sin abreviarlo artificialmente*, para obtener beneficiosos resultados; enorme sacrificio de todo

punto indispensable de consumir viril y despiadadamente hasta en sus últimas y más dolorosas crueldades, si el Ejército ha de vivir con vida no oprobiosa; base precisa para darle, con medios *que hoy no tiene* de cumplir su misión, mayor prestigio para sus oficiales, puesto más alto en la sociedad, medios de decorosa vida, superior instrucción, y exigirles, á cambio de todo ello, deberes más estrechos.

Pero de poco servirá el sacrificio de hoy, si no se busca, para el problema de la recompensa, solución que á cubierto nos ponga de un mañana cual el ayer que lamentamos.

Es la amortización desagüe de lenta acción, que poco á poco va rebajando el nivel de un depósito demasiado lleno, pero de efecto inútil á la postre, si no cegamos el cauce del torrente, capaz en un día solo, si surge otro conflicto armado, de dejar libre paso á la avenida que haría de nuevo rebosar las aguas.

Esto que nos ha sucedido varias veces, debe hacernos pensar en la repetición del mal, pues nuestra triste suerte y causas de índole nacional nos han acostumbrado á vivir poco tiempo en las dulzuras de la paz.

\*  
\* \*

Por exigencias económicas parecidas á vitales urgencias, cual base indispensable de organización racional; como prueba al país de que no está su Ejército falto de noble desinterés; cual medio de realzar el prestigio de la oficialidad en términos que ni el más malicioso lo vea empañado ni aun por ligeras nubecillas, y, sobre todo, para fortalecer nuestro espíritu militar y nuestra disciplina, es de necesidad ineludible hacer algo que evite nueva recaída en el derroche de premios, y en la perniciosa confusión de los conceptos por que se conceden.

Recientes experiencias dan buena prueba de que los buenos deseos del legislador suelen estrellarse en costumbres y corruptelas más fuertes que la ley, en malos hábitos, con superior poder que el convencimiento de la bondad intrínseca,

de aquella en quien ha de aplicarla, y no le es dado sustraerse á la presión de recomendaciones y concupiscencias. Sugiere esta observación el recuerdo del triste resultado recogido del juicio de votación para el ascenso, y de la creación de la Orden Militar de María Cristina. Una y otra reforma fueron implantadas á manera de frenos represores de la prodigalidad de recompensas, si no en cuantía, en calidad á lo menos, dando con la cruz galardón á señalados hechos dignos de premio, pero donde faltaran pruebas de indudable aptitud para alzarse á empleos superiores; con ello era igual, por el pronto, la material ventaja á la obtenida con el ascenso, y grande el alcance moral y honorífico de la recompensa por el prestigio de la condecoración; se separaban juiciosamente el mérito de la competencia extraordinaria, el justo premio de la conveniencia del Estado, única consideración que, atendiendo á los sanos principios militares, debe tenerse en cuenta para otorgar ascensos. Con el juicio de votación, parecía levantarse poderoso obstáculo á los ascensos injustificados, y ofrecer medio de aquilatar los servicios notables en el aspecto de la aptitud y pericia demostradas.

No ocultaré gravísimo defecto, á primera vista advertido en el tal juicio, poniéndole, con gran razón, la tacha de deprimir el prestigio del mando al confiar á los inferiores fallos sobre la conducta y méritos de quien ejecuta órdenes del general, único competente para decidir sobre acciones por él dispuestas, con arreglo á instrucciones por él dictadas, y reservadamente las más veces; con finalidad que él solo conoce, y alcance que nadie sino él se halla en estado de apreciar. Si quien manda ha de hacerlo con no mermada autoridad, disfrutando de todos los respetos necesarios para llenar su misión, es preciso que, cual dispone del castigo, pueda asimismo conceder el premio; y si resultaría inconveniente despojarle de cualquier medio de robustecer su autoridad para ponerlo en manos de dignidad más alta, júzguese de las consecuencias de mermarle prerrogativas para entregarlas á sus subordinados.

No es el tal juicio, en puridad, sino remedo de sufragio universal en el Ejército; pero trasunto en pugna con el concepto de la disciplina, invasión en él de procedimientos democráticos que siempre produjeron perniciosísimos efectos al llegar á las filas del elemento armado, cuya fuerza y empleo se halla fundada esencialmente en los respetos á la jerarquía.

Si por estas razones era malo, en absoluto y en principio, el procedimiento, examinado *à posteriori*, y atendiendo á resultados de la práctica, forzoso es convenir, no ya en que es malo, sino *pésimo*, pues á aquellos defectos viene á agregarse el no habernos servido para disminuir poco ni mucho el número de los ascensos. Fió sin duda el legislador en la gran fuerza de la envidia, que alguien ha llamado defecto nacional, esperando de ella provocara á los llamados á emitir su voto á suscitar obstáculos á los ascensos de iguales é inferiores; pero se equivocó de medio á medio; pues á reserva de murmurar después y deprimir al ascendido (negándole los méritos) en el momento de la votación tenía más fuerza el compadrazgo, el deseo de hacer del *juicio* malla de tal anchura que á través de su trama permitiera por turno el paso á muchos. Y, ayudando á todo esto, la consideración de un hoy por ti y mañana por mí, que aun cuando no en virtud de expreso acuerdo, mas por in formulado convenio tácito, establecía algo como cooperativa de auxilio mutuo para el ascenso. A no ser esto así, bien pudiéramos los españoles envanecernos: que á tener todos los ascendidos por artes del dichoso juicio las condiciones por la ley exigidas, no podría reunirse entre los oficiales de todos los ejércitos de Europa tan numerosa pléyade de notabilidades.

La consecuencia del abuso fué total descrédito, en brevísimo plazo, del novísimo método, descrédito sólo igualado por el que pesa sobre condecoración tan digna, por las cláusulas de su reglamento de gran aprecio, cual la de María Cristina. Instituída para premiar acciones casi hazañosas, cual venera adecuada para *semi-héroes* (déjeseme pasar la palabreja), ya se ven por ahí tantas y tantas, otorgadas en escaso número de años,



que la gente no quiere avenirse á creer sea tan grande la abundancia de los tales *semi-héroes*, ni se decide á conservarle más estima que la inherente á los devengos pecuniarios que van á ella anexos. Y si con la manga ancha en concederla ganaron sueldo muchos no acreedores á ostentarla, pierden casi toda la honra bien ganada los pocos que realmente se hicieron de ella dignos; se embotó un noble estímulo, afilándose en cambio presunción infundada, y quedó aplebeyado lo que nació muy noble.

\*  
\* \*

Prueba lo sucedido que el viejo mal de los abusos en las recompensas no se cura en España con tópicos á medias ó meros paliativos, ni fórmulas que se reduzcan á expedientes más ó menos artificiosos ó prudentes, sino que ha menester de remedios heroicos, capaces de levantar barreras infranqueables; pues en la tierra donde nació el refrán que enseña ser hijas de una madre, y gemelas de un parto, ley y trampa, no menos hace falta que preceptos terminantes no susceptibles de elásticas interpretaciones: preceptos cual el de la exigencia *ineludible y garantida con práctica eficacia* de condiciones categóricamente requeridas para el ascenso, y de dos clases: intrínsecas las unas en la persona, sin las cuales no reconocieran legitimidad ni validez en los ascensos los encargados de abonar los haberes (es decir, los intendentes ordenadores de pagos), bajo su personal responsabilidad y previo examen de quedar cumplidos los trámites que la ley señalara antes de aprobar altas en nuevo empleo; y especiales las otras en los hechos motivadores del ascenso, que á semejanza de lo vigente hoy para las cruces de San Fernando, se aquilataran en virtud de expedientes incoados á petición de los interesados, invocando el artículo del reglamento de ascensos. Éste debería redactarse en forma análoga al existente para la cruz recién citada, mas diverso en el fondo; pues informa éste la tendencia de evidenciar por modo incontestable heroico valor en los llamados á ingre-

sar en la Orden, y debería dictarse el otro cual garantía de la existencia en el solicitante de inteligencia y aptitud notoriamente superiores á su empleo, al nivel por lo menos de las indispensables para ejercer el inmediato: y esto *con preferencia al valor* (supuesto, claro está, falta de prueba en contra), y aun admitiendo la posibilidad de merecido ascenso, por hecho en que el arrojó personal no hubiera intervenido para nada.

Presiento el clamoreo que tal proyecto provocaría entre mis compañeros de armas. Es natural, humano y disculpable, pues sería preciso formar corporaciones de justos y de santos, para que á los anuncios de supresión ó restricción de una ventaja disfrutada con título legítimo, cual el ascenso como hoy se otorga lo es por la ley, no suscitara en ellas mal humor ni se tachara de tiránico atropello. Pero, con todo, seguro estoy de que los elementos de más valía en el Ejército, serán, á poco que lo piensen, partidarios del sistema propuesto, quedando frente á él los de escasa instrucción y mediana inteligencia, y con ellos los holgazanes que fían sus progresos á la amistad y la influencia de magnates. Ciertamente, no son éstas las opiniones dignas de atención.

Y aún no creo suficiente lo anterior para atajar el mal con la energía necesaria, si aun restringido en tales términos, quedara en el ascenso por mérito de guerra virtualidad á poder de la cual subsistiera el riesgo de trastornar la organización y las plantillas perturbando el servicio, hinchando unas escalas y enflaqueciendo otras, y recargando el presupuesto con peso abrumador. Para evitar todo esto, creo indispensable establecer que los empleos concedidos en la forma indicada, fueran con cargo á las vacantes ordinarias en las escalas superiores; y caso de no existir ninguna al tiempo de otorgar el ascenso, tuviera que aguardar el agraciado se produjera una para entrar en el goce de las ventajas y á ejercer las funciones del nuevo empleo. Siempre á reserva de situarle en el puesto del escalafón correspondiente á la antigüedad determinada por la fecha del hecho de armas recompensado.

La resolución de los expedientes de ascenso habría de ser función encomendada al general en jefe, ó hablando más concretamente, para evitar interpretaciones, al generalísimo.

De los medios propuestos, es el juicio contradictorio suficiente reparo, en mi entender, para evitar la prodigalidad de los ascensos. Y lo creo así, no obstante el reciente fracaso del de votación, de más pomposa forma, por ser la cruz de San Fernando la única recompensa que aún conserva grande y arraigado prestigio en el Ejército, en armonía con su significación; prestigio, á mi ver, debido á la necesidad de *probar* los hechos invocados; á la precisión en que se ve el jefe designado para incoar el expediente, no de emitir un voto libre por el cual nadie ha de pedirle cuentas, sino obligado á formular una opinión con base sólida, redactando razonado dictamen por escrito y autorizado con su firma; y á la existencia de un reglamento que pide hechos concretos.

Es indudable, de otra parte, que la exigencia de instancia del interesado en plazo expreso, contendría no pocas pretensiones infundadas con el temor de ponerse en ridículo, cuando la petición pudiera resultar en absoluto desprovista de base.

Mas dando de barato que aun éstas fueran ilusiones, y que llegada la ocasión fracasara también el juicio contradictorio, caso muy improbable, en la extensión al menos del fracaso sufrido por el de votación debido en primer término á no echar sobre nadie responsabilidades, nos quedaría con todo la verdadera y más robusta valla que, aunque indirecta, es de seguro é infalible efecto. Me refiero á la cortapisa de no entrar en posesión de los empleos mientras no hubiera vacantes para los ascendidos, de donde se derivan dos consecuencias importantísimas: inmediata una, y consistente en evitar la plétora de las escalas y el recargo indefinido de los presupuestos; mediata otra, y en virtud de la cual, el conceder sin tino ascensos sobre ascensos traería consigo la precisión para los agraciados de aguardar meses ó años á disfrutar los beneficios de la recompensa, con lo que resultando ésta menos inmediata y

real, no sería apetecida y solicitada tan ahincadamente. Y como, de otra parte, produciríase con ello estancamiento absoluto de los no beneficiados con prodigalidades, por quedar reservado el total de vacantes para los ascendidos, implicaría para aquéllos verdadera postergación, intolerable, á quienes sin verdaderos y suficientes méritos los atropellaran: con lo cual, de las filas del mismo Ejército surgiría recia protesta, poniendo nuevo y muy eficaz freno á tales procederres.

\*  
\* \*

No se me oculta las censuras que caerán sobre mí por el feo delito de apuntar medios de cercenar ventajas á quienes, como yo, visten uniforme; seguramente incurriré en no pocas iras; á montón caerán sobre mí las maldiciones; jiras harán mi piel, y aun acaso no falte quien tache mi conducta de indigna falta de compañerismo. Cosas y acciones suelen presentarse con muy diverso aspecto, según el punto desde donde se miran; y sabiéndolo así, el miedo á tales juicios no me parece suficiente motivo para trocar mi leal compañerismo por feo compadrazgo; ni el vestir uniforme causa bastante á dejar olvidadas generales conveniencias del *Ejército* por atender á intereses particulares y privados su oficialidad; ni incentivo mi cualidad de miembro de *una religión de hombres honrados*, para que acalle mi conciencia de español cediendo á sugerencias de mi estómago. Es más: estoy bien cierto no ha de faltarme aprobación y aplauso de no pequeña parte de mis compañeros, de aquellos *hombres honrados* por Calderón, enaltecidos en la frase citada; de aquellos, precisamente, cuyo juicio puede, por lo que vale, interesarme. De los que sólo ven en la *militia modus vivendi*, carrera no distinta de las demás, modo tan sólo de devengar un sueldo, no me he cuidado nunca ni han de empezar ahora á preocuparme.

Refrenada la fiebre en el ascenso, la más perturbadora y cara de las recompensas cuando se aplica como hasta hoy lo ha sido, no sería ya difícil encarrilar y reducir á justas propor-

ciones las otras, en las cuales no convendría llegar á restricciones tan estrechas como en aquél. Ni se puede pasar de un salto del colmo en la largueza á un mísero criterio, ni es preciso hacerlo, ni atajado el mal más grave, y cegada la fuente cuyas aguas inspiran sed más ardorosa, dejaría tal mejora de influir intensamente en el espíritu y costumbres, en términos de coadyuvar á una mayor economía en el otorgamiento de premios.

Algo y aun algunos se podría decir sobre medidas de importancia secundaria, pero interesantes, acerca de la concesión de cruces; pero teniendo en cuenta el no escribirse estos artículos en especial para los militares, sino más bien para solicitar de los paisanos la atención necesaria á los problemas del Ejército, como problemas de *índole nacional*, para todos vitales, no es conveniente, ni aun siquiera oportuno, descender á minucias que pudiera llamar reglamentarias y de mero detalle. Bástame haber puesto en evidencia la gravedad del mal, haber hallado modo de cortar el más grave y rebelde; y bástame afirmar, por último, mi decidida y robusta opinión opuesta á la creencia de espíritus pusilánimes, que coreando el triste recuerdo de un gobierno no caído al soplo de una *tenientada* (donde tomaron parte, cuando más, tres ó cuatro docenas de chicuelos), sino hundido por propia debilidad y vergonzosa cobardía al asustarse de fantasmas en su imaginación forjados, piensan que en el Ejército es imposible la implantación de radicales reformas.

Viven equivocadas tales gentes: para imponerlas bastan, no asustadiza voluntad, decidido propósito de no retroceder por desagradados de cuartos de banderas, que la energía en el mando y la firmeza en el plan dejan reducidos á liviana, inocente y pasajera murmuración; porque, por dicha y para honra del Ejército, pasaron ya los tiempos de las sublevaciones; porque, aun decaído, no ha bajado tan hondo el espíritu de la oficialidad que la impulse á faltar francamente á sus deberes por móviles venales: no; si desgraciadamente no podemos

alabarnos de constituir una oficialidad brillante, aún podemos gritar que en nuestros pechos viven vergüenza, pundonor y decoro.

Pero, naturalmente, ni medidas de esta índole pueden tomarse aisladas, sino formando parte de un plan que recta y ostensiblemente persiga progresos de diversos órdenes, ni estaría de más, aun cuando ello ya no depende de los militares, que vieran éstos análogas tendencias en otros organismos del Estado. No que yo crea debamos esperar albores de regeneración de otra parte salidos, pues alguien ha de dar el ejemplo; y si todos esperan, convendría esperaran sentados; pero sí pienso que, persuadidos todos de lo mismo, á todos nos sería más fácil la tarea.

IGNOTUS

# RECUERDOS

---



Era época de gran actividad democrática.

La democracia moderna empezaba á elaborarse, y aunque entre los demócratas los había individualistas y otros que simpatizaban con cierto socialismo atenuado, que ha encajado siempre sin violencia en los moldes del krausismo, por entonces la lucha entre ambas tendencias permanecía en estado casi latente, para no presentar punto vulnerable á la tendencia conservadora ni al partido conservador de entonces, representado por la Unión liberal.

El gran partido progresista no se había fundido con el partido democrático propiamente dicho.

Existían simpatías, corrientes de conciliación y de alianza entre una y otra agrupación; pero el partido democrático tenía sus jefes naturales, D. Nicolás María Rivero, Pi y Margall, Figueras, Castelar y Martos, que aunque jóvenes todavía estos dos últimos, por la maravillosa elocuencia de ambos pertenecían al Estado Mayor del partido.

Y en aquella poderosa gestación democrática, que dió jugo á toda la revolución de Septiembre, dos eran los grandes centros de propaganda: el periódico y el Ateneo. El periódico, decimos, de D. Nicolás María Rivero, con su programa á la cabeza, que diariamente se repetía, y que andando el tiempo se convirtió en la Constitución del 69.

Este era el elemento de combate, el verdadero elemento

político; pero el centro intelectual y filosófico era el Ateneo de Madrid.

Y en aquellas discusiones formaban alianza estrecha contra el enemigo común los demócratas políticos, los demócratas filosóficos, ó digamos krausistas, y los economistas.

Entre los krausistas, la figura más importante era la de Paco Canalejas.

Orador admirable, cuya frase tenía incomparable energía, de gran cultura literaria é histórica, y uno de los discípulos predilectos de Sanz del Río.

A este propósito recuerdo una anécdota que los compañeros de Canalejas repetían, no como invención graciosa, sino como realidad histórica, de la Universidad Central.

Se contaba que Paco Canalejas, que por entonces seguía la carrera de Derecho, llegó á la clase de Derecho administrativo precedido de gran fama de talento y de elocuencia, y notable por su espíritu filosófico y elevado.

Cierto día le preguntó la lección el profesor, pero hizo el diablo que la lección fuese de lo más prosaico y vulgar que en sí encierra la Administración pública.

Tratábase de las Ordenanzas municipales, de las alineaciones de las calles, aseo de las fachadas, altura de las cortinas de las tiendas, con otras mil menudencias insípidas y groseras de la policía de la Villa.

Paco Canalejas empezó á explicar su lección, y á explicarla á conciencia como era su costumbre; pero el profesor no quedaba satisfecho porque esperaba algo más grandioso del joven filósofo, y así le interrumpió diciéndole:

—Está bien y es exacto todo lo que usted explica; pero yo quisiera que, elevándose algo sobre esas pequeñeces, penetrase usted más á fondo en la vida municipal propiamente dicha.

No necesitó más Canalejas, y se lanzó con su acostumbrada elocuencia á explicar filosóficamente lo que era el Municipio, su historia, su desarrollo, su transformación y su importancia capitalísima en el organismo social.



Algo se le ensanchó el pecho al profesor; pero alentado por aquella muestra que le daba el joven discípulo de su palabra y de su saber, le pidió algo más.

—Muy bien: eso que usted dice ha sido, y eso debe ser, el Municipio; pero el Municipio no es un organismo aislado. Elévese usted, elévese usted algo más.

Y como caballo á quien se aflojan las riendas, lanzóse Canalejas á mayores espacios. «No—dijo,—el Municipio no es un organismo aislado; suponer que lo sea sería afirmar algo así como un individualismo municipal. El Municipio vive en el seno del Estado»; y aquí Canalejas, sintiéndose en terreno propio, desarrolló con nueva y más alta elocuencia los conceptos de Nación, Estado y Sociedad.

El profesor le oía y le aplaudía á cada momento; pero la ambición humana, siquiera se trate de un profesor de la Universidad, no tiene límites, y de nuevo le interrumpió diciéndole:

—Admirable, señor Canalejas; pero ni las naciones ni las sociedades humanas son agrupaciones aisladas. Siga usted, siga usted, y busque organismos más completos. Suba usted, señor Canalejas, que puede usted subir.

Y Canalejas, ebrio de entusiasmo oratorio y filosófico, plantó las naciones en el seno de la humanidad, y desarrollando la teoría krausista, explicó cada vez con elocuencia más poderosa lo que ha sido la humanidad en la Historia, su evolución inmensa y el ideal á que camina.

El profesor, arrebatado por la magia de aquellos elevados conceptos, le interrumpió de nuevo con esta frase, tentadora para un filósofo:

—Dice usted de la humanidad; pero la humanidad no encierra en sí la razón de su existencia, ni vaga sin causa por el espacio infinito. ¿Por qué se detiene usted? Suba usted, suba usted más, señor Canalejas.

Y Canalejas contestó con energía:

—No; la humanidad no encierra en sí la razón de su existencia. La humanidad existe en el seno de Dios.

Y el profesor, en el límite del entusiasmo, levantándose casi de su asiento, alzando la mano y trazando con ella una línea horizontal en el espacio, le gritó más bien que le dijo:

—Muy bien, señor Canalejas; manténgase usted á esa altura.

Y Canalejas, suspenso y un tanto aturdido, se quedó pensando cómo podría mantenerse durante toda la conferencia á la altura de Dios.

El caso es que había ido subiendo desde las Ordenanzas municipales y la altura permitida á las cortinas de una tienda, nada menos que hasta la altura del Ser Supremo.

\*  
\* \*

En otra ocasión usó de la palabra para combatir las ideas democráticas un joven orador de talento y de palabra que, andando el tiempo, llegó á elevadas posiciones.

Hizo un discurso elocuente y formidable contra los demócratas; produjo mucho efecto, y obtuvo muchos aplausos, y era preciso destruir aquel efecto y apagar aquellos aplausos con otros mayores.

Porque aquellas discusiones del Ateneo eran por entonces tan ardientes y tan importantes como las propias sesiones del Congreso de Diputados.

La hueste liberal se sentía abrumada por los apóstrofes brillantes del joven orador, y, buscando la revancha, todos nos volvimos hacia Paco Canalejas.

Y Canalejas se levantó formidable, pronunciando una de las improvisaciones más brillantes que he oído. ¡Qué palabra, qué lógica y qué entonación!

Era la lógica convertida en hombre y aplastando con maza de hierro los argumentos del contrario. Era la idea democrática que avanzaba como lava hirviente. Aquello era un delirio: los aplausos eran estrepitosos al final de cada párrafo; el entusiasmo de la hueste liberal, indescriptible, y el triunfo de

Canalejas tan grande, que el joven conservador se sintió aplastado, y ni contestó, ni rectificó siquiera.

Triste y mohino abandonó el salón.

Y luego, acercándose á Canalejas, porque eran amigos y habían sido compañeros en la Universidad, le dijo con desaliento y tristeza:

—Paco, no creí que hicieras eso conmigo.

—¿Pues qué hice? contestarte en el mismo tono en que tú nos habías atacado.

—Sí; pero tú no sabes el daño que me has hecho; acaso has destruído mi porvenir. Me había prometido el ministro un puesto de mucha importancia (y le dijo cuál era); pero vencido y humillado por ti en el Ateneo, supongo que perderé la plaza. Vine esta noche sólo para hacer méritos y con la esperanza de salir airoso; tú has destruído todas mis esperanzas con tu intempestiva elocuencia, que admiro, pero que detesto.

Paco Canalejas se afligió á su vez, y entre mil excusas, que probaban su buen corazón, le dijo:

—Hiciste mal en no advertírmelo. Ya puedes comprender que, de haberlo sabido, no hubiera extremado el ataque; creí que sólo se trataba de un torneo, no de un combate.

\* \* \*

Si fuera á contar todo lo que recuerdo de aquella época de mi vida, no acabaría nunca.

¡Qué época tan hermosa, tan llena de vida, de ilusiones, de esperanzas!

¡Qué buena fe, qué entusiasmo leal en unos y en otros! Dentro, combatientes; amigos, fuera.

Ni envidias, ni emulaciones malsanas, ni caminos tortuosos, ni traiciones repugnantes.

Yo no digo que fuéramos ángeles. El hombre es hombre, tiene sus vanidades y sus egoísmos. Las pasiones hierven, que si no hierven no son pasiones; pero comparando aquellos tiem-

pos con éstos, me parece que la temperatura del entusiasmo era por entonces más elevada que hoy; el egoísmo, menos desvergonzado; la envidia, más prudente.

En el Ateneo y en la Bolsa, los viejos y los jóvenes marchábamos en buena armonía; y aun en la prensa, pocas veces se prescindía de los respetos que la edad y la buena educación exigen.

Y esto, sin distinción de opiniones.

Claro es que á la juventud democrática se le antojaba que los representantes del antiguo moderantismo, los que constituían el Estado Mayor de la Unión liberal, y aun las grandes figuras del partido progresista, eran gente atrasada, incapaces por sus años y por espíritu de tradición de comprender las novísimas teorías democráticas.

Pero esto no impedía que se les tratase con la debida consideración, ni que se les regateasen los aplausos.

Más les aplaudíamos á ellos, y con más fervor, que á nosotros mismos.

Yo recuerdo un mitin de la Bolsa, á que acudió González Brabo; y claro es que González Brabo, el que había sido acusador de Olózaga, representante de la reacción, ministro más tarde de Narváez y al fin presidente del Consejo de Ministros al estallar la revolución de Septiembre, no podía ser por aquellos tiempos muy simpático á la juventud avanzada, ni tampoco á los librecambistas.

Pero se presentó como librecambista en la Bolsa, pronunció un hermoso discurso con voz potente, resonancias de clarín guerrero y párrafos llenos de viril energía, que provocaron delirante entusiasmo.

Cierto es que fué un gran orador, que no sólo disponía de grandes medios oratorios, sino que sabía con habilidad de maestro acomodarse á las circunstancias, dejando, sin embargo, en sus discursos puntos de retirada, para cuando el radicalismo apretase más de lo justo, en su sentir.

Pues en aquella ocasión se le aplaudió con loco entusias-

mo, sin atender para nada á que ya no era joven y á que había representado en una parte de su vida tendencias reaccionarias, aunque en aquel momento atravesase un período de relativo liberalismo para el gran orador.

Y al fin de la sesión, después de haber hablado varios jóvenes, hizo el resumen Alcalá Galiano, el orador maravilloso, gloria de la tribuna y de la elocuencia española.

Ya por entonces era muy viejo, su cuerpo encorvado, casi caduca la fisonomía, entre calva y cana la cabeza, la piel caía floja, las manos estaban siempre temblonas.

Pero había oído los aplausos arrancados por la enérgica elocuencia de González Brabo, y él no quiso ser menos, y pronunció uno de los más hermosos discursos que he tenido la suerte de oírle.

Aquella comparación entre el sol naciente, que representa la juventud, y el sol poniente empañado por el vapor de la tarde, envuelto entre espesos nubarrones, deformado por la refracción, rojizo y roto por las nubes, imitando en el cielo algo así como una miserable oblea, produjo un efecto indescriptible.

Y, como era de ley, se le aplaudió más que á nadie. Y al terminar la sesión sólo pensábamos en cómo había hablado González Brabo, y en el prodigioso discurso de Alcalá Galiano.

\*  
\* \*

Y lo que sucedía en los mitins de la Bolsa, sucedía en la sección del Ateneo.

Eran nuestros presidentes, sin distinción de opiniones, y siempre pagando tributo á la edad, á la carrera y á los largos servicios prestados, unas veces Nicomedes Pastor Díaz, por ejemplo, y otras veces Olózaga; y uno de los oradores más aplaudidos era Fermín Gonzalo Morón.

Claro es que en el Ateneo la nota más brillante, la nota

sublime de aquellos tiempos, era Emilio Castelar, en sus lecciones sobre los cinco primeros siglos del Cristianismo.

Todavía me parece que le veo, en el momento de ir á dar la conferencia, atravesar por entre la muchedumbre compacta que llenaba pasillos y salones, el salón de lectura y la biblioteca.

Y tras él, y agarrado á él, á Nicolás María Rivero; y formando cola y aprovechando el surco abierto, sus amigos más íntimos, Canalejas, Alzugaray, Morayta y otros cien; que la mayor gloria, por entonces, era ser amigo íntimo de Castelar.

El que no oyó á Emilio Castelar en aquellas lecciones, no le ha conocido en el apogeo de su elocuencia.

Escritas están, pero no son lo que fueron. El discurso escrito de un gran orador, es el esqueleto del discurso pronunciado. Le falta sangre, le falta nervios, y formas artísticas, y vida, en suma.

En aquella época la voz de Castelar era una maravillosa voz de tenor, de infinitas modulaciones, todas armónicas.

Después, en las luchas del Parlamento, al ardor de las pasiones políticas, en los mitins y en la plaza pública, enronqueció aquella voz y se hizo áspera, y á veces gritona.

No era así en el Ateneo.

Cuando pintaba la muerte de Cristo en la cruz, sintiendo frío el que había cuajado de soles el espacio, sintiendo sed el que había vertido Océanos sobre los mundos, los acentos de Castelar eran verdaderamente divinos, y al pronunciar las palabras *frío* y *sed*, ponía en ellas no sé qué notas maravillosas, que daban frío y daban sed á cuantos le oían.

Y al pintar la derrota de los Comuneros, decía:

«Cae Padilla en Villalar, en un charco de sangre, abrazado al morado pendón de nuestras libertades», con una entonación tan triste, tan profundamente trágica, que la impresión era general, y unánime la admiración por el gran artista de la palabra. Pero ¿cómo recordar todos los entusiasmos, todos los delirios, todas las tempestades de aplausos que como de mina

inagotable arrancaba Castelar de sus asombrados oyentes, de amigos y de enemigos, así de los indiferentes como de los más acérrimos partidarios?

Antes de empezar cada conferencia se oían opiniones contrarias, disputas animadísimas, y hasta conatos de conflictos personales.

Unos proclamaban á gritos que Castelar era el primer orador del mundo, que ni Demóstenes, ni Cicerón, ni los grandes oradores del Parlamento inglés, ni los de la Revolución francesa, ni nuestro Olózaga, ni nuestro Alcalá Galiano, ni Argüelles, ni D. Joaquín María López, se le podían comparar.

Los otros se burlaban de él sin piedad, le ponían en ridículo y asaeteaban á chistes el género de su oratoria, y la entonces virgen Democracia no salía mejor librada.

Esto, momentos antes de empezar la conferencia; pero al empezar Castelar, las burlas desaparecían como bandada de pájaros nocturnos que huyen al llegar el sol, y el entusiasmo era unánime, y el más reaccionario batía palmas con tanto furor como el más demócrata.

No se oía más que esta frase, que parecía estereotipada y repartida por centenares de ejemplares:

—¡Sí, es prodigioso, prodigioso! ¡Sí, es admirable, admirable!

Y he citado estos dos extremos, los aplausos en la Bolsa á González Brabo y Alcalá Galiano, por los más demócratas, y los aplausos á Castelar en el Ateneo, por los más reaccionarios, para demostrar que en aquella época de grandes pasiones, de grandes luchas, época no muy lejana de la Revolución, existía, ante el talento y la oratoria, una especie de suspensión de hostilidades y de fraternidad común á todos los hombres políticos de las más opuestas tendencias.

Hoy dirán con desprecio que acaso todo eso no es más que el culto á una vieja divinidad, la Retórica; pero yo creo que la Retórica ha existido siempre, desde que con retórica

convenció el reptil de la cabeza aplastada á nuestra madre Eva, hasta el momento presente; y su imperio, dígase lo que se quiera, durará hasta que se extinga el sentimiento artístico.

\*  
\* \*

He recordado los continuos triunfos de Emilio Castelar; recordaré uno de los últimos triunfos de Alcalá Galiano.

La oratoria de Alcalá Galiano era verdaderamente extraordinaria, y yo creo que única.

No aconsejo á mis lectores que lean los discursos del gran tribuno.

Escritos, aun sin contar con las infidelidades y verdaderas profanaciones de la reproducción taquigráfica, constituyen algo así como una maraña gramatical que aturde y mareja, en que la atención se fatiga y el pensamiento acaba por distraerse.

En la estructura gramatical de los discursos hay dos tipos que, si se me permite que invente dos nombres, diré que son el tipo *lineal* y el tipo *orgánico*.

Los oradores del tipo lineal proceden, como lo indica el nombre, por sucesión lineal de oraciones sencillas. Cada oración constituye una unidad, con su agente, su acción y su término; es decir, su nominativo, su verbo y su complemento, y las oraciones van una tras otra, como los coches de un tren, enganchadas gramaticalmente por las diferentes articulaciones y enganches gramaticales, y que se permita la imagen á quien, como el autor de estas líneas, tuvo por profesión, durante muchos años, la ingeniería.

Estos discursos son poco comprometidos para el orador; y digo poco comprometidos, hablando relativamente, que, por lo demás, todo discurso, aun para los grandes oradores, es grave compromiso.

Digo que no son comprometidos, porque así como un tren no se altera en su esencia ni se destruye porque se acorte qui-



tándole uno ó dos coches, sino que continuará constituyendo un tren, así el párrafo de un discurso lineal puede acortarse fácilmente desenganchando algunas de las últimas oraciones.

Y esto es aplicable, sobre todo, á las grandes enumeraciones de que tanto efecto saca el orador. A ellas era muy aficionado Castelar, y constituían párrafos brillantísimos, y siempre aplaudidos, de su oratoria.

Pero una enumeración, sin compromiso de ningún género, y con sólo variar la conjunción *y*, puede acabar en cualquier término. La enumeración será más corta, pero la corrección gramatical del párrafo será irreprochable.

Los párrafos de los discursos en Alcalá Galiano pertenecían al segundo tipo. Su estructura gramatical no era *lineal*, era *orgánica*; eran un verdadero organismo, eran un tejido y un laberinto y una red de venas ó de nervios, que circulaba complicadísima.

Empezaba, pongo por caso, por una oración fundamental, y luego la interrumpía por un inciso, y aquel inciso por otro, y el segundo por algo á modo de paréntesis, y en el paréntesis venían nuevos incisos y nuevas oraciones secundarias; y al oyente le parecía imposible salir de aquella complicación gramatical sin grave daño del orador y del sentido lógico de la frase.

Pues no era así: las oraciones accidentales se cerraban en su sitio propio y en el debido momento, se cerraban los paréntesis, los incisos adquirían la debida redondez, y uniendo cabos sueltos y completando sentidos que habían quedado en suspenso, cerraba Alcalá Galiano con llave de oro y con gallardía incomparable aquella oración principal, que al empezar el párrafo había quedado abandonada y como en olvido.

Estos eran unos, entre muchos, de sus grandes efectos oratorios. Y nada de esto estaba preparado ni escrito de antemano; eran verdaderas improvisaciones; quizá no hubiera podido escribir como hablaba. Al hablar era una especie de dios de la oratoria, que está presente por su espíritu en todos los

puntos del discurso, dando unidad prodigiosa y artística á aquella riquísima variedad.

Alcalá Galiano tenía todas las cuerdas de la lira y toda la escala de los sentimientos. La nota cómica, como la nota dramática; el humorismo británico, como el arranque tribunicio del orador latino.

Yo le oí una serie de conferencias que explicó en el Ateneo sobre literatura inglesa; y á decir verdad, en aquellas conferencias el público no era ni muy numeroso ni muy entusiasta.

Oía con respeto, daba algunas muestras de aprobación, pero no rompía en aplauso espontáneo.

Verdad es que Alcalá Galiano, en la ocasión á que me refiero, más bien conversaba que pronunciaba discursos.

Se presentaba sin preparación alguna, según decían sus íntimos; improvisaba no sólo la forma, sino el fondo, recogiendo los recuerdos que le salían al paso en la memoria, y en estas condiciones el público oye con agrado, pero nunca se siente conmovido, aun tratándose de tan maravilloso orador; y era curioso presenciar la lucha del orador y el público cuando aquél llegaba al fin de la conferencia.

Claro es que no quería marcharse sin un buen aplauso, y buscándolo como lo han buscado todos los que se han dirigido al público en una ú otra forma, pues sólo deja de buscarlo el que sabe que no lo encontrará, y no es cuestión de gusto, sino de impotencia, el renunciar á él, preparaba Alcalá Galiano el último párrafo, ó digamos el final, con uno de esos períodos orgánicos de que antes hablaba; y empezaba á levantar los brazos y á agitar las manos, que llevaba cubiertas por guantes blancos de algodón, y á torcer el cuerpo y á doblar la cabeza, que iba transformándose, y cuya cara, de ser francamente fea, pasaba á ser artísticamente hermosa.

Y de esta suerte iba como tejiendo en el aire la complicada trama gramatical que había de levantar en la sala el estruendo del aplauso.

De esta suerte, repetimos, levantando cada vez más los brazos, agitando cada vez más los guantes de algodón y doblando cada vez más el cuerpo y la cabeza, hasta tal punto que si el párrafo era muy largo casi desaparecía Alcalá Galiano tras la mesa, al menos para los que estábamos en las primeras filas, llegaba el orador al fin de su empeño oratorio y esperaba el aplauso.

Algunas veces el aplauso no rompía, y entonces Alcalá Galiano empezaba otro nuevo final, más complicado, más largo, más espléndido; y cuando sólo se divisaban tras de la mesa dos brazos y dos guantes de algodón como banderas vencedoras, de aquella especie de legitimidad gloriosa, el público rompía en aplauso estrepitoso ante la bandera blanca de la oratoria, como hubiera roto en estruendos de entusiasmo una asamblea francesa republicana ó bonapartista ante la bandera tricolor.

Tras algunas conferencias en que se repitió el cuadro que acabo de trazar, picóse por lo visto el amor propio del anciano tribuno, y preparó con más cuidado y ya con empeños de victoria estruendosa una nueva conferencia.

Fué la última vez que le oí, y no se borrará de mi memoria el gran triunfo que ya en sus postrimerías supo alcanzar Alcalá Galiano, de un público que iba siendo, por cansancio ó por indiferencia, sobradamente frío y desdeñoso.

Sobre todo una descripción, que fué el punto culminante de la conferencia.

Hablaba Alcalá Galiano de los gobiernos, del público y de la Prensa en punto á noticias falsas y mentirosas.

Citaba los boletines de la última guerra civil, poniéndolos en ridículo con gracia inimitable; oponía el carácter ligero, insustancial, de apasionamientos infantiles, de ligereza femenina; á la severa gravedad del mundo clásico, y sobre todo del pueblo romano. Pintaba por manera maravillosa la muchedumbre llenando el foro y esperando con ansia noticias del resultado de la batalla de Cannas.

Pasaban las horas; las noticias no llegaban; la ansiedad era inmensa; todos volvían la vista hacia determinado punto del horizonte; todos esperaban con angustia, pero con dignidad.

De pronto aparece un punto en aquel horizonte con tanta angustia explorado. Y el punto se acercó, y todos pudieron comprender que era un soldado. Y era un soldado, en efecto; y cuando estuvo cerca, se vió que venía jadeante, cubierto de sangre y polvo, con el rostro pálido, en que parecían luchar la desesperación y la muerte.

Al fin llegó al foro; la muchedumbre le rodeó, y él, que no era ni un embustero boletín ni un noticiero farsante, sólo dijo estas palabras:

—*Pugna magna, victis sumus.*

¡Cómo pintó Alcalá Galiano toda esta escena, que en estos recuerdos aparece tan torpe y fría!

¡Cómo preparó el efecto final!

¡Con qué expresión tan soberana de grandeza y dolor dijo la frase latina que acabo de escribir!

Yo no he oído nada más hermoso.

Y aquella vez, sí, el público, vencido y dominado con la ilusión viva de que estaba viendo el foro; la muchedumbre de ciudadanos romanos, al soldado jadeante y herido, y de que oía aquellas sublimes y concisas palabras, sin alardes, floreos ni exageraciones,

*Pugna magna, victis sumus,*

rompió en aplauso atronador, que se prolongó más de cinco minutos.

Los jóvenes aplaudíamos al viejo, porque sabía hacer algo á que nosotros no llegábamos; y aunque luego le llamásemos reaccionario y viéramos en él un enemigo, en aquel momento el viejo y sublime orador triunfaba, y todos saludábamos en él á una de las glorias más soberbias de la oratoria española.

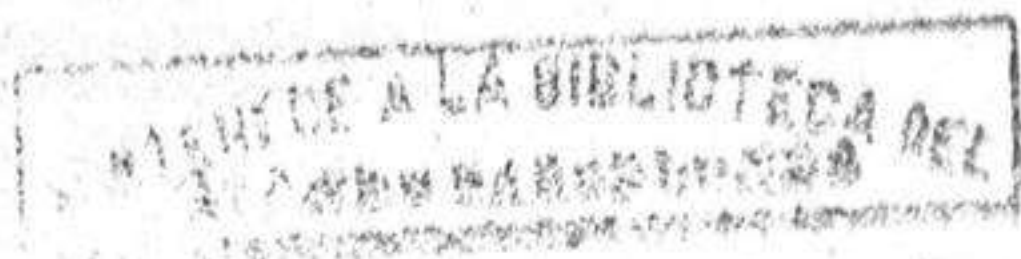
---

Por aquellos tiempos todos los jóvenes amaban á su patria y á los hombres que saben honrarla.

\*  
\* \*

Y á todo esto, ¿cómo andaban mis aficiones dramáticas? Pues continuaban muertas, ó por lo menos adormecidas. Sin embargo, se aproximaba el momento de mi segundo conato de autor dramático, como veremos en el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY



# LA DISCUSIÓN

DEL

## PRESUPUESTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

---

**SUMARIO.**—Francia y España.—Contrastes.—La discusión del presupuesto de Instrucción pública en Francia.—En España.—Impresión general.—En el Congreso.—Enmiendas.—Discursos.—En el Senado.—Varios discursos.—Conclusiones.

Me disponía á resumir, con algunas indicaciones críticas, la discusión parlamentaria de nuestro presupuesto de Instrucción pública, para el año corriente de 1904, cuando llegó á mis manos el número de Diciembre de 1903 de la *Revue internationale de l'Enseignement*, con un interesante artículo de M. F. P. (Francisco Picavet, supongo), en el cual se da cuenta de la discusión de otro presupuesto de Instrucción pública, para el mismo año, en el Parlamento de la República vecina.

—Aquí tengo mi modelo—me dije,—ó por lo menos una buena fuente de inspiración para mi trabajo; leí el de M. F. P., y en efecto, no me sirve para modelo; no hay imitación posible; aquél es otro país, iba á decir otro mundo; allí pasan las cosas de otra manera: las Cámaras francesas tratan estos asuntos vitalísimos de la cultura nacional muy de otro modo; no ya porque Francia tenga otros problemas pendientes diferentes de los nuestros, sino porque los que tiene los *trabajan y enfocan y resuelven* allí con otros ánimos, con otra preparación, y poseídas las gentes de muy distinto espíritu.

El artículo de M. F. P. me ha servido, sin embargo, muchísimo, como contraste.

Porque resulta éste, en verdad, muy fuerte y muy instructivo. Los franceses tienen enseñanza ya formada, muy hecha y construída, con tradición respetable, constituída en organismo de la educación y de la cultura nacionales. Su obra se ve, se siente, y se aplaude por sus frutos. «Gracias á su Universidad—ha podido decir el ponente del presupuesto de Instrucción pública en la Cámara francesa, M. Simyan,—Francia contribuye tan brillantemente á la obra común de la humanidad que piensa, y que consiste en tratar de conocer al hombre, su puesto y su papel en la naturaleza, sus lejanos orígenes, su pasado antiguo ó más reciente... En el vasto campo de la filosofía, de las ciencias, de la erudición, de la historia y de la crítica, no hay parte en la cual los maestros de la Universidad no hayan trazado su huella».

La tarea propia del Legislativo (y aun del Administrativo) del Estado, ante una situación tal de las instituciones docentes, se reduce á realizar reformas parciales, á extirpar defectos, á acentuar tendencias, y á mejorar, en suma, los diferentes *servicios*. De una manera más inmediata, el Parlamento francés atiende á ampliar la esfera de acción eficaz de la enseñanza del Estado, á fin de sustituir, en sus funciones propias, á las suprimidas Congregaciones religiosas.

En cambio nosotros estamos, ó d'beríamos estar—que no es lo mismo,—empezando: no tenemos una enseñanza nacional; la acción docente, acción social en el fondo, no tiene aquí el organismo indispensable; apenas si hay gérmenes, apenas si podemos hablar de programa, de orientación inicial.

Pero aun siendo éste el contraste más fundamental que se nota al comparar las discusiones parlamentarias de los presupuestos de Instrucción pública, en aquella República y en esta Monarquía, no es ése, sin embargo, el que resalta con relieve más acentuado. El que más resalta es el que se advierte cuando se examina detenidamente el procedimiento de las dis-

usiones, y se toma en cuenta la conducta observada en las mismas por los representantes respectivos de los dos países. Hay en este punto diferencias notables; pero muy notables.

\*  
\* \*

La discusión parlamentaria del presupuesto francés revela, en casi todos los que la han mantenido, en las Cámaras mismas, y en la administración que ha presentado la obra objeto del debate, una gran preparación experimental, un estudio serio y directo, de detalle, de cada necesidad sentida, de cada defecto producido, amén de un convencimiento íntimo, real, no verbalista y de reclamo, de la eficacia y fecundidad del esfuerzo social y del Estado, en la labor de organizar, mantener y mejorar la educación nacional mediante una enseñanza rica y potente, respetable y respetada, con centros propulsores en todos los sitios estratégicos del país y con ramificaciones que se extiendan por todo el territorio del mismo.

Nada de socorridas generalidades acerca del valor de la enseñanza, de la misión de la escuela... nada de reconocer la necesidad de la educación, la pobreza de las instituciones docentes, para luego perderse en lamentaciones sobre la imposibilidad de atender, *como se quisiera*, tan importante servicio social.

Por de pronto, todos los años hay una Ponencia, Memoria ó Informe, en que se plantea el problema de la enseñanza tal cual resulta planteado, resuelto ó pendiente en la práctica, y que supone siempre un grado de preparación especialísima, una particular competencia técnica, de persona que *ha procurado enterarse*, sobre el terreno, en la vida misma de la enseñanza pública.

M. Simyan, que ha sido el ponente del presupuesto de Instrucción pública francés este año, examina uno por uno los grados de la educación, y se detiene en casi todas sus manifestaciones. Aplaude lo que le parece digno de aplauso, señala las deficiencias notadas, y propone los remedios.



Así, por ejemplo, hablando de la enseñanza superior, formula su apreciación sobre la marcha de las Universidades; indica su orientación hacia las ciencias aplicadas; sugiere la necesidad de una reorganización de las estaciones zoológicas del Mediterráneo; critica la marcha, quizá decadente, en el aspecto científico, de las Facultades de Medicina, y señala el aumento alcanzado por la clientela de las Facultades de Derecho luego que éstas rompieron los moldes tradicionales. El Colegio de Francia, el Museo de Historia Natural, la Escuela Normal Superior, la de Cartas, la Biblioteca Nacional, etc., etc., todo lo revisa, con conocimiento directo de los asuntos, el ponente de la Cámara.

En la segunda enseñanza, M. Simyan examina las dos cuestiones principales que hoy preocupan allí: de un lado, la experiencia en algunos liceos del régimen de autonomía, y la aplicación en todos del nuevo plan de estudios; y de otro, la situación del personal docente de liceos y colegios.

Por último, en la enseñanza primaria, el ponente advierte la necesidad sentida de formar maestros y maestras y de mejorar económicamente su situación, proponiendo á este último efecto la Comisión, de acuerdo con el ministro, un crédito suplementario—lean los que creen que hemos hecho un esfuerzo supremo al aumentar en un millón y pico de pesetas la consignación para sueldos de los maestros,—un crédito, digo, de 3.729.200 francos para ascender á 9.477 maestros y maestras...

Y de conformidad con el espíritu y sentido de la ponencia, se ha desarrollado toda la discusión parlamentaria.

\*  
\* \*

¡Qué diferente impresión produce la lectura de la discusión de nuestro presupuesto de Instrucción pública! Y eso que la lectura no refleja por entero la realidad de la discusión misma. Yo he presenciado parte de ella. ¡Qué prisas! ¡qué impaciencias! ¡qué desorden! No hay tiempo ni para estudiar, ni

para poner los puntos sobre las *ies*, ni para provocar aquellos movimientos de concentración, de acuerdo, de orientación común, tan indispensables para acometer empresas eficaces, en las asambleas legislativas.

En el Congreso dedicáronse al presupuesto de Instrucción pública parte de seis sesiones, pero bajo la presión de la prisa; era preciso abreviar, ganar el tiempo perdido con la obstrucción de la minoría republicana. En el Senado se fué á paso de carga: en tres ó cuatro días se discutió todo. ¡Y qué sistema! Lluvia de enmiendas; se aceptaron unas cuantas, no sabemos con qué criterio; bajo la amenaza de la obstrucción quizá. Lo indicaba muy bien el Sr. Cárdenas al defender una suya. Decía este señor senador, que quien desee conseguir la aceptación de determinadas enmiendas tiene una receta infalible que aplicar: «presentar muchas enmiendas á todos los capítulos y artículos, y como lo que se concede es un tanto por ciento, mientras más pida indudablemente obtendrá más» (1).

Leyendo, y sobre todo oyendo, los discursos, se advierte—yo lo pude advertir de una manera práctica:—de un lado, la poca importancia que á todo lo verdaderamente sustancial que en la discusión resulta, se da por los llamados á formular las conclusiones de efecto positivo; y de otro, la contrariedad explicable con que exponen sus ideas, su pensamiento, aquellos que tienen una preparación anterior, que no hablan por hablar y que hacen un plan meditado. Sirva de ejemplo, entre otros, los discursos de los Sres. Labra, Hinojosa y Sardá, en el Senado.

\*  
\* \*

Veamos ahora, antes de recoger las notas más salientes de la discusión y formular algunas conclusiones; veamos, con algún detalle, los debates parlamentarios.

En el Congreso inició éstos el Sr. Gil y Morte, profesor en

---

(1) Senado, sesión de 22 de Diciembre de 1903.

Valencia, con un discurso muy completo y de una excelente intención en general. Entre otras cosas puso de relieve la situación, bien conocida, de la ignorancia nacional; defendió con energía la necesidad de mejorar la dotación del magisterio primario; abogó por la construcción de escuelas, por el aumento del material pedagógico, por la mejora y aumento del material de los Institutos, por la difusión de la enseñanza técnica y mercantil, tratando además, con relativa extensión, la cuestión de las Universidades. En este punto el Sr. Gil y Morte defendió muy buena doctrina, en lo referente á la orientación social y científica de la Universidad, pero reclamó la reducción del número de éstas, y yo creo, por mil razones circunstanciales, que no urge tanto suprimir Universidades, como reducir el personal docente, mejorando el que quede, y mejorando de un modo extraordinario la dotación del material científico. El Sr. Gil y Morte afirmó «que es menester establecer contacto íntimo y muy extenso entre los profesores de nuestras Universidades y el extranjero».

Al Sr. Gil y Morte contestó el Sr. Tormo, abundando en muchas de sus ideas, pero sin poder ir más allá de donde la Comisión indicaba.

Intervino luego el Sr. Gutiérrez Brito, para hablar del cuestionario único, y declarar una verdad que yo ratifico, á saber: «que los jóvenes llegan cada año en peores condiciones de preparación» á las Facultades y enseñanzas superiores.

El último turno sobre la totalidad lo consumió el Sr. Suárez Inclán, quien, entre otras cosas, declaró peligroso, dada nuestra escasa cultura, la supresión de cualquier centro docente, y habló (supongo que por hablar) de la necesidad y urgencia de un gasto de 200 millones de pesetas para construir las 20.000 escuelas que hacen falta, pidiendo como sacrificio inmediato «40 ó 50 millones de pesetas en cinco años, como subvención á los Ayuntamientos para» aquella grande obra (!).

No hay en el discurso del señor ministro de Instrucción pública, sobre la totalidad del presupuesto, declaraciones impor-

tantes que recoger, fuera de la indicación relativa al aumento del sueldo de los maestros, á fin de poner como *mínimum* el de 500 pesetas.

Y no debe esto sorprender. El actual presupuesto no entraña una reforma de los servicios de la enseñanza; se presentó como los anteriores; quizá peor, con una baja en los gastos. El gobierno no tenía por qué hacer declaraciones trascendentales en defensa de su obra.

\*  
\* \*

Pasemos á la discusión del articulado; no seguiremos, sin embargo, éste en sus detalles; en rigor, no merece la pena; sólo nos fijaremos en algunas de las enmiendas más interesantes.

El Sr. Gil y Morte propuso la creación de un centro técnico pedagógico; se comprende bien la idea del Sr. Gil y Morte: hace falta, en efecto, organizar algo de lo que el distinguido profesor indica, pero acaso hubiera estado más en lo firme recordando la existencia del Museo Pedagógico Nacional, que ya realiza alguna de las funciones á que el diputado republicano se refiere, y proponiendo aumento de sus medios, para que dicha institución pueda cumplir su múltiple misión con más holgura que hoy lo hace. Aparte esto, la idea de dar estabilidad á la administración de la enseñanza, hoy tan á merced de los vaivenes de la política, es de las que no necesitan discutirse.

Los diputados republicanos presentaron otra enmienda, que no prosperó, para mejorar el sueldo á 149 maestros, y á 463 maestros auxiliares que hoy cobran 625 pesetas: se quería que en adelante cobrasen 750; por otra parte, la minoría republicana indicaba este sueldo como sueldo mínimo.

El mismo Sr. Gil y Morte propuso—y la propuesta desgraciadamente no pasó de allí—el envío de varios inspectores de enseñanza al extranjero.

El Sr. Requejo presentó un voto particular en lo relativo

á la ordenación de los sueldos de los maestros, voto que no fué aceptado, y el Sr. Vincenti una enmienda con el objeto de modificar la escala de los sueldos del magisterio primario, pero también sin éxito. La política pedagógica del gobierno en este punto es muy modesta: el aumento hasta 500 pesetas del sueldo de los maestros que lo tienen menor.

El mismo Sr. Requejo defendió otro voto particular en el capítulo de la segunda enseñanza.

El Sr. Lerroux pidió la supresión de la cátedra de religión de los Institutos, no aceptando la enmienda la Comisión, según el Sr. Canals, «porque esto significa una alteración en el plan de segunda enseñanza».

El Sr. Vincenti presentó varias otras enmiendas, entre ellas dos de cierta importancia; relativa, la primera, á la enseñanza industrial: proposición creando un centro técnico en Barcelona, y la segunda referente á la enseñanza comercial: proposición sobre creación de una escuela naval de comercio, haciendo, con ocasión de defender estas proposiciones, consideraciones generales sobre los diversos problemas pedagógicos pendientes.

Intervino en la discusión del presupuesto el Sr. Alvarez, que asentó una vez más la necesidad de enviar al extranjero á los jóvenes de nuestras Universidades, y de traer á éstas profesores extranjeros, contestándole el señor marqués de Figueroa.

También intervino con ocasión de otra enmienda el señor Roselló, quien pronunció uno de los discursos, sin duda, más interesantes del debate, señalando los diversos problemas que entraña la reforma de nuestra educación nacional, y marcando una orientación que podríamos llamar radical. El Sr. Roselló ponía las cosas en su punto cuando argüía de este modo:

«Se dice que aquí luchamos siempre con la falta de dinero, y eso no es exacto. Sobre vuestro anterior presupuesto hizo el gobierno del Sr. Villaverde una economía de 20 millones de pesetas. Y ¿no comprendéis que si en el momento de venir á ese banco hubierais tenido la energía necesaria para aplicar

esos 20 millones de pesetas á la transformación inmediata, rápida, de la educación popular, hubierais alcanzado el aplauso unánime del país, hubierais respondido á vuestros compromisos?»

Por otra parte, el Sr. Roselló defendió algunos principios que conviene notar, por la alta significación que entrañan. Hablando de la educación mixta, decía:

«El empeño de educar separadamente á los dos sexos, cuando en la sociedad no existe esta separación; el afán de mutilar la vida en la escuela, cuando en todas partes se integra por la concurrencia de los dos sexos, como sucede en el teatro, en la iglesia, en el paseo, en el hogar y doquiera que la vida se manifiesta y se desarrolla, es uno de los errores más grandes en que puede incurrir el pedagogo. Es ésta cuestión discutida ya con verdadera amplitud. Es cuestión resuelta en muchos países de Europa, como Dinamarca, los Países Bajos, Bélgica, Suiza; preconizada en los Estados Unidos, y sostenida allí contra todos sus opositores, como un medio eficaz de ennoblecer la raza, de dar á la educación un sentido superior, de infundir ánimo más varonil á las mujeres educadas en concurrencia con los niños, y de que tengan éstos más cortesía, y un alma dispuesta á las emociones del arte y á los sentimientos más nobles del corazón.

»La educación en común trae, como consecuencia, el planteamiento del derecho de la mujer al desempeño de casi todas las profesiones liberales, de gran parte de los destinos públicos, y hasta de las funciones de muchas magistraturas, confiadas exclusivamente al hombre.

»En España vive la mujer en un triste desamparo, porque á vueltas del lirismo que la consagramos al apellidarla ángel del hogar, encanto y sostén de la familia, en realidad la abandonamos en absoluto á todas las miserias y á todas las necesidades de la vida, que para ella es mucho más cruel que para el hombre».

Y refiriéndose á la neutralidad de la escuela, afirmaba:

«Hay que tener el valor necesario para salvar la independencia del espíritu y la integridad de la conciencia del educando y del educador, proclamando la neutralidad de la escuela, respetando profundamente todas las creencias, pero al mismo tiempo dejando al espíritu libre de todo yugo, de toda imposición que elabore sus convicciones, como producto de sus propias energías.

»La neutralidad de la escuela que no se opone á que reciban enseñanza religiosa en local adecuado, y bajo dirección competente, cuantos voluntariamente la apetezcan, no puede ser considerada como hostilidad á ninguna confesión».

Todavía intervinieron otros diputados en la discusión del presupuesto; aún se aceptaron y se rechazaron otras enmiendas; pero teniendo el espacio limitado, y siendo preciso decir algunas palabras acerca del debate en el Senado, no puedo insistir más en esta parte de mi estudio.

\*  
\* \*  
\*

En tres días, como dejo indicado, se despachó la discusión del presupuesto de Instrucción pública en el Senado. No quiere esto decir que no hayan intervenido muchos señores senadores en la discusión; nada de eso: intervinieron bastantes; hubo numerosas enmiendas, pero todo de prisa, muy de prisa; las vacaciones se venían encima; el 31 de Diciembre estaba en casa; no era fácil, pues, que en condiciones tales de impaciencia y premura, los padres graves—entre los cuales los hay que están enterados, sin duda, del problema pedagógico—pudieran discutir serenamente los gastos de la enseñanza, y menos desarrollar ningún plan meditado de reforma de la educación.

Sobre la totalidad del presupuesto hablaron los señores marqués de Bolaños, barón de Bonet y López Muñoz, á quienes contestaron los Sres. Alvarez, Hernández Fajarnés y el señor ministro, interviniendo para alusiones el Sr. San Martín.

Imposible extractar aquí todos estos discursos, en los cuales se habló de tantas cosas, de tantas, aunque siempre con cierta vaguedad, sin duda por el apremio del tiempo, y acaso, acaso, por el convencimiento íntimo que los oradores abrigan, de la ineficacia del esfuerzo.

Los libros de texto, los abusos de ciertos profesores políticos, el sueldo de los maestros—que el señor barón de Bonet querría, con razón, que no bajase de 1.000 pesetas,—el material, los locales, la supresión de las Universidades, con la oportuna rectificación del Sr. San Martín, que estima más oportuno reducir el personal, dotándolo mejor; el profesorado extranjero para España, etc., etc.: he ahí algunos de los puntos tratados con varia fortuna.

\*  
\* \*

Inició el debate sobre el articulado el Sr. Sardá, uno de los campeones más modestos, pero más laboriosos de la reforma pedagógica en España: maestro de verdad, competente como pocos en materias de enseñanza, hizo el Sr. Sardá un discurso interesante y muy completo.

He aquí los puntos principales tratados por el Sr. Sardá en dicho discurso: aumento de escuelas en número suficiente para recoger en ellas los niños en edad escolar; construcción de edificios escolares para establecer las escuelas—las actuales y las nuevas;—formación adecuada del personal de maestros primarios en número suficiente, y con ocasión de este punto, manera de reclutar el magisterio, crítica del sistema de oposiciones, las Escuelas Normales, número de éstas, ingreso en las mismas, la inspección.

Después del Sr. Sardá, hablaron los señores Fajarnés, Pulido, San Martín, marqués de Guadalerzas, Cárdenas, Labra, Maluquer, barón de Bonet, Jimeno, Aramburu, López Mora, Labastida, Álvarez, Hinojosa y el ministro del *ramo*.

No dispongo de espacio para seguir paso á paso el des-



arrollo de la discusión: me limitaré, pues, para dar una breve idea de la misma, á recoger algunas declaraciones de varios de los oradores que la mantuvieron.

El Sr. Cárdenas, entre otras cosas, hizo la indicación siguiente:

«Mi ideal en instrucción pública es tal, que rompe por completo con toda la organización existente. De manera que para mi ideal, ¿qué tiene que ver este presupuesto, ni qué la manera de entender la instrucción, ni qué la división de la enseñanza, ni tantas otras con ello relacionadas? Absolutamente nada; porque es un presupuesto que, con relación á lo que yo pienso de instrucción pública, está en la infancia, es como un presupuesto de hace cincuenta ó sesenta años».

El Sr. Labra, que es de los que con más autoridad pueden hablar de estas cosas de enseñanza en el Parlamento español, pues de antiguo viene proclamando la necesidad de una política pedagógica, declaraba, con razón, que con las reformas realizadas (sobre todo el pago de los maestros por el Estado y el aumento del sueldo mínimo) estamos sólo en el principio; y añadía:

«¿Creéis que se puede obtener el progreso con las 500 pesetas, como término medio, cuando las 500 pesetas representan como sueldo seis reales diarios, en este país, en que el jornal ordinario de un hombre de campo, fuera de algunas regiones de Andalucía, viene á ser de siete, ocho y diez reales? ¿Creéis que un hombre á quien se le pone en estas circunstancias, tenga medios de atender al servicio de la enseñanza, y sobre todo, con aquellas condiciones, maneras é ilustración que son absolutamente indispensables para realizar esta empresa de la obra de la educación, íntimamente relacionada con la instrucción, que pide por lo menos condiciones medianas de comodidad?»

»Por manera que, nótele bien el señor ministro, no es más que el principio: son 500 pesetas que han roto el *statu quo*; es necesario llegar, no á 750 pesetas de que se ha hablado en la otra Cámara; mi afirmación es que es menester llegar á las

1.000 pesetas como *minimum* de sueldo del maestro, que es, en términos generales, lo que tienen en Europa y América; allí no hay un solo maestro que no disfrute de esa cantidad».

A lo que el ministro responde que no estamos preparados para realizar ese esfuerzo, que realizaron Servia y Rumania.

El Sr. Hinojosa, otro de los que están enterados y saben lo que es preciso pedir, hizo estas interesantes manifestaciones:

«La mayor parte de los profesores, desde luego todos los de Ciencias y Letras, y muchos de la Facultad de Derecho, Medicina y Farmacia, que no ejercen sus profesiones, se ven en la imposibilidad absoluta de adquirir libros y revistas, con el sueldo verdaderamente insuficiente, aun para las necesidades más perentorias, de que disfrutan; sobre todo, el sueldo de ingreso, que, como saben los señores senadores, es de 3.500 pesetas, con los descuentos naturales. No hay duda de que una de las causas del atraso científico en que nos encontramos es esta carencia de instrumentos de trabajo que permitan seguir el movimiento científico. Se ha provisto de una manera muy insuficiente á esta necesidad, consignando una cantidad relativamente pequeña; pero ya es un principio de enmienda, y confío yo en que en lo sucesivo esa cantidad se aumentará en la proporción conveniente.

»En cuanto á las pensiones de los catedráticos y alumnos para hacer estudios en el extranjero, es ésta la vez primera que viene al presupuesto la consignación correspondiente, aunque la reforma fué establecida ya por el señor conde de Romanones. Yo tuve ocasión de aplaudirle calurosamente en el Senado hace más de dos años, pues considero esta novedad digna de toda alabanza.

»Soy de los que creen que para reconstituir nuestra ciencia y nuestra enseñanza necesitamos, y necesitamos imperiosamente, el auxilio ajeno. Aun el más optimista en esta materia habrá de reconocer que carecemos de elementos propios en la

cantidad necesaria, aunque sean muy valiosos, para llevar á cabo esta empresa.»

El Sr. Jimeno, refiriéndose á la formación del profesorado, hacía esta manifestación:

«Pero suponed en cambio que, desapareciendo por completo el período del doctorado en las Facultades, que no diré que no sirva para nada, pero sí que sirve para poca cosa, se convirtieran sus enseñanzas en una Escuela de estudios superiores, donde entraran asignaturas de Ciencias, de Medicina, de Farmacia y de Derecho; convirtiéndose en un Seminario de enseñanza semejante al Seminario universitario de los alemanes, y aun más ennoblecido que los de Alemania; añadid á esto el que aquel que quisiera ser profesor y adquirir un grado superior en la enseñanza universitaria, cursara dos ó tres años de enseñanza superior de la Facultad á que perteneciera, y esas enseñanzas fueran orientadas hacia la investigación y experimentación prácticas, en trabajos de laboratorio, de museos, en el hallazgo y conocimiento de las ruinas, en el estudio y práctica de la numismática, en la rebusca de libros raros de las bibliotecas, fuente inagotable de riquezas históricas, haciendo una verdadera práctica experimental y de observación: ¿no estarían aquellos alumnos más preparados para llegar á ser profesores?»

\*  
\* \*

Si recogemos ahora, prescindiendo de los detalles, las indicaciones más generales que acaso resultan de la discusión parlamentaria del presupuesto de la enseñanza, desde luego creo yo que pueden afirmarse varias cosas.

Salvo excepciones, como la del Sr. Bugallal (D. Isidoro), quien llevado quizás de un patriotismo que me atrevo á considerar mal orientado, cree que se exagera mucho cuando se habla de la ignorancia de nuestro pueblo, pues estima «que el nivel intelectual de España está acaso igual, si no por enci-

ma del de Italia, y aun del de Bélgica, siendo esta última nación una de las más cultas de Europa»; salvo este y algún que otro desahogo por el estilo (1), la opinión general se ha manifestado con bastante unanimidad, en el sentido de reconocer que estamos mal, muy mal, en esta materia de la educación nacional, y además, que el presupuesto aprobado no entraña el remedio necesario.

No diré yo que esta manifestación de la opinión parlamentaria refleje siempre un convencimiento sincero, moral, basado en un conocimiento positivo de los términos reales del problema: la retórica y el reclamo entran por mucho en toda la labor de las Cortes; pero el hecho es que las declaraciones de muchos de los oradores de ambas Cámaras, han venido á afirmar la necesidad de hacer algo, de pensar en algo, que nos saque de la situación presente, insostenible.

El presupuesto es deficiente; es preciso un presupuesto más rico para la enseñanza: se necesitan más escuelas, muchas más escuelas; es indispensable hacer buenos maestros, hay que mejorar su situación económica: el sueldo mínimo debe ser de 1.000 pesetas; debe irse á él pronto; es necesario construir locales, aumentar las consignaciones para el material pedagógico, reformar las Normales, crear la Escuela del profesorado, aumentar el material científico, enviar nuestra juventud al extranjero, y nuestros profesores á los grandes centros de cultura del mundo, y acaso traer aquí profesores eminentes de otros países... he ahí unas cuantas afirmaciones ó fórmulas mantenidas, con aplauso general, durante la discusión parlamentaria.

Lo que se advierte, en medio de estas notas é indicaciones...

---

(1) Como este otro del mismo orador: refiriéndose al modo de computar los analfabetos, decía: que entre ellos se cuentan (mal contados al parecer) las mujeres, «y respecto á las mujeres, añadía, aun cuando entre ellas hay algunas que brillan con luz extraordinaria... no puede considerarse al resto como un factor que pueda influir en la más alta instrucción de la nación española». El que no se consuela es porque no quiere.

optimistas, muy *relativamente* optimistas nada más, es una falta de oriente, de fuerza impulsora y de dirección superior, capaz de hacer cuajar, en resoluciones concretas y eficaces, las aspiraciones manifestadas. De haber habido algo de eso, el presupuesto de Instrucción pública, presentado *en baja*, hubiera experimentado una transformación más profunda que la sufrida; pues al fin sufrió alguna. Es muy poca cosa, no es nada casi, para lo que se necesita; pero no hay que olvidar que ha habido algunos aumentos significativos. Los recordaba el Sr. Sardá en su discurso: «1.300.000 pesetas, para aumentar los sueldos á los maestros de menos de 500; 125.000, para la caja de clases pasivas del magisterio primario; 150.000, para material científico; otras tantas, para la construcción de edificios escolares; igual cantidad, para los establecimientos privados; y otros varios en diferentes capítulos».

Hagamos votos por que la situación no se estanque, y por que mejore todo lo que necesita mejorar, que no es poco.

ADOLFO POSADA

## EL PUEBLO ESPAÑOL ANTE LA REFORMA SOCIAL

---

Tienen toda la importancia que modernamente se les atribuye los estudios acerca de la psicología del pueblo español. Más tarde ó más temprano, por métodos evolutivos ó revolucionarios, estamos abocados á una reforma, que paulatinamente ha empezado ya á manifestarse en recientes leyes de carácter social; é importa mucho conocer si se halla bien preparado el terreno para que esa reforma fructifique, y cuáles son los obstáculos ó resistencias que será preciso vencer para que no se malogren los esfuerzos que una ó varias generaciones han de consagrar á tal empeño.

Para la educación del carácter individual, para la conveniente preparación del sér humano á la suprema conquista de la *personalidad*, que le ha de integrar en el máximum de su representación ética y jurídica, importa sobremanera el acabado estudio de la psiquis, complemento indispensable de todos los datos que suministra la antropología; y ya sea sobre la base de la teoría clásica dualista del *compuesto humano*, ya sobre la más moderna de la psicología experimental, es lo cierto que todos los progresos de las ciencias morales y jurídicas se apoyan en la observación intensa de los fenómenos del alma.

La sociología ha pretendido, en sus comienzos, levantarse sobre bases meramente antropológicas; y el nombre de *física social*, con que primitivamente fué designada por Comte, es bastante significativo en este punto. El mismo Comte, al definirla—después de consagrarla con la nueva denominación—

como la ciencia de la estructura y de las funciones de la sociedad, y Spencer, al entenderla como la ciencia de la *evolución super-orgánica*, pusieron el fundamento á la serie de investigaciones que, durante muchos años, han venido realizándose sobre datos meramente antropológicos, paleontológicos y etnográficos, y estudios comparativos de este mismo carácter, que redujeron la sociología al aspecto fisiológico del organismo colectivo, prescindiendo, casi por completo, de la influencia de aquella *idealidad social* de que habla Ardigó, y que emerge del conjunto de las representaciones y de los impulsos psíquicos que tienen su asiento en la conciencia.

Fué el ilustre publicista Gabriel Tarde quien, colocándose en un punto de vista, quizá tan censurable como los anteriores, por su carácter unilateral, ha considerado la sociología como una ciencia meramente psicológica; y esta tendencia—juntamente con la orientación ética de los estudios sociales, como reacción contra el sentido exclusivista de la *lucha por la existencia*, ya de individuos, ya de clases ó razas,—ha venido acentuándose á través del pensamiento de los más ilustres escritores, hasta que en estos mismos días, el quinto Congreso del *Instituto Internacional de Sociología*, celebrado en París en el pasado mes de Julio, ha elegido como asunto de sus principales deliberaciones lo que, según Posada, constituye el *tema del día*, ó mejor, la preocupación dominante en la sociología; tema ó preocupación que yo no puedo explicar mejor que transcribiendo las siguientes palabras del profesor ilustre, escritas para dar cuenta de los trabajos del indicado Congreso: «Si hubo un período, no hace mucho tiempo, en que merced al influjo spenceriano, la sociología tendía á constituirse como una prolongación diferenciada de la biología, y los principales sociólogos se inclinaban á la concepción orgánica de la sociedad como un todo, actualmente, á causa de una porción de influjos muy complejos, la sociología busca una base y una explicación psicológicas, y ya se bosqueja como una psicología más complicada que la individual, como una

psicología intermental, ya como una psicología colectiva, ya como una ciencia sustantiva relativa á fenómenos que piden una explicación psicológica, ó bien todavía como una disciplina en la cual se sintetizan la biología, la geografía, la psicología, etc., sin ser por ello una mera prolongación de ninguna de estas ciencias particulares, al igual que el fenómeno social, y más aún la sociedad misma, no entraña sólo una relación biológica ó psíquica, sino todas estas relaciones conjuntamente» (1).

Síguese de los datos y consideraciones anteriores y de otras muchas que, por brevedad, omito, que va acentuándose más y más cada día la tendencia ó carácter psicológico de la ciencia social; y en el orden práctico de las modernísimas investigaciones, constituyen una concluyente prueba de lo dicho los afanes que por todas partes se despiertan de ahondar, buceando en las profundidades del alma popular para descubrir sus íntimas energías y las determinaciones que se deben á los influjos del ambiente moral y al instinto de imitación de otros pueblos y razas más progresivas, sin detenerse, como antes se hacía, en la investigación de los caracteres antropológicos de la raza física, para clasificarlos y encasillarlos, y de los mismos, deducir aptitudes y tendencias que se suponían congénitas y que sólo era posible cambiar y transmitir mediante la transfusión de sangre ó la herencia fisiológica.

Tratando de paso este asunto el Sr. Unamuno—con motivo de la reciente aparición del libro de Bunge *Nuestra América*, que atribuye capital importancia para los fenómenos de la civilización al cruce de razas y al elemento antropológico,—dice que cada día cree menos en eso de las razas y más en el poder de la sugestión y de la educación é imitación; y se reserva tratar con mayor detenimiento este problema. Quien haya seguido con interés el camino hasta ahora recorrido por el genial pensador que, sin haber agotado sus actuales

---

(1) *La Lectura*. Agosto 1903, pág. 519.



reservas, ha llegado tan á lo profundo en el conocimiento del alma española, educiendo de la observación intensa del fenómeno social las leyes fundamentales de nuestra vida y las causas de nuestra decadencia, y prodigando su inmensa personalidad científica á través de la paradoja y la metáfora—más adecuadas á su temperamento artístico y á su manera de ver y de reproducir la realidad de las cosas que el abstruso y recortado lenguaje de la ciencia clásica,—habrá de esperar con avidez el cumplimiento de aquella promesa, en el que, sin duda alguna, se condensarán las más poderosas sugerencias para determinar el avance, tan necesario, en el proceso mental de la psicología de nuestro pueblo; confirmando de paso el valor y la fecundidad de la actual orientación de la ciencia sociológica.

A esta orientación corresponden, en suma, todas las modernas fórmulas sintéticas de la sociología, que puédense resumir en la enunciada por Hauriou, quien afirma que la materia sobre la que trabaja el sociólogo no está limitada á los fenómenos sociales considerados en sí mismos, objetivamente, sino que se extiende del mundo exterior al mundo interior de los sentimientos, de las ideas, de las voliciones, que determinan la conducta y engendran los actos. Basta, en efecto, dirigir una rápida ojeada al novísimo movimiento literario de la ciencia social y á sus naturales repercusiones en las esferas del arte, de la legislación y de la política, para convencerse de que lo que se busca preferentemente en toda investigación de aquella índole es la base psicológica, la manifestación espiritual, el carácter de la sociedad que se pretende conocer, en cuanto aquella base puede revelarse en las costumbres, las tendencias y los ideales del pueblo, en sus creencias ó supersticiones colectivas, en la energía vital que desarrolla en sus empeños, en la oscilación de los móviles supremos de su conducta, en sus desalientos ó desmayos, en las variaciones más ó menos violentas del sentido de sus progresos, en su resignada pasividad ó en los anhelos con que trabaja por emanciparse de cualquier

clase de yugos ó tiranías, en el ejercicio de la libertad y la manera de responder á las exigencias de la solidaridad humana; en todo aquello, en suma, que revela la existencia en la sociedad de algo más que influencias del ambiente, ley de la herencia, continuidad de la evolución universal ó lucha y selección de razas, en que se pretendía comprender todo el contenido de las ciencias sociales.

## II

Sería cerrar los ojos á la evidencia ó exagerar la petulancia y la manía que tenemos los españoles de despreciar las cosas de España—cuando individualmente no pusimos en ellas nuestras manos—el desconocer que, en estos últimos tiempos, hase despertado en nuestro país una devoción profunda al análisis introspectivo de nuestra conciencia nacional. Lo que llama Unamuno la *intra-historia* empieza á trabajarse ó descubrirse ahora, con relación á nuestra patria, de la que apenas si había llegado á nuestra generación otra fuente de conocimiento que el eterno relato semi-heroico y sentimental de la *historia de nuestras glorias*, tan severamente tratadas por la crítica contemporánea, después de la caída á que nos ha conducido nuestro perpetuo sueño *sobre sus laureles*. Fueron primeramente nuestros más preclaros noveladores Pardo Bazán, Pereda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Palacio y algunos otros, los que, reconstituyendo el ambiente de idealidad en que se baña la vida de las regiones, con sus caracteres típicos, con sus costumbres religiosamente conservadas, con su color local, con su nativo lenguaje, no desfigurado por la retórica académica, con la vibrante tonalidad de su respectiva naturaleza, aportaron elementos de grandísimo vigor para la reconstitución del alma nacional.

Después de aquellos artistas, ó contemporáneamente con ellos, trabajaron y trabajan en el mismo empeño, y acaso con

más directa finalidad, encaminada á descubrir el fondo de nuestro carácter, para determinar el sentido conveniente de nuestra reforma moral, política, pedagógica, social, económica y artística, Altamira, Maeztu, Salillas, Ganivet, Costa, Pica-vea, Morote, Díaz Caneja, Martínez Ruiz, el mismo Unamuno, y algunos otros; y sus trabajos—particularmente los de aquellos que, como Altamira, Costa y Unamuno, han puesto toda la perseverancia de una vocación en esta gran labor re-constructiva—habrán de ser la base indispensable de toda obra reformista, si no se quiere reincidir en el achaque, tradicional en nuestra patria, de acometer empresas legislativas, políticas y sociales traduciendo del extranjero la forma externa de las instituciones, sin haber estudiado ni tener en cuenta las aptitudes del pueblo para recibirlas.

Así, mientras el vulgo de nuestros políticos y reformadores sin enjundia, que monopolizan la dirección escénica de las exterioridades de nuestra vida nacional, fatígase en la tarea de seguir aprisionándola en los moldes de la eterna fórmula, mil y mil veces renovada, los verdaderos forjadores de la obra social contemporánea van poco á poco extrayendo de las viejísimas canteras en que se contiene la energía creadora del alma humana los materiales de la substancial renovación que se anuncia con claridades de aurora en los horizontes de la vida.

Labor honrada y generosa, digna de la más alta estima y gratitud de los hombres. Porque se trata nada menos que de conocer la trama de nuestra constitución interna, á fin de modelar las normas morales que han de sustituir á las caducas leyes que, á través de muchas generaciones, nos han dirigido *desde fuera* y en interés de seres extraños á nosotros mismos, no obstante lo cual han sido veneradas por nuestros padres con fetichismo incomprensible.

La ciencia y el arte colaboran hoy en esta obra con avidez de nueva vida. Dentro y fuera de España, infatigables trabajadores del progreso hállanse empeñados en la gigantesca em-

presa de abatir la Bastilla de una legalidad absurda, vana colección de tópicos, que no puede resistir al examen de la crítica; no obstante lo cual han profundizado tanto sus raíces, que hácese preciso remover el suelo, hasta llegar á las capas de roca, para destruirlas.

Y es de notar que aquel arraigo no se debe á una vegetación espontánea, quiero decir, á una compenetración de las instituciones con el carácter del pueblo que las mantiene, sino más bien á la rutina y secular pereza que, por evitarse el trabajo de pensar, acepta el pensamiento y la obra extraños y amolda á ellos su conducta, como el mendigo holgazán viste el traje hecho á otra medida, sin darse la molestia de reformarle para adaptarlo á las proporciones de su cuerpo.

Por consecuencia de esta falta de compenetración entre la vida y sus normas exteriores, la abstracción impera soberana y constituye nuestro hábito mental más pronunciado. Abstractas son todas las nociones que dirigen nuestra actividad; abstracta la libertad, sin contenido, de que alardeamos; abstracta la capacidad jurídica, de cuya conquista nos envaneecemos, y abstracta la ley que rige todas estas categorías de nuestra conducta.

Quiero decir con esto que las conquistas progresivas y democráticas mediante las que creemos haber corregido todos los errores tradicionales, hanse reducido á modelar una perfecta estatua del hombre, pero sin el soplo de la vida, para estarnos luego recreando en su contemplación, cual si con ello hubiéramos llenado todas las exigencias de nuestro destino. De esta manera hemos llegado á formar un concepto de la ley, como de un espejo en que se graba perpetuamente la imagen de aquella estatua sin vida; y dando luego á esta ley un valor sustantivo, independiente de los movimientos de la actividad humana, á la que nos propusimos que sirviera de norma, hemos supeditado en absoluto esta actividad consciente, libre y autónoma al tiránico dominio de aquella fórmula abstracta, negando así las recíprocas influencias que se dan entre el

principio interno de la vida y las formas de su ordenación social, y viniendo por tal camino á quedar reducido todo el movimiento de la nuestra al movimiento mecánico y obligado de la locomotora encarrilada en dos líneas paralelas, sobre las cuales recorre eternamente sin espontaneidad el camino trazado por una causa externa que se le impone, sin poder jamás determinar una dirección variada, por grande y pujante que sea la fuerza impulsiva que brota de sus entrañas.

Este concepto, tan difundido como absurdo, de la ley que ha de presidir los movimientos de la actividad libre, contribuye á producir un divorcio entre esta misma actividad, cuando se ostenta en una potencia anímica vigorosa, y aquella ley mezquina y achatada, hecha para nivelar la medianía é incapaz de contener en sus aforismos el amplio y fecundo movimiento de la vida individual y social, cuando con tal vigor se manifiesta; á la manera que los estrechos cánones de la técnica dramática, que se llamó clásica algún día, fueron rotos por el torrente invasor de intensa vida que se desbordaba con rugidos de león en la poderosa personalidad artística de Shakespeare y de Ibsen, de Galdós y Echegaray.

Aplíquense estas consideraciones á la vida de un pueblo, y no podrá menos de reconocerse la inmensa fecundidad de los trabajos que actualmente se consagran al conocimiento de su psicología. Hasta la hora presente lo único que hemos llegado á conocer del conjunto de cada agrupación humana es lo que, con más ó menos propiedad, ha venido llamándose *su historia*, la sucesión cronológica de los acontecimientos políticos, diplomáticos, económicos, literarios, artísticos, etc., que revelan la identidad del todo nacional; pero nada ó muy poco de lo que pudiera llamarse la *personalidad* del pueblo mismo, constituída por sus caracteres psíquicos y su compleción moral, en una palabra, por el interno poder creador en cuya virtud aparecen las costumbres y las instituciones, por vía de generación, y no de adaptación ó superposición mecánicas.

Lo mucho que importa por parte del pueblo la adquisición

y perfeccionamiento de la conciencia de esta personalidad, y por parte de sus directores el conocimiento de su carácter y energías, nunca será bastante ponderado. En los actuales momentos es de necesidad absoluta despertar aquella conciencia y fomentar por todos los medios este conocimiento, á fin de que la obra social que trata de levantarse no lleve desde su origen gérmenes de destrucción ó decadencia.

### III

Pero ¿existe en el pueblo español aquella intensa energía determinante de un carácter y generadora de instituciones sociales, que excluye la necesidad de adaptarse las de creación extraña, y que hemos denominado *personalidad*? En otros términos: ¿el pueblo español se basta á sí mismo para producir con los elementos de su constitución histórica, desarrollados en esta ó la otra dirección, aquella reforma de sentido ético y social en sus costumbres, en sus leyes y en sus instituciones que reclaman las actuales vicisitudes de la civilización, para considerarle al nivel de los pueblos progresivos? En una palabra: esa grandiosa transformación social que significa el advenimiento del cuarto estado, del elemento democrático y obrero, á influir en las determinaciones de la vida nacional, y á señalar el contenido de un derecho nuevo, en que el trabajo humano adquiriera la plenitud de su representación, ¿tiene hoy en España la suficiente base sustantiva para producirse con caracteres de originalidad, por haber alcanzado nuestro pueblo la suprema conquista de su personalidad y la conciencia de sus atributos, ó más bien hácese preciso traducir, importar los elementos esenciales de esa reforma, de aquellos países en que la comunidad de raza, de legislación ó de tradiciones, implican mayor analogía con el nuestro?

He aquí el problema de mayor trascendencia en este que pudiera llamarse período constituyente de la reforma social

española. En otro lugar he dicho y razonado que «esta reforma no tiene posible aplazamiento, si no hemos de rezagarnos en siglos á la marcha del mundo» (1). Hay que abordar, por lo tanto, aquel problema, como primera exigencia del método, para que mejor fructifique nuestro trabajo; hay que investigar cuál es nuestro grado de preparación ó de aptitud para tan difícil empresa; hay que sondear en todas direcciones las entrañas de nuestro pueblo para percibir sus más íntimos movimientos, y saber, en consecuencia, si este pueblô ostenta los rasgos psicológicos que le capaciten para las grandes luchas y reivindicaciones de los tiempos novísimos, que, como ha dicho Deschanel, no se limitan ya á un reparto más ó menos equitativo de las riquezas, sino que tienden gradualmente á la plena conquista de la personalidad.

He aquí por qué ofrece más dificultades de las que á primera vista pudiera creerse la obra de nuestra reforma social, que no consiste sólo en ir adoptando sucesivamente los más progresivos modelos de la legislación extranjera en orden á la reglamentación del trabajo y á la integración jurídica del obrero, sino que debe comenzar por un profundo y sincero examen de conciencia; porque allí donde el pueblo haya alcanzado la de su valor personal, él mismo sabrá imponer las soluciones adecuadas á sus necesidades, y aun cuando no las haya visto previamente establecidas en otros países, sabrá también engendrarlas por su propia espontaneidad; mientras que allí donde no haya llegado todavía á ser consciente de sí mismo, en vano llamarán á sus puertas las más legítimas conquistas de la solidaridad humana, porque el pueblo, por lo mismo que no ha sentido las necesidades á que responden, las dejará pasar con indiferencia, quedando sumido en la postración de sus abyecciones; y entonces, para hacerle entrar en el concierto de la civilización y marchar en conserva con los demás

---

(1) Discurso leído ante la Academia de Derecho y Ciencias sociales de Bilbao, el día 30 de Diciembre de 1902; pág. 79.

pueblos por el inmenso océano de la vida, será preciso que alguna fuerza exterior venga á sacarle de su letargo, empujándole sin cesar hasta que sus movimientos adquieran la espontaneidad impulsiva que le capacite para el progreso.

#### IV

La enorme dificultad de adaptación del alma contemporánea á los viejos organismos en que viene moldeándose hasta la hora presente la vida pública y privada de los individuos y de las sociedades, ofrece al observador un cuadro de desorden moral repleto de sugerencias. El movimiento incesante de las ideas; la libertad absoluta del pensamiento y de sus medios de expresión, que permite ahondar sin trabas en la investigación científica hasta descubrir las leyes fundamentales de la existencia; la comunicación constante de los conocimientos por los poderosos medios que ofrecen las industrias y las artes modernas; la creciente ambición de buscar la verdad en el seno de la naturaleza, bañándose en la luz que brota de sus entrañas, sin el artificio de la lógica y del estéril dogmatismo tradicionales; la vida expansiva y al mismo tiempo de intensa concentración psicológica que permite ir acentuando cada día los vigorosos contornos de la personalidad: todos estos elementos, de consuno, determinan el ambiente del espíritu moderno y el carácter de una civilización que trata de abrirse franco paso, porque no ha conseguido todavía renovar las condiciones del medio en que se produjera aquella otra civilización arcaica á la que está llamada á sustituir.

Frente á frente á estos anhelos de renovación, y sirviendo muchas veces de obstáculo á sus conquistas paulatinas, quedan aún como residuos de otras épocas: un proceso mental de prejuicios y cavilaciones que dificulta el libre vuelo de la indagación y ofusca ó entenebrece la verdad hallada por procedimientos positivos; una encarnación *curialesca* de la justicia,



que desoyendo muchas veces los intensos clamores de la verdad, sacrifica los más sagrados intereses á una formalidad del procedimiento, y desconoce el valor sustantivo, independiente de toda fórmula, y la potente energía creadora del más grande de todos los atributos de la humanidad, que aspira á quebrantar con su fuerza expansiva, incontrastable, la inmensa red en que le tienen aprisionado los leguleyos; una concepción económica, jurídica y sociológica, que nos hace inaccesibles á las grandes reivindicaciones del ideal, porque chocan con el rutinarismo legal ó consuetudinario que se halla adherido á nuestra mentalidad, como si constituyese la forma substancial del pensamiento; en una palabra, toda una psiquis deformada y achatada por el martillo de la filosofía clásica, cuyas lucubraciones dogmáticas y apriorísticas llegaron á producir una radical impotencia de la personalidad, aprisionándola en moldes tan mezquinos como los que en el total sistema de aquella filosofía sirvieron para modelar el prototipo de todos los seres y de todos los fenómenos del universo.

A este gran desequilibrio que se observa en el orden general de la vida humana, corresponde otro, no menos preñado de sugerencias, en el sistema nacional ó político. Me refiero á la considerable diferencia que se nota, dentro ya de las unidades étnicas, ó simplemente regionales, entre la vida concentrada, culta y rica de los grandes centros de población, y aquella otra miserable y difusa en que vegetan los habitantes de los campos y de las pequeñas localidades, especialmente en determinadas regiones, cual sucede en la central de España. Esta diferencia, no tan sólo es suficiente para justificar la variación de tipo en el régimen de la administración municipal, según la densidad de la población ó su carácter de rústica ó urbana, sino que, muy principalmente para mi objeto, determina nada menos que una doble psicología popular, que muy notables pensadores han estudiado comparativamente, y que, por de pronto, obliga á considerar como el más complejo de los problemas sociológico-políticos el que consiste en definir la caracte-

terística fundamental de una nacionalidad, y en establecer la ley suprema y unitaria de su vida; por lo mismo que la coexistencia de aquellos dos aspectos irreductibles implica duplicidad de fuentes de información para el conocimiento teórico y de normas directivas para la conducta práctica.

Otro de los problemas que encierra el presente estado de *crisis total*, y ciertamente de los que pueden señalarse como más interesantes, hoy que se indaga con afán el sentido y el método de la revolución salvadora que venga á destruir los obstáculos que hemos visto oponerse á la plena y radiante manifestación del alma contemporánea, es el que consiste en averiguar en cuál de las dos concepciones se halla la posible redención de los pueblos decadentes, que aspiran á entrar de nuevo en la senda del progreso, á saber: en la proclamada por Carlyle y Emerson, y en España por Costa, que propenden á no ver en la historia sino la proyección de la sombra de los grandes hombres, de los héroes, y evocan, como única esperanza para las colectividades que agonizan, la aparición de los forjadores de pueblos; ó en la representada por Taine y otros ilustres pensadores—en cuyo sentido parecen comulgar la mayor parte de los que en España se consagran al estudio de estos problemas,—según los cuales, el mismo ambiente de la vida, la energía inmanente de la colectividad, el pueblo, en una palabra, encierra dentro de sí todos los elementos necesarios para la restauración que se persigue .

Importa mucho aquilatar el valor de esta última concepción, la más generalizada, y que para mejor arraigar en el ánimo de las gentes, ha tratado de levantarse sobre razonamientos científicos. A este propósito se han escrito, por algunos de los más ilustres representantes de la moderna psicología sociológica, como Fouillée, Guyau y otros muchos, páginas de verdadera inspiración, pero de escaso valor científico-positivo.

Por no prolongar demasiado el presente estudio, me limitaré á transcribir, como ejemplo, las siguientes palabras de Izoulet, escritas en su notable libro *La cité moderne*: «No el

individuo, sino la ciudad, es racional y libre, religiosa, legisladora, docta, industriosa, pensadora y elocuente. Todas estas cualidades *son productos colectivos sociales*. La ciudad es la que eleva al individuo desde el instinto animal al pensamiento humano; ella es la que lentamente transforma la bestia en ángel».

Sobre estas bases levántase, como he dicho, la doctrina que pretende hallar toda la *vis medicatrix* de la sociedad en ella misma, removiendo y utilizando sus íntimas energías, y buscando en sus capas inferiores, como en las profundidades de una mina carbonífera, las fuerzas latentes, que no llegaron á extinguirse con la falta de ejercicio.

Olvidan, los que piensan de este modo, que su teoría, por muy brillantemente que la expongan, es insuficiente á explicar aquel fenómeno, constantemente repetido en la historia, de que las ideas vivificantes, preñadas de virtudes redentoras, *las ideas fuerzas*, para usar de una frase consagrada, han sido siempre sugeridas á la multitud por el pensamiento inicial de los grandes hombres; y que éstos, lejos de hallar facilidades para su propagación, hubieron de sellarlas con esfuerzos colosales, y muchas veces hasta con su sangre: que tal ha sido siempre la resistencia que opusieron á su entronizamiento la perezosa rutina, la ignorancia y la abyección de los pueblos, que por ellas, más tarde, se salvaron de la ruina.

En los tiempos que alcanzamos, constituye ya un lugar común de la oratoria política y patrioterica esa vulgarizada especie de la salvación del pueblo por el pueblo, que van repitiendo por todas partes, hasta saturar la atmósfera moral, los que se creen llamados á pronunciar la fórmula de nuestro ya famoso empeño regenerador.

Por lo que á mí toca, propendo á dudar de cuanto por ahí se dice de los tesoros de energía vital que yacen en las entrañas del pueblo español. Más que un resultado de profunda y perseverante labor investigativa, encuentro en este generalizado concepto una pasajera manifestación de lo que el escritor

italiano Cogliolo ha llamado *la moda en la ciencia*, moda que nos hace víctimas de la obsesión de ciertas palabras ó frases consagradas por ella, y que se pronuncian con aire de suficiencia, creyendo que con su constante repetición tenemos ya resueltas las más difíciles cuestiones del orden práctico.

Hace poco reflejaba este optimismo nuestro incomparable Pérez Galdós, en una conversación referida por el ilustre periodista Morote á los lectores de uno de nuestros más difundidos periódicos (1). Aquel infatigable obrero de la inteligencia ha recorrido y recorre las provincias de España estudiando las más humildes y sencillas manifestaciones de la vida. A este propósito, renuncia á toda comodidad en sus viajes para ponerse en más íntimo contacto con las gentes; oye, observa y apunta, y así dice haber aprendido que su patria no se halla en el estado de atraso, ignorancia y agonía en que se la supone, induciendo que del fondo del alma nacional nos ha de venir la cura de nuestros males, que «médico de sí mismo, el pueblo español sanará», y que «se levantará este pueblo, que ya camina, aunque sus pasos no se oigan: tan alejados estamos de él...»

Declaro sinceramente que pongo toda mi fe en las palabras del maestro, cuando algunos renglones más arriba, en la misma interesante conversación, hace la crítica de los críticos de su última comedia; porque yo también, como el cura don Rafael de aquella hermosa producción escénica, *creo en Mariucha*; porque yo también encuentro miopes á los que no supieron ver en ella las grandezas de fondo, de verdad social, de intensa y duradera emoción artística, de formidable poder revolucionario...; pero esta misma declaración autorízame—sin riesgo de aparecer irrespetuoso con el pensamiento de una de nuestras más puras glorias nacionales—á manifestar que, para conocer perfectamente el estado psicológico y moral de un pueblo, se necesita una comunicación más íntima y perma-

---

(1) *Heraldo de Madrid*, 31 de Agosto de 1903.

nente que la que se obtiene mediante viajes y visitas, en cuyos relatos refléjase siempre la tendencia optimista, inseparable del espíritu de *dilettantismo* que se desarrolla al influjo de la inmensa variedad de tipos, paisajes, costumbres y caracteres que pasan sucesivamente ante la vista del observador.

Para proceder en aquel estudio sin riesgo de espejismos que nos conduzcan á reconstrucciones mentales totalmente alejadas de la realidad, hácese precisa una compenetración absoluta, que es casi imposible en las actuales costumbres; hay que *vivir*, en una palabra, la *vida* del pueblo para conocerle á fondo; y tal es el escollo en que tropiezan las más interesantes investigaciones, por lo general emprendidas y practicadas *desde fuera*, y acaso acaso *desde muy lejos*. Si se lograra infiltrar en el espíritu de las contadísimas personas de alguna cultura, que viven en íntimo y perseverante contacto con el pueblo, algo del espíritu *social* y humanamente *caritativo* que impulsa la vida contemporánea en los grandes centros de población, quizá de esa manera nos acercáramos á obtener el elemento informativo que se necesita para apreciar el carácter del pueblo mismo, que hoy solamente *nos imaginamos* conforme al criterio de cada cual.

¡Ah! si el cura y el médico y el abogado y el notario rural y el juez de instrucción y los demás funcionarios que van á los pueblos á ejercer diferentes ministerios públicos, no llevaran ese espíritu de vulgaridad y ramplonería que les aleja por completo de la altísima misión pedagógico-social que podría ejercer cada uno de ellos; si en vez de convertirse en instrumentos de una tradición de holganza y de rutina, consagrandose al enervante juego ó á la chismografía callejera ó de casino las prolongadas horas que les restan, después de cumplir forzosa y mecánicamente la cotidiana faena *pro pane lucrando*, se dedicasen á convertir en substancia vivificante el fruto de las continuas observaciones á que les brinda el simple ejercicio de sus cargos; ¡ah! si los que nos vemos obligados á vivir, dirigiendo determinados aspectos de la con-

ducta, en alguno de esos apartados lugares en que la ruda lucha del trabajo se repite monótonamente cada día, sin que el trabajador haya podido vislumbrar aquellas regiones ideales—por ahora—en las que le es posible entregarse al ensueño de su emancipación; si los que tenemos que tratar al pueblo en su nativa estupidez, lejos de la influencia de esas modernas propagandas que, si no logran cambiar la condición social, cambian, al menos, la psicología de las muchedumbres, que viven en la fe de sus futuros resultados; si todos los que nos hallamos en este caso pusiéramos un poco de amor á ese pueblo, como voluntaria ofrenda nuestra, para la obra de su redención, entonces no tardaríamos en poder aquilatar el verdadero valor de sus fuerzas latentes; entonces se conocería mejor que se conoce ahora si el pueblo se basta á sí mismo, necesitando sólo dirección inteligente, ó si es necesario el advenimiento del héroe, del taumaturgo, del forjador y cincelador de sociedades, para crear de nuevo, desde los mismos fundamentos, la progresiva, culta, rica y emancipada que trata de levantarse.

Altamira, que es acaso nuestra primera autoridad en orden al conocimiento de la España íntima, ha confesado recientemente que cada día se siente caer más en el pesimismo, considerando en conjunto nuestro problema nacional; y ésta es hoy la última palabra del esclarecido escritor que lleva la voz de nuestros estudios históricos en los congresos europeos. La devoción sincera y perseverante que ha puesto este trabajador infatigable en la investigación de la psicología de nuestro pueblo, y el acendrado patriotismo que siempre le ha distinguido, alejan ahora toda suspicacia y obligan á pensar que tal vez es más fundado este rasgo de amargura, pronunciado á raíz de una comunicación con los representantes de la ciencia europea (1), que los frecuentes ditirambos con que

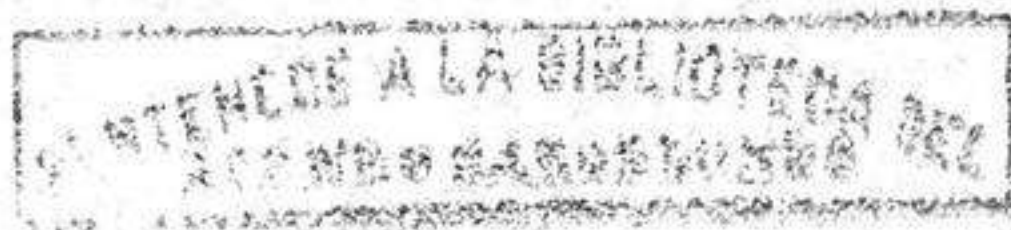
---

(1) *España en el Congreso Internacional de Ciencias históricas*, por Rafael Altamira (Roma, 1903), publicado en *La Lectura*. Año de 1903, página 477.

nuestra reinante superficialidad adorna los discursos de la bulliciosa y rutinaria patriotería.

No basta ahuecar la voz y emitir conceptos altisonantes; hay que contraer sagradas nupcias con la verdad, única tabla de salvación que nos resta; hay que castigar también el estilo hinchado y petulante que todos los que hablamos ó escribimos para el público somos propensos á emplear en nuestros escritos ó discursos—como si el público no pudiera oírnos sin bocina, sin máscara teatral ó sin algún otro disfraz de nuestros naturales medios de expresión.—Esta costumbre de emplear para todo un lenguaje académico y rebuscado, contribuye sobremanera al abuso de los tópicos de moda, que son los que acaban por entronizar ciertas ideas y las ingieren en el común sentir de las gentes, sin que una crítica positiva las avalore. Juzgo que en esto consiste gran parte del secreto de la gran difusión, entre el vulgo de los políticos, de esa pretendida virtualidad educadora y redentora de nuestras latentes energías populares.

V



He aludido de intento al contraste entre los juicios recientes de los dos literatos que son hoy, aunque por diferentes procedimientos, los más caracterizados investigadores de la *Psicología del pueblo español* (1), porque, siendo así, revela este contraste, entre otras cosas, la enorme dificultad del problema de que se trata; como lo revela también el hecho de las frecuentes vacilaciones y rectificaciones que se observan si-

---

(1) Altamira ha escrito un hermoso y altamente sugestivo libro con este título; y de Galdós, dice el eminente crítico González Serrano, para terminar su estudio de *Episodios nacionales* (en *Nuestro Tiempo*, número de Marzo de 1903), que en dicha obra se encuentra, mejor que en disertaciones indigestas, una psicología real y viva, como la que demanda Taine para la literatura, la *Psicología del pueblo español*.

guiendo atentamente el proceso mental de un solo investigador.

Es, en verdad, complejo cuanto interesante el problema; y brinda á trabajar con ahinco, precisamente desde ahora que se nos va revelando la primera orientación nacional en orden á las exploraciones de la intra-historia. Acaso la principal finalidad de las consideraciones que preceden no es otra que la de demostrar la importancia inmensa de esta labor. El arte y la ciencia—en aquella hermosa conjunción que proclama Unamuno (1) como la forma más elevada de la cultura intelectual, á la vez que como la más fecunda en resultados útiles para el progreso de ambas manifestaciones del espíritu—están llamados á colaborar en ella. No será poco si se logra que los que hoy vienen á trabajar con alientos de juventud en el empeño de la reforma social de nuestra patria, fijen su atención en la trascendencia de este previo problema del conocimiento de su psicología, para levantar sobre él una obra duradera y de sólida construcción.

El problema, por otra parte, es vastísimo, inmenso. Pudo un ministro afortunado establecer en España, casi puede decirse, por sorpresa, una de las principales instituciones en que se cifra la reforma social de los países más cultos; pudo aparecer aquí la legislación de *accidentes del trabajo*, sin violencia y casi sin discusión, aprovechando habilísimamente el señor Dato «la proverbial desidia de la raza latina, aumentada hasta la exageración en nuestra Península», como ha dicho y explicado maravillosamente el Sr. Ossorio Gallardo (2); desidia que impidió al elemento capitalista darse cuenta de la trascendencia del proyecto; pero una vez éste aprobado, aumentaron considerablemente las dificultades para proseguir la obra empezada de la legislación social. ¿Por qué? Porque aquel problema previo, que acabo de calificar de inmenso, estaba sin

---

(1) *En torno al casticismo*, pág. 191.

(2) Ver mi libro *Ley de accidentes del trabajo*, pág. 269.



resolver, ¡qué digo! sin plantear y hasta sin que de su existencia se tuviera aquí conocimiento; y así las cosas—apercebidos ya el capital y los intereses creados á la sombra de las leyes tradicionales, dispuestos á defenderse en todos sentidos, y aprovechando para ello el poder de inercia que lleva consigo todo *statu quo*,—cuando, al poco tiempo, quiso continuarse aquella obra, las almas generosas que en ella trabajaban se encontraron, por una parte, con la formidable resistencia de aquellos intereses, y por otra, con la esfinge de aquel problema pavoroso de la preparación del país, de su conocimiento íntimo, de los misterios que encerraba su psicología, problema que demandaba previa solución, no siendo suficiente haber acudido á los más acabados modelos de la legislación extranjera para implantar aquí la reforma social, porque todas las perfecciones de aquélla habían de estrellarse contra la roca inmovible de las resistencias del carácter y del espíritu de la raza.

He ahí por qué nos importa, hoy más que nunca, el conocimiento de nosotros mismos. Y nos importa en varios aspectos, pero muy principalmente en estos dos. Es el primero averiguar qué acervo de energías y predisposiciones acumula el pueblo español para la vida de *solidaridad* que constituye el fundamento y aspiración suprema de la reforma social; solidaridad en todos los órdenes y esferas de la coexistencia humana, que hoy se cumple defectuosamente y sólo *por imposición* de la naturaleza, que ha enlazado todos los medios y los fines, estableciendo entre ellos repercusiones inevitables, de aquellas que en el orden económico, por ejemplo, dan lugar á las llamadas *armonías* de la escuela de Bastiat; y solidaridad que, por el contrario, se pretende ahora hacer entrar en la categoría de las determinaciones *libres* y espontáneas, de suerte que cuando se hallen reunidos ambos caracteres en las relaciones humanas, ó, lo que es lo mismo, cuando nuestra solidaridad se trueque de *forzada* y *mutilada* en *total* y *voluntaria*, podremos enorgullecernos de haber conquistado la forma límite de la convivencia. Y en segundo lugar, es preciso conocer qué

preparación inmediata tiene la nacionalidad española para intentar y llevar á cabo la profunda revolución, de contenido social, que implica esa nueva vida de solidaridad perfecta. En este punto hácese preciso conocer el carácter y la tendencia dominante en sus instituciones y en sus costumbres y el alcance ó trascendencia que en ella ha tenido la revolución política. Porque, ya lo he dicho en otra parte (1), es muy dudoso que en España se haya consumado *por dentro* esa previa revolución, indispensable, á juicio de eminentes pensadores, para llevar á cabo pacíficamente la reforma social, que significa la emancipación del elemento obrero, la integración de su personalidad y, en una palabra, todo el contenido de la legislación de este nombre, que paulatinamente se va produciendo en los países más cultos. Y siendo esta última inaplazable, según he dicho también, impónese resolver si una y otra deben simultanearse, ó si ineludiblemente ha de ser terminada con prioridad aquella revolución política trascendental que, sin limitarse al eterno tópicó de las formas, renueve por completo, en sus más íntimos motivos, todas las manifestaciones de nuestra vida ciudadana, extirpando radicalmente las enfermedades constitucionales de nuestro régimen, elevando el espíritu social á las cumbres de la vida moderna, haciendo surgir entre nosotros un estímulo de justicia inmanente y superior á todas las sollicitaciones del egoísmo; en una palabra, aquella revolución profunda, substancial, interna, que consiste principalmente en una nueva aparición del cristianismo, cuyo espíritu marcha hace muchos siglos en corrientes subterráneas, y del que sólo flotan en la superficie las fórmulas, los ritos y toda clase de exterioridades, sin contenido espiritual, sin substancia ética, cuyos resultados no se ven en parte alguna (2).

---

(1) Discurso de Bilbao, citado en otra nota.

(2) De que esta cuestión se halla hoy en España á la orden del día, son elocuente testimonio las discusiones en que se halla empeñado el partido socialista obrero con motivo de la famosa proposición sobre su alianza electoral con los republicanos.

Doble aspecto del problema nacional, enfrente á las solici- taciones de la reforma que traen de todas partes los vientos del mundo, y que significa tanto como la doble cuestión que ha de resolver el labrador consciente y reflexivo, antes de arro- jar las semillas en el surco, á saber: primeramente, si la natu- raleza geológica y química del terreno es la adecuada para la germinación; y después de esto, si la tierra se halla suficiente- mente removida por el arado, y preparada por los abonos que el mismo labrador depositara en ella, para que la planta brote sin obstáculos materiales y adquiera nutrición y desarrollo su- ficiente para producir el codiciado fruto.

## VI

Hablando con entera sinceridad; yo, que, por unos ú otros motivos, vivo, hace algunos años, en la más íntima y directa comunicación con el pueblo, puedo asegurar que no he sentido esos pasos de avance que algunos creen haber escuchado.

El pueblo español—al menos el que vegeta en esta vasta estepa castellana, en la que tiene asiento la que Unamuno ha llamado *casta histórica*, ó sea, el núcleo central determinante de nuestra nacionalidad—se distingue por un individualismo feroz, que destruye toda influencia educadora y moralizadora, empezando por la de la familia misma.

Es de notar que la familia constituye generalmente el mo- delo más puro y elevado de la sociedad cooperativa, y que la idea de un patrimonio y unas aspiraciones comunes en la mis- ma son, no solamente el recuerdo más remoto y más enérgico de su historia, sino también el ideal de su constitución.

Pues bien: si nos detenemos á observar el desarrollo ju- rídico y social de la familia castellana, veremos cómo—tal vez á consecuencia de un régimen dotal y sucesoral, sostenido á pe- sar de su odiosidad, y consolidado á través de una tradición

perseverante—se marca una gran desviación de los referidos principios, viviendo los elementos familiares en una disociación honda y fatal, que produce un estado de anarquía en el seno de la sociedad más coherente por su naturaleza. El pueblo castellano es refractario á todo ideal colectivo de aquellos que suelen establecer una red de simpatías entre todos los miembros de una sociedad. En Castilla cada individuo es un esclavo del pensamiento obsesionante de su interés exclusivo, personalísimo, peculiar—de peculio;—y los actos de más trascendencia en la vida espiritual é íntima (amor, matrimonio, paternidad, muerte) no logran sobreponer su idealidad á los sordidos afanes con que cada cual procura conservar, acrecentar y mantener diferenciado *su capital* económico exclusivo.

El régimen dotal, arraigado hasta la médula de la raza, introduce un sistema de desconfianzas que hace imposible la perfecta fusión de las personalidades. Padres, hijos y esposos mantiénnense, en este respecto, absolutamente separados; y lo que constituye el síntoma más desconsolador es que á nadie sonroja esta modalidad, que pone la codicia y la mala fe como supuesto normal de la constitución de la familia.

En los centros de alguna cultura, el refinamiento de la vida, las exigencias del trato social y, á veces, la hipocresía, vienen á poner un correctivo á las crudezas del sistema; pero en el campo, y en las pequeñas localidades, alejadas de aquellos estímulos, obsérvase constantemente que el hombre, «lobo para el hombre», lo es desde la misma cuna, y los odios familiares por causa de intereses, no atenuados por la educación, adquieren formas del todo primitivas y salvajes.

Consecuencia que se deriva de estos hechos es la que, si la emancipación y el progreso moral del hombre se determinan en el sentido de una cada vez más grande y más consciente y más libre *solidaridad*, hay que reconocer que nada existe más alejado de este ideal que aquel grosero y absorbente individualismo incrustado en el alma castellana, y que se revela, del mismo modo que en el ejemplo referido,—el más típico, porque

implica una verdadera aberración antinatural,—en todas y cada una de las manifestaciones de su existencia.

Así se desarrolla la vida jurídica del pueblo en medio de una lucha de egoísmos é insinceridades, por una parte, de celos y suspicacias, por la otra, que excluyen toda noción de fraternidad. El contrato, lejos de ser aquí la fórmula suprema de la libertad en las relaciones económicas,—concepto que hoy se agita entre las más elevadas representaciones de la ciencia sociológica, que empiezan á volver los ojos hacia el olvidado *pacto* de Rousseau, para encontrar en él sugerencias de génesis social nada despreciables (1),—el contrato no puede significar aquí otra cosa que un lazo tendido por la mala fe de los unos sobre la candidez é impericia de los otros; lazo de la sordidez y la miseria moral, apretado y garantido por una ley que no sabe penetrar en el alma de las relaciones humanas,—véase un cuadro de altísima sugestión, en este punto, en *El tanto por ciento*, de López de Ayala;—lazo mantenido y fomentado por el leguleyo, que destruye por completo los más íntimos y substanciales ligámenes de la sociedad, que hace desaparecer aquella *affectio societatis* tan necesaria para constituir un todo coherente, y deja sólo en su lugar un conjunto de individuos que conviven sobre un territorio, mirándose siempre con recelo, como eternos enemigos, con necesidades, aspiraciones, fines y medios de una incompatibilidad irreductible, siempre apercebidos á la defensa del uno contra el otro y jamás á la cooperación, que pudiera producir tan provechosos resultados para todos.

Así vemos el estado de atraso y de primitiva miseria en que yacen la mayor parte de los pueblos del centro, de la médula de España, sin vías de comunicación para el cambio de productos, porque las preocupaciones de sus odios recíprocos son más fuertes que los estímulos de su comodidad; pueblos que pasan la vida implorando de limosna, al Estado, á la Di-

(1) Ver Unamuno, *En torno al casticismo*, pág. 74.

putación ó á cualquier otro agente tutelar, aquello mismo que, con un poco de solidaridad, pudieran conseguir por sí mismos mediante esfuerzos comunes encaminados al mismo fin; pueblos dominados por la pereza, indiferentes á todo, que padecen fatigas y penalidades sin cuento, porque su espíritu rutinario y su organización ruda y sin idealidad los hace preferir aquellos esfuerzos propios de la bestia, al noble empeño emancipador que necesitan para convertir su trabajo en trabajo de hombres...

¿A qué continuar? Individualismo brutal, pereza, rutina corporal y absoluta falta de mentalidad, indiferencia, resignación estúpida, ausencia completa, no ya de ideales, de los que es incapaz en su organización psíquica rudimentaria, sino hasta de otras necesidades físicas que las que se satisfacen con un pedazo de pan duro y negro y escaso—y téngase en cuenta el inmenso poder civilizador de los refinamientos de la vida:—tal es por dentro el pueblo castellano de los campos y de las pequeñas localidades, el núcleo fundamental de la vida popular en España.

Para completar el cuadro, para averiguar si existen gérmenes de cultura y de progreso, ó, por lo menos, ideales ó aspiraciones, que puedan aprovecharse, en otras clases sociales, en los elementos de la población concentrada en las ciudades, en los obreros de la industria y en su organización societaria, en la juventud ilustrada, en los partidos políticos, en las Universidades y demás centros pedagógicos, en la religión, el arte, el comercio, etc., etc., necesitaríamos llenar infinidad de páginas, repitiendo á cada paso la eterna queja que produce en labios de todo observador sincero el estado de atraso, de general incultura, y principalmente la falta de espíritu social, que obliga á señalar deficiencias y vicios radicales en todas nuestras costumbres y nuestras instituciones (1).

---

(1) Véanse las *Consideraciones generales* que se hacen sobre este asunto en el cap. III de mi libro *Ley de accidentes del trabajo*.

Renuncio á esta tarea, porque es preciso concluir, y porque los hechos que pueden aportarse en comprobación de tan entristecedoras verdades están grabados en la memoria de todos los españoles, y, agrupados ó dispersos, han sido ya consignados en multitud de escritos. En España no hay espíritu social, no hay sed de justicia, no hay solidaridad voluntaria, ni en las alturas ni en las capas inferiores; hay sólo una lucha de intranquicias y dogmatismos, blancos, negros, azules, rojos... todos ellos con el espíritu inquisitorial encarnado en los redaños de la raza. El mismo socialismo, que en todas partes es hoy *tendencia, movimiento, aspiración*, algo difuso y abierto á todos los que comulgan en ideales de solidaridad, aquí pretende seguir encerrado en fórmulas dogmáticas y atrincherado en baluartes berroqueños. No discuto el sistema, que acaso constituya una virtud, en las actuales circunstancias; señalo sólo el hecho, como prueba de la irresistible influencia de nuestros hábitos mentales, y dejo para otra ocasión el discutir acerca de este carácter de *nuestro* socialismo.

Prescindo de detalles conocidísimos, y concluyo, afirmando que en España es indispensable una *causa exterior* para levantar el espíritu nacional, porque en el pueblo no existen gérmenes ni tendencias que á ello nos aproximen. Los que han afirmado haber oído los pasos de avance de este pueblo, no han podido señalar su dirección ó rumbo fijo; concretanse á repetir que hay anhelos y energías latentes. Son vaguedades y frases hechas que no resisten á un severo y razonado análisis introspectivo; son generosas ilusiones de quienes se esfuerzan en atribuir al pueblo y á sus soñadas virtudes los rasgos de idealidad y de energía que ellos mismos supieron infundirle, trabajando con ahinco, día tras día, en la labor titánica de su educación, que se han propuesto como fin supremo.

He aquí la clave del misterio: esos infatigables trabajadores han visto reflejarse muchas veces en el espejo de las aguas muertas, que yacen en la superficie de la vida popular, la imagen de las hermosas construcciones que habían brotado de la

mente de ellos, cuando, llenos de amor á la humanidad doliente, se esforzaban por hallar una fórmula de remedio á sus intensos sufrimientos; y, por un fenómeno de espejismo, que constituye en ellos un rasgo de suprema modestia, han creído después que aquellas construcciones ideales eran la expresión de algo grande y generoso que latía en las entrañas del pueblo mismo, atribuyéndose sólo un trabajo de exploración, allí donde, en realidad, eran ellos los verdaderos creadores de la materia sobre la que laboraban. Así se explica el optimismo de algunos, á quienes no puede ser aplicado el calificativo de inconscientes patrioteros y fonógrafos del monoseado lugar común, que cuadra, por lo general, á gran parte de los que, en discursos y proclamas, repiten el socorrido tópico de la salvación del pueblo por el pueblo.

Por conclusión de todo lo dicho, es necesario afirmar que la anhelada reforma ó regeneración social requiere el hombre ú hombres en cuyo espíritu haya de forjarse y modelarse previamente; que el pueblo es incapaz de realizarla por sí mismo ni de suministrar estímulos y materiales suficientes para llevarla á cabo; y que no siendo posible, por otra parte, que surja en cada época y en cada nación el hombre superior, el héroe, el taumaturgo que infunda con su aliento nueva vida y levante con su colosal esfuerzo toda una sociedad agonizante, impónese la necesidad de un método de higiene y curación, que han de llevar á cabo, con espíritu progresivo, los que por sus talentos y virtudes cívicas deban ser constituidos como directores de la vida social en cada colectividad organizada. Método por el cual, á partir de la superficie exterior, se vaya poco á poco infiltrando aquel espíritu en las sucesivas capas hasta llegar al corazón, á la médula del pueblo, al alma de las instituciones, que á la terminación de este proceso resultará radicalmente modificada.

El instrumento adecuado, el vehículo indispensable de la reforma paulatina que ha de llevarse á cabo por el indicado procedimiento, no puede ser otro que el de la legislación, cuyo



poder educador no podrá menos de reconocer quien haya observado los fenómenos de psicología social que se producen en una colectividad inculta ó de cultura rudimentaria al anuncio de la promulgación de una ley nueva que venga á quebrantar la rutina de sus prácticas, y ante la presencia de los encargados de ejecutar aquella ley. La curiosidad que se desarrolla entonces en torno de esos acontecimientos es suficiente á producir un estímulo ó movimiento progresivo, que, por lo general, no se repite hasta que nuevos fenómenos de la misma índole se manifiestan en el mismo medio.

Una *legislación social* prudente y sabia, establecida conforme á un plan orgánico, que se vaya desarrollando sin vacilaciones ni retrocesos, será, por consiguiente, en España el más poderoso factor de la reforma de nuestro carácter, así como el vehículo que ha de conducir desde la superficie hasta el fondo, desde la forma hasta la esencia, aquel espíritu de solidaridad, que, por este proceso, se irá transformando, poco á poco, de necesaria en libre, de parcial en total, de imposición de la naturaleza animal en suprema aspiración del sér humano, para que bajo su reinado se desarrolle la vida de paz, justicia y amor en que se cifra la perfecta y acabada reforma social, que, en España y en el mundo entero, es el ideal de las almas grandes.

HIPÓLITO GONZÁLEZ REBOLLAR

## LA LOCURA DEL DOCTOR MONTARCO

---

Conocí al Dr. Montarco no bien hubo llegado á la ciudad; un secreto tiro me llevó á él. Atraían, desde luego, su facha y su cara, por lo abiertas y sencillas que eran. Era un hombre alto, rubio, fornido, de movimientos rápidos. A la hora de tratar á uno hacía su amigo, porque si no habría de hacérselo no dejaba que el trato llegase á la hora. Era difícil averiguar lo que en él había de ingénito y lo que había de estudiado: de tal manera había sabido confundir naturaleza y arte. De aquí que mientras unos le tachaban de ser afectado y afectada su sencillez, creíamos otros que en él era todo espontáneo. Es lo que me dijo y repitió muchas veces: «Hay cosas que, siendo en nosotros naturales y espontáneas, tanto nos las celebran, que acabamos por hacerlas de estudio y afectación; mientras hay otras que, empezando á adquirirlas con esfuerzo y contra nuestra naturaleza tal vez, acaban por sernos naturalísimas y muy propias».

Por esta sentencia se verá que no fué el Dr. Montarco, mientras estuvo sano de la cabeza, el extravagante que mucha gente decía, ni mucho menos; sino más bien un hombre que en su conversación vertía juicios atinados y discretos. Sólo á las veces, y ello no más que con personas de toda su confianza, como llegué yo á serlo, rompía el freno de cierta contención y se desbordaba en vehementes invectivas contra las gentes que le rodeaban y de las que tenía que vivir. En esto denunciaba el abismo en que fué al cabo á caer su espíritu.

En su vida era uno de los hombres más regulares y más

sencillos que he conocido; ni coleccionaba nada—ni siquiera libros—ni le conocí nunca monomanía alguna. Su clientela, su hogar y sus trabajos literarios: tales eran sus únicas ocupaciones. Tenía mujer y dos hijas, de ocho y de diez años, cuando llegó á la ciudad. Vino precedido de un muy buen crédito como médico; pero también se decía que eran sus rarezas lo que le obligó á dejar su ciudad natal y venir á aquella en que le conocí. Su rareza mayor consistía, según los médicos sus colegas, en que siendo un excelente profesional, muy versado en ciencias médicas y en biología, y escribiendo mucho, jamás le dió por escribir de medicina. A lo que él me decía una vez, con su especial estilo violento: «¿Por qué querrán esos imbéciles que escriba yo de cosas del oficio? He estudiado medicina para curar enfermos y ganarme la vida curándolos. ¿Los curo? ¿Sí? Pues entonces que me dejen en paz con sus majaderías y no se metan donde no los llaman. Yo me gano la vida con la mejor conciencia posible, y una vez ganada, hago con ella lo que se me antoja, y no lo que se les antoja á esos majagranzas. No puede usted figurarse bien qué insondable fondo de miseria moral hay en ese empeño que ponen no pocas gentes en enjaular á cada uno en su especialidad. Yo, por el contrario, hallo grandísimas ventajas en que se viva de una actividad y para otra. Usted recordará las justas invectivas de Schopenhauer contra los filósofos de oficio».

A poco de llegar á la ciudad, y cuando ya empezaba á hacerse una más que regular clientela y á adquirir renombre de médico serio, cuidadoso, solícito y afortunado, publicó en un semanario de la localidad su primer cuento, un cuento entre fantástico y humorístico, sin descripciones y sin moraleja. A los dos días le encontré muy contrariado, y al preguntarle lo que le pasaba, estalló y me dijo:—¿Pero usted cree que voy á poder resistir mucho tiempo la presión abrumadora de la tontería ambiente? ¡Lo mismo que en mi pueblo, lo mismito! Y lo mismo que allí, acabaré por cobrar fama de raro y loco, yo, que soy un portento de cordura, y me irán dejando mis clien-

tes, y perderé la parroquia, y vendrán los días de miseria, desesperación, asco y cólera, y tendré que emigrar de aquí como tuve que emigrar de mi propio pueblo.

—¿Pero qué le ha pasado?—le pregunté.

—¿Qué me ha pasado? Que son ya cinco las personas que se me han acercado á preguntarme qué es lo que me proponía al escribir el cuento ese, y qué quiero decir en él y cuál es su alcance. ¡Estúpidos, estúpidos y más que estúpidos! Son peores que los chiquillos que rompen los muñecos para ver qué tienen dentro. Este pueblo no tiene redención, amigo; está irremisiblemente condenado á seriedad y tontería, que son hermanas mellizas. Aquí todos tienen alma de dómine; no comprenden que se escriba sino para probar algo ó defender ó atacar alguna tesis, ó con segunda intención. A uno de esos memos que me preguntó por el alcance de mi cuento le repliqué: «¿Le divirtió á usted?» y como me dijera: «hombre, como divertirme, sí me divirtió; la cosa no deja de tener gracia; pero...» Al llegar al pero le dejé con él en la boca, dándole las espaldas. Para ese mamarracho no basta tener gracia. ¡Almas de dómynes! ¡Almas de dómynes!

—Pero...—me atreví á empezar.

—Hombre, no me venga usted también con peros—me atajó;—déjese de eso. La roña infecciosa de nuestra literatura española es el didactismo; por dondequiera el sermón, y el sermón malo; todo cristo se mete aquí á dar consejos y los da con cara de corcho. Una vez cogí la *Epístola moral á Fabio* y no pude pasar de los tres primeros versos: se me atragantó. Esta casta carece de imaginación, y por eso sus locuras todas acaban en tontería. Es una casta ostruna, no le dé usted vueltas, ostruna; ostras, ostras y nada más que ostras. Todo sabe aquí á tierra. Vivo entre tubérculos humanos; no salen de tierra.

No escarmentó, sin embargo, y volvió á publicar otro cuento más fantástico y más humorístico que el primero. Y recuerdo que me habló de él Fernández Gómez, cliente del doctor.

—Pues señor—me decía el bueno de Fernández Gómez,—no sé qué hacer después de estos dos escritos de mi doctor.

—¿Y por qué?

—Porque me parece peligroso ponerme en manos de un hombre que escribe cosas semejantes.

—¿Pero á usted le cura bien?

—¡Oh, eso sí, no tengo la menor queja! Desde que me puse en sus manos, voy á su consulta y sigo sus prescripciones, me va mucho mejor y noto de día en día que voy mejorando; pero... esos escritos... ese hombre no debe de andar bien de la cabeza... eso es una olla de grillos...

—No haga usted caso, D. Servando; yo le trato mucho, como usted sabe, y nada he observado en él. Es un hombre muy razonable.

—El caso es que sí, cuando se le habla responde acorde y todo lo que dice es muy sensato; pero...

—Mire usted, yo prefiero que me opere bien, con ojo y pulso seguros, un hombre que diga locuras (y éste no las dice), á no que un señor muy sesudo, soltando sensateces como puños de Pero Grullo, me descoyunte y destroce el cuerpo.

—Así será... así será... pero...

Al día siguiente le pregunté al Dr. Montarco por Fernández Gómez, y me contestó secamente:—¡Tonto constitucional!

—¿Y qué es eso?

—Tonto por constitución fisiológica, *a nativitate*, irremediable.

—Yo le llamaría á eso tonto absoluto.

—Tal vez... porque aquí lo constitucional y lo absoluto se confunden; no es como en política...

—Dice que la cabeza de usted debe de ser una olla de grillos...

—Y la suya y la de sus congéneres, ollas de cucarachas, que son grillos mudos. Al fin los míos cantan, ó chirrían, ó lo que sea.

Algún tiempo después publicó el doctor su tercer relato,

éste ya agresivo y lleno de ironías, burlas é invectivas mal veladas.

—Yo no sé si le conviene á usted publicar esas cosas—le dije.

—Oh, sí, necesito echarlas fuera; si no escribiera esas atrocidades acabaría por hacerlas. Yo sé lo que me hago.

—Hay quien dice que no sientan bien en un hombre de su edad, de su posición, de su profesión...—le dije por tentarle.

Y, en efecto, saltó y exclamó:

—Lo dicho, lo dicho, se lo tengo á usted dicho mil veces: tendré que marcharme de aquí, ó me moriré de hambre, ó me volverán loco, ó todo junto. Sí, todo junto: tendré que irme, loco, á morirme de hambre. ¡Mi posición! ¿A qué llamarán posición esos porros? Créame: no saldremos en España de unos marroquíes empastados, y mal empastados, pues estaríamos mejor en rústica; no saldremos de eso mientras no entremos porque el Presidente del Consejo de Ministros escriba y publique un tomo de epigramas ó de cuentos para los niños, ó un sainete mientras es Presidente. Arriesga con eso su prestigio, dicen. Y con lo otro arriesgamos nuestro progreso. ¡Qué estúpidamente graves somos!

Y así, arrastrado por un fatal instinto, se puso el Dr. Montarco á luchar con el espíritu público de la ciudad en que vivía y trabajaba. Esforzábbase cada vez más por ser concienzudo y exacto en el cumplimiento de sus deberes profesionales, cívicos y domésticos; ponía un exquisito cuidado en atender á sus clientes estudiándoles las dolencias; recibía afablemente á todo el mundo; con nadie era grosero; hablaba á cada cual de lo que podía interesarle, procurando darle gusto, y en su vida privada continuaba siendo el marido y el padre ejemplar. Pero cada vez eran sus cuentos, relatos y fantasías más extravagantes, según se decía, y más fuera de lo corriente y vulgar. Y la clientela se le iba retirando y se iba haciendo el vacío en su derredor. Con esto su irritación mal contenida iba en aumento.

Y no fué esto lo peor, sino que empezó á tomar cuerpo é ir hinchándose y redundando un rumor maligno, y fué la acusación de soberbia. Sin motivo alguno que lo justificara empezó á susurrarse que el Dr. Montarco era un espíritu soberbio, un hombre lleno de sí mismo, que se tenía por un genio y á los demás tenía por pobres diablos incapaces de comprenderle por entero. Se lo dije, y en vez de estallar en una de aquellas sus acostumbradas diatribas, como yo esperaba, me contestó con calma:

—¿Soberbio yo? Sólo los tontos son de veras soberbios, y francamente, no me tengo por tonto; no llega mi tontería á tanto. ¿Soberbio? ¡Si pudiésemos asomarnos los unos al brocal de la conciencia de los otros y verles el fondo! Sí, sé que me tienen por desdeñoso de los demás, pero se equivocan. Es que no los tengo por aquello en que se tienen ellos mismos. Y además, si entrara en descubrirle más por dentro mi corazón, ¿qué es eso de soberbia y empeño de prepotencia y otros estribillos así? ¡No, amigo mío, no! el hombre que trata de sobreponerse á los demás es que busca salvarse; el que procura hundir en el olvido los nombres ajenos es que quiere se conserve el suyo en la memoria de las gentes, porque sabe que la posteridad tiene un cedazo muy cerrado. ¿Usted se ha fijado en un mosquero alguna vez?

—¿Qué es eso?—le pregunté.

—Una de esas botellas con agua dispuestas para cazar moscas. Las pobres tratan de salvarse, y como para ello no hay más remedio que encaramarse sobre otras y así navegar sobre un cadáver en aquellas estancadas aguas de muerte, es una lucha feroz á cuál se sobrepone á las demás. Lo que menos piensan es en hundir á la otra, sino en sobrenadar ellas. Y así es la lucha por la fama, mil veces más terrible que la lucha por el pan.

—Y así es—añadí—la lucha por la vida. Darwin...

—¿Darwin?—me atajó.—¿Conoce usted el libro *Problemas biológicos*, de Rolph?

—No.

—Pues léalo usted. Léalo y verá que no es el crecimiento y la multiplicación de los seres lo que les pide más alimento y les lleva, para conseguirlo, á luchar así; sino que es una tendencia á más alimento cada vez, á excederse, á sobrepasar de lo necesario, lo que les hace crecer y multiplicarse. No es instinto de conservación lo que nos mueve á obras, sino instinto de invasión; no tiramos á mantenernos, sino á ser más, á serlo todo. Es, sirviéndome de una fuerte expresión del P. Alonso Rodríguez, el gran clásico, «apetito de divinidad». Sí, apetito de divinidad. «¡Seréis como dioses!» así tentó, dicen, el demonio á nuestros primeros padres. El que no sienta ansias de ser más, llegará á no ser nada. ¡O todo ó nada! Hay un profundo sentido en esto. Díganos lo que nos dijere la razón, esa gran mentirosa que ha inventado, para consuelo de los fracasados, lo del justo medio, la *aurea mediocritas*, el «ni envidiado ni envidioso» y otras simplezas por el estilo; diga lo que dijere la razón, la gran alcahueta, nuestras entrañas espirituales, eso que llaman ahora el Inconciente (con letra mayúscula) nos dice que para no llegar, más tarde ó más temprano, á ser nada, el camino más derecho es esforzarse por serlo todo.

La lucha por la vida, por la sobre-vida más bien, es ofensiva y no defensiva; en esto acierta Rolph. Yo, amigo, no me defiendo, no me defiendo jamás; ataco. No quiero escudo, que me embaraza y estorba; no quiero más que espada. Prefiero dar cincuenta golpes y recibir diez, á no dar más que diez y no recibir ninguno. Atacar, atacar, y nada de defenderse. Que digan de mí lo que quieran; no lo oiré, no me entero de ello, cierro los oídos, y si á éstos, á pesar de mis precauciones para no oirlo, me llega lo que dicen, no lo contesto. Si nos dieran siglos por delante, antes les convencería yo á ellos mismos de que son tontos, y vea si es esto difícil, que ellos á mí de que estoy loco ó de que soy soberbio.

—Pero ese sistema puramente ofensivo, amigo Montarco...  
—empecé.



—Sí—me atajó,—tiene sus quiebras, y sobre todo un gran peligro, y es que el día en que me flaquee el brazo, ó la espada me quede mellada, aquel día me pisotean, me arrastran y me hacen polvo. Pero antes se saldrán con la suya: me volverán loco.

Y así fué. Yo empecé á sospecharlo desde que le oía hablar tan á menudo de ello y tronar contra la razón. Acabaron por volverle loco.

Entercóse en proseguir con sus relatos, relatos tan fuera de lo aquí, en España, corriente, y á la vez en no salir del género tan razonable de vida que llevaba. La clientela se le fué alejando; llegó la penuria á llamar á las puertas de su casa, y, para colmo de males, ni encontraba revistas ó diarios que admitieran sus trabajos, ni su nombre ganaba terreno en la república de las letras. Y todo ello concluyó en que unos cuantos amigos suyos tuvimos que hacernos cargo de su mujer y sus hijas y llevarle á él á una casa de salud, porque su agresividad de palabra iba en aumento.

Recuerdo como si fuera ayer, la primera vez que le visité en la casa de salud en que fué recluso. El director, el doctor Atienza, había sido condiscípulo del Dr. Montarco y le profesaba gran cariño.

—Ahí está—me dijo,—estos días más tranquilo y encalmado que al principio. Lee algo, muy poco, porque estimo contraproducente el privarle en absoluto de lectura. Lo que más lee es el *Quijote*, y si usted coge su ejemplar y lo abre al acaso, es casi seguro que se abrirá por el capítulo XXXII de la parte II, en que se trata de la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, aquel grave eclesiástico que en la mesa de los Duques reprendió duramente al caballero andante. Vamos á verle, si usted quiere.

Y fuimos.

—Me alegro que venga usted á verme—exclamó así que me hubo visto, y levantando la vista del *Quijote*;—me alegro. Estaba pensando si, á pesar de lo que nos dice Cristo, según el

versillo 22 del capítulo V de San Mateo, estamos ó no autorizados á emplear el arma prohibida.

—¿Y cuál es el arma prohibida?—le pregunté.

—«Quien llamare tonto á su hermano, es reo del fuego eterno». ¡Vean, vean qué sentencia tan terrible! No dice quien le llame asesino, ó ladrón, ó bandido, ó estafador, ó cobarde, ó hijo de mala madre, ó cabrón, ó liberal, no; sino dice quien le llame «tonto». Esa, esa es el arma prohibida. Todo se puede poner en duda menos el ingenio, la agudeza ó el buen juicio ajenos. ¿Y cuando le da al hombre por presumir de algo? Papas ha habido que se tenían por latinistas y que se hubieran ofendido menos de que se les tuviera por herejes que de haberles acusado de incurrir en solecismos al escribir latín, y hay graves cardenales que más puntillo ponen en pasar por castizos que en ser tenidos por buenos cristianos, y para quienes la ortodoxia no es más que una mera consecuencia de la casticidad. ¡El arma prohibida! ¡El arma prohibida! Vean la comedia política; se acusan los actores de las cosas más feas, se inculpan embozadamente de graves faltas; pero cuidan de llamarse elocuentes, hábiles, intencionados, talentudos... «Quien llamare tonto á su hermano, es reo del fuego eterno». Y, sin embargo, ¿saben por qué no avanza más el progreso?

—Porque tiene que llevar á costas á la tradición—me aventuré á decirle.

—No, no, sino porque es imposible convencerles á los tontos de que lo son. El día en que los tontos, que son todos los hombres, se convenciesen de verdad de que lo son, el progreso tocaría á su término. El hombre nace tonto... Pero quien llame tonto á su hermano es reo del fuego eterno. Y reo de él se hizo aquel grave eclesiástico «destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables...»

—¿Lo ve usted?—me dijo por lo bajo el Dr. Atienza;— se sabe de memoria los capítulos XXXI y XXXII de la parte segunda de nuestro libro.

—Reo del infierno se hizo, digo—continuó el pobre loco,— aquel grave religioso que con los Duques salió á recibir á Don Quijote y con él se sentó á la mesa, frontero á él, á hacer por la vida; y luego, lleno de saña, de envidia, de estupidez, de todas las bajas pasiones cubiertas con capa de sensatez y buen juicio, amenazó al Duque con que tenía que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hacía aquel buen hombre... Llamó *buen hombre* á Don Quijote, el muy majadero y grave eclesiástico, y luego le llamó Don Tonto. ¡Don Tonto! ¡Don Tonto! ¡Don Tonto al más grande loco que vieron los siglos! ¡Reo del fuego eterno! Y en el infierno está.

—Acaso no sea más que en el purgatorio, porque la misericordia de Dios es infinita—me atreví á decir.

—Pero la falta del grave eclesiástico, que es España y nada más que España, es enorme, enormísima. Aquel grave señor, genuina encarnación de la parte de nuestro pueblo que se cree culta; aquel insoportable dómine, después de levantarse mohino de la mesa y llamarle sandio á su señor, al que le daba de comer, creo que por no hacer nada de provecho, y de decir aquello de «mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras; quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar»; después de decir esto, y «sin decir más ni comer, se fué». Se fué, pero no del todo, sino que anda por ahí dando y quitando patentes de sensatez y cordura... ¡Es terrible! ¡Es terrible! En público le llaman á Don Quijote «loco sublime» y otra porción de cosas así que han oído; pero en el retiro de su corazón, y á solas, le llaman Don Tonto. Ya ve usted: Don Quijote, que por irse tras un imperio, el imperio de su fama, dejó á Sancho Panza el gobierno de la Insula. ¡Don Quijote! ¿Y qué fué ese pobre Don Tonto? ¡Ni siquiera ministro! Y después de

todo, ¿para qué crió Dios el mundo? Para su gloria, dicen; para manifestar su gloria. ¿Y hemos de ser nosotros menos?... ¡Soberbia! ¡Soberbia! ¡Satánica soberbia!, claman los impotentes. Vengan, vengan acá, vengan todos esos graves señores infestados de sentido común...

—Vámonos—me dijo por lo bajo el Dr. Atienza,—porque se exalta.

Con una excusa cortamos la entrevista y me despedí de mi pobre amigo.

—Le han vuelto loco—me dijo el Dr. Atienza, así que nos vimos solos;—han vuelto loco á uno de los hombres más cuerdos y cabales que he conocido.

—¿Cómo así?—le pregunté.

—La mayor diferencia entre los locos y los cuerdos—me contestó—es que éstos, aunque piensan locuras, á no ser que sean tontos de remate, porque entonces no las piensan; aunque las piensan, digo, ni las dicen ni menos las hacen; mientras que aquéllos, los que llamamos locos, carecen del poder de inhibición, no son capaces de contenerse. ¿A quién, como no llegue su falta de imaginación á punto de imbecilidad, no se le ha ocurrido alguna vez alguna locura? Ha sabido contenerse. Y si no lo sabe, ó da en loco ó en genio, mayor ó menor, según la locura sea. Es muy cómodo hablar de ilusiones; pero créame usted que una ilusión que resulte práctica, que nos lleve á un acto que tienda á conservar ó acrecentar ó intensificar la vida, es una impresión tan verdadera como la que puedan comprobar más escrupulosamente todos los aparatos científicos que se inventen. Ese necesario repuesto de locura, llamémosla así, indispensable para que haya progreso; ese desequilibrio sin el cual llegaría pronto el mundo espiritual á absoluto reposo, es decir, á muerte, eso hay que emplearlo de un modo ó de otro. Este pobre doctor Montarco lo empleaba en sus fantásticos relatos, en sus cuentos y fantasías, y así se libraba de ello y podía llevar la vida tan ordenada y tan sensata que llevaba. Y realmente aquellos relatos...

--¡Ah!--le atajé.—Son profundamente sugestivos; están llenos de sorprendentes puntos de vista. Yo los leo y releo, porque nada aborrezco más que el que me vengan diciendo lo mismo que yo pienso. Leo de continuo aquellos cuentos sin descripciones ni moraleja. Me propongo escribir un estudio sobre ellos, y abrigo la esperanza de que una vez que se le ponga al público sobre la pista, acabará por ver en ellos lo que hoy no ve. El público ni es tan torpe ni tan desdeñoso como creemos; lo que hay es que quiere que se le den las cosas mascadas, ensalivadas y hechas bolo deglutible para no tener más que tragar; cada cual hartó tiene con ganarse la vida, y no puede distraer su tiempo en rumiar un pasto que le sabe áspero cuando se lo mete á la boca. Pero los comentaristas sacan á flote á escritores así, como el doctor Montarco, en quien sólo se leía la letra y no el espíritu.

—Pues usted sabe—reanudó el doctor—que caían en el vacío. Su extrañeza misma, que en otro país les hubiera atraído lectores, espantábalos aquí de ellos. A cada paso y ante la cosa en el fondo más sencilla, se decían estas gentes a hitas de bazofia didáctica: «y aquí, ¿qué quiere decir este hombre?» Usted sabe lo que ocurrió: la clientela le fué dejando, á pesar de que curaba bien; las gentes dieron en llamarle loco, á pesar de la cordura de su vida; se le acusó de pasiones de que en el fondo, y á pesar de las apariencias, estaba libre; se rechazaron sus escritos; la miseria llamó á su puerta, y le obligaron á decir y hacer las locuras que antes pensaba y vertía en sus escritos.

—¿Locuras?—le interrumpí.

—No, no eran locuras, tiene usted razón, no lo eran; pero han conseguido que acaben por serlo. Yo, que le leo ahora, desde que le tengo aquí, comprendo que el error estuvo en empeñarse en ver un escritor de ideas en uno que, como este desgraciado, no lo era. Sus ideas eran una excusa, una primera materia, y tanta importancia tienen en sus escritos como las tierras de que se valiera Velázquez para hacer las drogas

con que pintaba ó el género de piedra en que talló Miguel Angel su Moisés. ¿Qué diríamos del que para juzgar de la Venus de Milo hiciese, microscopio y reactivos en mano, un detenido análisis del mármol en que está esculpida? Las ideas no son más que materia prima para obras de filosofía, de arte ó de polémica.

—Siempre he creído lo mismo—le dije,—pero veo que es una de las doctrinas que más resistencia encuentra en nuestro pueblo. Una vez, viendo jugar á unos ajedrecistas, asistí al más intenso drama de que he sido espectador. Aquello era terrible. No hacían sino mover las figurillas, dentro de los cánones del juego y sin salirse del casillero, y sin embargo no puede usted figurarse ¡qué intensa pasión, que tensión de espíritu, que derroche de energía vital! Los que seguían sólo las peripecias del juego creían asistir á una vulgar partida, pues lo cierto es que jugaban los dos medianamente; pero yo atendía al modo de coger las piezas y ponerlas, al silencio solemne, al ceño de los jugadores. Hubo una jugada, de las peores y más vulgares por cierto, un jaque que no remató en mate, que fué extraordinaria. Usted hubiera visto cómo empuñó, con la mano toda, su caballo y lo puso dando un golpe sobre el tablero, y cómo exclamó: ¡jaque! ¡Y aquellos dos hombres pasaban por dos jugadores vulgares! ¿Vulgares? De seguro que Morphi ó Filidor lo eran mucho más. ¡Pobre Montarco!

—Sí, ¡pobre Montarco! Y hoy no le ha oído usted sino cosas razonables... Rara, muy rara vez desbarra por completo, y cuando le da por desbarrar se finge un personaje grotesco, al que llama el consejero privado Herr Schmarotzender; se pone una peluca, se sube en una silla y declama unos discursos llenos de espíritu, unos discursos en que palpitan las ansias eternas de la humanidad, y al concluirlos y bajarse de la silla me dice: «¿No es cierto, amigo Atienza, que hay mucho de verdad en el fondo de estas locuras del pobre consejero privado Herr Schmarotzender?» Y la verdad es que muchas veces he pensado en lo que hay de justo en ese sentimiento de

veneración y respeto con que se rodea á los locos en algunos países.

—Hombre, me parece que debe usted abandonar la dirección de esta casa...

—No tenga usted cuidado, amigo. No es que yo crea que á estos desgraciados se les rasgue el velo de un mundo superior que nos está velado; es que creo que dicen cosas que pensamos todos y por pudor ó vergüenza no nos atrevemos á expresar. La razón, que es una potencia conservadora y que la hemos adquirido en la lucha por la vida, no ve sino lo que para conservar y afirmar esta vida nos sirve. Nosotros no conocemos sino lo que nos hace falta conocer para poder vivir. Pero ¿quién le dice á usted que esa inextinguible ansia de sobrevivir no es revelación de otro mundo que envuelve y sostiene al nuestro, y que, rotas las cadenas de la razón, no son estos delirios los desesperados saltos del espíritu por llegar á ese otro mundo?

—Me parece, y usted me dispense lo rudo de lo que voy á decirle, me parece que en vez de estar usted asistiendo al doctor Montarco, es el doctor Montarco el que le asiste á usted. Le están haciendo mella los discursos del señor consejero privado.

—¡Qué sé yo! Lo único que le aseguro es que cada día me confino más en esta casa de salud, pues prefiero cuidar locos á tener que sufrir tontos. Aunque lo peor es que hay muchos locos que son á la vez tontos. Ahora me dedico muy en especial al doctor Montarco. ¡Pobre Montarco!

—¡Pobre España!—le dije, le dí la mano, y nos separamos.

Duró poco en la casa de salud el Dr. Montarco. Le invadió una tristeza enorme, un abrumador aplanamiento y acabó por sumirse en una tozuda mudez, de la cual no salía más que para suspirar: «ó todo ó nada... ó todo ó nada... ó todo ó nada...» Su mal fué agravándose y acabó en muerte.

Luego que hubo muerto, registraron el cajón de su mesa,

hallando en él un voluminoso manuscrito que tenía escritas al frente estas palabras:

Ó TODO Ó NADA

Ruego que, así que yo muera, se quemase este manuscrito sin leerlo.

No sé si el Dr. Atienza resistiría ó no la tentación de leerlo, ni sé si, cumpliendo la última voluntad del loco, lo quemó.

¡Pobre Dr. Montarco! ¡Descanse en paz, que bien mereció paz y descanso!

MIGUEL DE UNAMUNO



# DESOLACIÓN



¿Á quién confiaré mi pena?

El crepúsculo. Gruesos copos de nieve giran perezosamente en torno de los mecheros de gas que se acaban de encender, y se posan, formando una capa blanda y fina, sobre los tejados, sobre las grupas de los caballos, sobre los hombros y los sombreros. El cochero Iona Potapof está blanco como un fantasma. Plegado sobre sí mismo, tanto como puede plegarse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace ningún movimiento; aunque cayera sobre él todo un montón de nieve, no experimentaría, á lo que parece, la necesidad de desembarazarse de ella. Su caballo permanece también igualmente inmóvil y blanco. Por la angulosidad de sus formas, la rigidez de sus patas, la inmovilidad, se parece, hasta de cerca, á un caballito de pan de higo de un kopek. Está, evidentemente, sumido en sus pensamientos. En efecto: después de haber sido arrancado á su arado, á sus paisajes habituales y grises, y de haber sido lanzado á aquel abismo lleno de fuegos monstruosos, de incesante ruido y de gentes que corren, ¡cómo no pensar en todo eso!

Hace ya mucho tiempo que Iona y su caballo no se han meneado; han salido de la cochera poco después de la comida, y no se han *estrenado* aún... Y la niebla de la noche cae sobre la ciudad. Los innumerables fuegos de los faroles reemplazan

á la luz viva. La agitación bulliciosa de la calle llega á su mayor fuerza.

—Cochero, cuartel de Viborg—oye Iona de repente.

Iona se estremece, y al través de sus pestañas, pegadas por la nieve, ve á un oficial con capote y la capucha echada.

—Cuartel de Viborg—repite el oficial.—¿Estás durmiendo? ¡Cuartel de Viborg!

Iona, en signo de consentimiento, tira de las riendas, y este movimiento hace que caiga la nieve de sus hombros y de la grupa del caballo. El oficial se sienta en el trineo. Iona excita con la boca á su caballo, se inclina hacia delante, tiende un cuello de cisne, y, más por costumbre que por necesidad, hace sonar el látigo. El caballo también alarga el cuello, dobla sus piernas rígidas, y se pone en marcha con paso indeciso.

—¿Por dónde vas, animal?—oye exclamar Iona, desde los primeros pasos, en la masa negra que sube y baja.—¿Por dónde diablo vas? Toma á la derecha.

El oficial se enfada.

—¿No sabes guiar?... Toma á la derecha.

Un cochero de lujo jura; un transeunte que atraviesa la calle, y á quien han rozado la espalda las narices del caballo, mira á Iona de un modo furioso, y se sacude. Iona, como si estuviera sobre alfileres, se vuelve en su asiento, meneea los codos á derecha é izquierda, mueve los ojos, como un hombre á quien el vapor ciega, y tiene aspecto de no comprender en dónde está ni por qué está allí.

—¡Qué imbéciles!—exclama el oficial.—Se diría que se han puesto de acuerdo para ponerse delante del caballo.

Iona se vuelve hacia su parroquiano y mueve los labios. Quisiera decir algo, pero no sale de su garganta sino un sonido ronco.

—¿Qué?—pregunta el oficial.

Una sonrisa contrae la boca de Iona, hace un esfuerzo y dice con voz sorda:

—Mi hijo, señor... ha muerto esta semana.

—¿Eh?... ¿De qué ha muerto?

Iona vuelve el busto y dice:

—¿Quién lo sabe?... De la fiebre probablemente... Ha estado tres días en el hospital, y ha muerto. Hágase la voluntad de Dios.

—¡Ten cuidado!—exclama una voz en las sombras.—¿Vas ciego? Abre los ojos.

—Anda, anda—dice el oficial,—ó no llegaremos hasta mañana... Arrea un poco.

El cochero tiende de nuevo el cuello, se yergue y agita el látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero el oficial ha cerrado los ojos y no parece dispuesto á escucharle.

El oficial baja en el cuartel de Viborg, y Iona queda parado en aquel sitio, sin menearse. La nieve blanquea de nuevo á su caballo... Pasa una hora, luego otra.

Tres jóvenes llegan disputando. El uno es bajo y jorobado; los otros dos son altos y delgados.

—Cochero, al puesto de policía—grita con voz cascada el jorobado.—Los tres, veinte kopeks.

Iona tira de las riendas y castañetea los labios. Veinte kopeks es un precio irrisorio, pero no piensa en el precio. Un rublo ó cinco kopeks, todo le es lo mismo ahora, con tal de llevar gente. Los jóvenes, empujándose y diciendo palabras gruesas, se acercan al trineo y quieren subir los tres á un tiempo. Discuten sobre quiénes han de sentarse y quién ha de permanecer en pie. Tras un largo debate, deciden que el jorobado, como más pequeño, permanezca en pie.

—Vamos, anda—dice el jorobado, instalándose y soplando en el cuello de Iona.—¡Arrea! ¡Y tienes un sombrero, amigo!... No se encontraría uno semejante en Petersburgo.

Iona ríe:

—¡Jí, jí!... Así es...

—Bueno, arrea, arrea... ¿Vas á ir á este paso todo el tiempo?

—La cabeza se me parte...—dice uno de los dos mayores.

—Ayer noche, en casa de los Doukmassov, Vaska y yo hemos bebido cuatro botellas de coñac.

—No comprendo que se mienta así—exclamó indignado el otro alto.—Miente como un animal.

—Que Dios me castigue si no es cierto.

—Tan cierto como que tose una gallina.

Iona sonrío:

—¡Jí, jí! Son señores alegres.

—¡Que el diablo te...!—exclama el jorobado.—¿Quieres andar, viejo apestoso? ¡Valiente paso! Arrea, arrea firme.

Iona siente detrás de su espalda el cuerpo que se mueve y la voz que tiembla del jorobado; oye las injurias que le dirige, ve á las gentes, y el sentimiento de la soledad comienza insensiblemente á suavizarse en él. Los dos altos se ponen á hablar de una tal Nodejda Petrovna.

Iona se vuelve hacia ellos á cada momento.

Aprovechando un minuto de calma, murmura:

—Esta semana... he perdido á un hijo...

—Todos morimos—suspira el jorobado, enjugándose los labios después de un acceso de tos.—Vamos, arrea. De prisa. Señores, así no podemos ir. ¿Cuándo vamos á llegar?

—Reanímale un poco pegándole en el cuello.

—¿Lo oyes, viejo? Si gastáramos cumplidos con vosotros, habría que ir á pie. ¿Lo oyes, serpiente Gorinytch (1)? ¿Te burlas de lo que decimos?

Y Iona, aunque no los ve, oye el ruido de los golpes que le pegan.

—¡Jí, jí... son señores alegres! Dios les conserve la salud.

—Cochero. ¿Estás casado?—pregunta uno de los altos.

—¿Yo? ¡Jí, jí! Mi mujer es ya bajo la tierra húmeda; ¡jí, jí! la tumba, vamos. Ya ven, mi hijo ha muerto y yo vivo. ¡Qué

---

(1) Serpiente que desempeña un gran papel en los cuentos populares rusos.

cosas! La muerte se ha equivocado de puerta... En lugar de venir á mí, ha ido á mi hijo.

Y Iona se vuelve para contar cómo ha muerto su hijo.

Pero el jorobado, lanzando un ligero suspiro, anuncia que, gracias á Dios, han llegado... Iona recibe sus veinte kopeks y se queda mirando á los jóvenes, que desaparecen por un portal sombrío.

¡Solo otra vez! Y una vez más empieza el silencio... Su pena, un instante calmada, renace y angustia su pecho con una fuerza mayor. Los ojos de Iona recorren ansiosos los grupos de gentes que se apresuran por los dos lados de la calle; ¿no se hallará entre aquellos miles de personas alguna que le oyera? Pero las gentes pasan sin fijarse en él ni en su pena...

¡Pena enorme, sin límites! Si el pecho de Iona estallara y su angustia se esparciese, parece que inundaría el mundo entero, y, sin embargo, nadie la ve.

Iona ve á un agente y se decide á hablar con él.

—Amigo—le dice,—¿qué hora puede ser?

—Las nueve dadas... ¿Por qué te paras aquí?—le responde el agente.—Sigue.

Iona avanza algunos pasos, se recoge sobre sí mismo y se entrega á su pena... Ve ya que dirigirse á las gentes es trabajo perdido.

Y no han transcurrido cinco minutos, cuando levanta la cabeza como si sintiera un dolor agudo, y tira de las riendas... No puede más... «Al relevo—se dice,—al relevo».

El caballo, como si lo comprendiera también, empieza á trotar. Al cabo de una hora y media, Iona está sentado junto á una gran estufa sucia. Otras personas roncan tumbadas en el suelo. Hay una atmósfera irrespirable... Iona mira á los que duermen, se rasca la cabeza y se arrepiente de haber vuelto tan pronto.

«Ni siquiera he ganado mi avena—piensa;—por esto me aburro... Un hombre que hace lo que debe hacer, cuando ha comido y su caballo también, está siempre tranquilo.»

Un cochero joven se levanta desde un rincón, se queja medio dormido y va á coger un jarro de agua.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Pues bien, á tu salud. ¿No sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? Es una historia.

Iona quiere ver el efecto que han producido sus palabras, pero no ve nada. El cochero se ha vuelto á tapar la cabeza, y duerme. Iona suspira... Va á hacer ya una semana que su hijo ha muerto, y todavía no ha podido decírselo tranquilamente á nadie. Habría que decirlo con orden, reposadamente; contar cómo su hijo cayó enfermo, cómo sufrió, lo que dijo antes de morir y cómo murió... Habría que contar su entierro. Le queda una hija en el pueblo, Anisia; también habría que hablar de ella. ¡Quisiera hablar de tantas cosas!... El que le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle. Contárselo á las mujeres sería mejor aún; son tontas, pero basta con dos palabras para hacerlas llorar.

«Tengo que ir á ver á mi caballo—se dice Iona.—¡Ya tendrás tiempo de dormir! No tengas miedo, dormirás bastante.»

Va á la cuadra.

Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo que hace.

No puede pensar en su hijo cuando está solo. Podría hablar de él con alguien; pero pensar en él estando solo y representárselo en vida, es atrozmente penoso.

—¿Comes?—pregunta á su caballo.—Vamos, come, come. Puesto que no hemos ganado para avena, comamos heno... Sí... Ya estoy viejo para hacer de cochero... A mi hijo le iba bien, pero no á mí. Él era un verdadero cochero. No tenía más que vivir.

Iona se calla un rato, y luego dice:

—Sí, caballo, así es. Ya no tenemos á Kouzma Yougth... Ha querido dejarnos. Le cogió así de repente, y ha muerto sin motivo... Mira, supongamos que fueras padre de una jaca, y

---

que, de pronto, esa jaca te dejara solo; ¿no serías desgraciado?

El caballo come, escucha y sopla sobre las manos de su amo.

Iona se olvida de que es un sér irracional, y se lo cuenta todo.

ANTÓN TCHEKHOV

# LECTURAS AMERICANAS

---

REVISTAS.—*El Ateneo* (Lima).—Un documento inédito de Lagasca.—El historiador Betanzos.—Tratamiento de indios.—*Revista Nacional* (Buenos Aires).—Heráldica argentina.—La cosecha del caucho en la región del Amazonas.—*Cuba y América*.—Los juegos florales de Matanzas en 1861 y la Avellaneda.—Las poesías de Luaces.—Los restos de José María Heredia.—Los indios quichés de Guatemala.—*España* (Buenos Aires).—La piscicultura antigua y moderna.—Deber de los editores españoles.—Ediciones baratas de clásicos.—Centro de información comercial argentina.—*La Quincena* (El Salvador).—Fiestas eclesiásticas en 1680.—Un libro en defensa de España.—Memento bibliográfico.

La figura de Lagasca es una de las más interesantes en la larga serie de nuestros gobernantes coloniales, y también una de las más características de la época á que perteneció. Su psicología fué trazada con gran acierto por Salillas, en una conferencia del Ateneo, y desde entonces puede decirse que el pacificador del Perú dejó de pertenecer al tesoro escondido de los eruditos, para pasar á la cultura general histórica de los españoles no especialistas.

Claro es que, siendo quien fué Lagasca, toda noticia nueva á él referente ofrece un gran interés. *El Ateneo*, de Lima, nos proporciona (tomo VI, núm. 29) una de esas noticias en forma de documento, que á la vez ilustra la biografía del historiador Juan Díez de Betanzos, ya acometida por el insigne Jiménez de la Espada, pero todavía llena de obscuridades. El documento es una provisión, hallada original en el Archivo de Lima por D. Carlos A. Romero, y en ella se habla de los



servicios militares prestados por Betanzos con Francisco Pizarro, especialmente durante el sitio de la ciudad de los Reyes por los indios. Betanzos fué uno de los que se mantuvieron leales á la autoridad legítima en medio de las turbulencias que trajo la rivalidad de Pizarro y Almagro. Así lo hace constar el documento: «E... servistes á Su Magestad en ser lengua del Gobernador Vaca de Castro, mediante lo cual tomaba entendimiento de cualquier negocio y cosas de lo que los señores naturales destos reynos con él querían negociar é negociaban para sosiego é quietud é buen tratamiento dellos, y lo mismo continuasteis á hacer con el Visorey Blasco Núñez Vela, siendo intérprete á todos los negocios que con los naturales se ofrecieron, dando claridad de todo lo que pedían, é dándoles á ellos á entender el amor que Su Magestad les tenía é lo que en sus negocios se proveía: é quedando en la ciudad de los Reyes cuando prendieron al dicho Visorey, os hallastes en su servicio. Y entrado en ella Gonzalo Pizarro, y haciéndose recibir por fuerza por Gobernador destos dichos reynos, os salistes della y os venistes á esta ciudad del Cuzco por no hallaros con él en la revelión y tiranías que conseguía; é con el buen celo que teníades al servicio de Su Magestad sirviendo en la Real Armada que estaba en el puerto de Santa, é con gran deseo de saber el estado de los negocios destos reynos é de Gonzalo Pizarro é los suyos, acudiendo á su real voz, fuistes á la dicha Real Armada el primer hombre que salió del dicho campo del dicho Gonzalo Pizarro, y distes razón y cuenta verdadera á los capitanes que en ella estaban, de los negocios de la tierra y de Gonzalo Pizarro, porque mediante esto la dicha Real Armada mejor entendiese lo que habían de hacer en la pacificación destos reynos; y en ella os embarcastes y venistes sirviendo á Su Magestad hasta el puerto de la ciudad de los Reyes, de donde por más servir fuistes en mi busca y me topastes en Chuquingay, donde os metistes debajo del estandarte real, é servistes de lengua, intérprete en las cosas que á los caciques é señores destos reynos se ofreció negociar con

ellos y mandarles, así para su conservación como por las cosas tocantes al servicio de Su Magestad».

Betanzos tomó parte activa en la batalla del valle de Xaquixaguana, en la cual fueron vencidos Gonzalo Pizarro y los suyos. Pero no sólo prestó servicios de este orden. El documento menciona también con gran estimación el de haber traducido al idioma de los indios la doctrina cristiana. En pago de todo, Lagasca, como gobernador del Perú, concede á Betanzos el repartimiento de indios y caciques principales que antes tuvo en la provincia de Chiquicache Antonio de Mendoza. Las prevenciones que la concesión contiene en punto al trato de los indígenas son sumamente interesantes.

Se previene á Betanzos, en primer término, que «dejéis á los caciques sus mujeres é hijos é indios de su servicio» y que los adoctrine y haga adoctrinar «en las cosas de nuestra santa fe católica»; y además, que á todos los indígenas comprendidos en el repartimiento «los tratéis bien, é procuréis su conservación, pidiéndoles tributos moderados y tales que buenamente los puedan dar, con apercibimiento que si en ello excediéredes, alliende de ser penado, se vos mandará tomar la demasía en parte de pago de lo que adelante hobiéredes de haber, conforme á la tasación que de los tales tributos que houbieren de dar los dichos indios se hiciere. Y por ser cosa notoria que con las guerras y alteraciones pasadas habidas en estos dichos reynos quedan los naturales desmenuídos, cansados y fatigados é faltos de comida, é si no fuesen sobrellevados y reservados de trabajo este presente año, dándoles tiempo para poder hacer sus sementeras suficientes y echalles semillas para ello, está claro el daño que adelante se seguirían así á los españoles como á los dichos naturales. Por tanto vos encargo é mando que por todo un año, primero siguiente, sobrellevéis los indios del dicho repartimiento lo más que pudiéredes para que tenga efecto este beneficio».

La provisión lleva fecha de 28 Agosto 1548, y va firmada por el propio «Licenciado Gasca». Betanzos vivió hasta pri-

mero de Marzo de 1576. Su primera mujer, doña Angelina, era hermana del inca Atahualpa. La segunda fué doña Catalina de Velasco, en quien tuvo cuatro hijos. De otras relaciones irregulares le nacieron otros cuatro, á quienes reconoció.

D. Juan W. Gez diserta, en el número de Junio (1903) de la *Revista Nacional* (Buenos Aires), sobre heráldica argentina. La creación oficial del escudo de armas de la nueva república fué hecha por decreto de la Asamblea Constituyente del año XIII, y á ella siguió la del sello, en que al parecer colaboraron el general Alvear y el Dr. Monteagudo, siendo grabador el cuzqueño Juan de Dios Rivera. Un mes después mandóse acuñar moneda de oro y plata en Potosí, con los mismos atributos.

Al sobrevenir la anarquía de 1820 y romperse la primitiva unidad nacional, las provincias autónomas procuraron tener sus escudos especiales. Una de las provincias formadas fué la de San Luis, en la cual, al constituirse la dictadura de Rosas, se grabó un sello que representa las armas provinciales, y cuya descripción es como sigue: tres cerros (los tres principales de la Carolina) y sobre ellos el sol. Al pie de los cerros, un cuadrúpedo mirando al sol.

«Este animal significaría la época de prosperidad de la provincia, que databa, según el nombrado gobernador Calderón, desde el gobierno *modelo y progresista* del omnipotente argentino.

»En el centro del escudo, y al pie de los *cerros*, llevaría esta inscripción:

»LA PROVINCIA DE SAN LUIS AL ILUSTRE GENERAL ROSAS; y en el círculo, LE CONSAGRA GRATITUD ETERNA POR SU EXISTENCIA Y LIBERTAD.

»El cerro de Famatina se denominó desde entonces *Cerro del general Rosas*, tal vez rememorando las medallas y monedas batidas en Buenos Aires en honor del tirano, en que figuran los Cerrillos, estancia de la Guardia del Monte, guarida del déspota y punto de partida de su preponderancia en la

masa inculta de la vasta campaña, que le sirvió de pedestal para llegar á las alturas del poder ilimitado.

Las otras provincias de Cuyo no hacen figurar cerros, apareciendo sólo la leyenda *rosina* y las laudatorias en tinta roja, color de la divisa de Rosas y de su partido.

El sello del gobernador Calderón se usó en todos los documentos de la época de la tiranía, hasta 1852 en que fué derribada por el general Urquiza en los campos de Caseros.

A partir de este suceso, se borró la inscripción mencionada y se usó con la sola leyenda al pie de los cerros: LA PROVINCIA DE SAN LUIS.»

Introdujeron luego algunas variantes: orla de laurel; dos venados que se miran frente á frente, al pie de los cerros. Tal como quedó después de estas modificaciones, el autor opina que es uno de los escudos más hermosos y originales de América, y lo comenta en esta forma:

«Los cerros simbolizan la fortaleza y su riqueza mineral; el *sol*, el astro rey de la tradición incásica que ilumina los destinos del nuevo Estado, desde su redención política; los *VENADOS* al pie, los más hermosos representantes de su rica fauna aborigen; los *laureles* que lo orlan, como los de la nación, los atributos del triunfo y de la gloria; y los *lazos* de cinta que los unen por debajo, los símbolos de la unión que hace la fuerza y labra la prosperidad de los pueblos, á que ha de llegar esa provincia, en días más venturosos y no lejanos, mediante la inteligencia y el verdadero patriotismo de sus buenos hijos».

En su número de Julio, la misma *Revista Nacional* trae curiosos datos sobre los árboles de cauchú del Perú, en la región del Amazonas, limítrofe con Bolivia y el Brasil. Los datos están tomados de un artículo que publicó el diario *El Tiempo*, de Lima. Según ellos, la cifra actual de la población de aquel territorio sube á 8.000 personas, á saber: 2.000 en Alto Junía, 3.000 en Taramacá y 3.000 en Bajo Junía, procedentes todas ellas de los recolectores del cauchú (caucheros), exploradores y descubridores de aquellas tierras.

En efecto, y después de los primeros que allí arriban en poco número, la crisis del caucho en el Yavary (donde en 1895 llegó á haber 20.000 peruanos) atrajo á los explotadores al Junia Alto y allí fueron reconcentrándose.

«El comercio de importación y exportación del Juruá se hace por los varaderos del Tamaya y Abujao y por la boca del Juruá mismo; pero la primera de estas rutas es penosa y difícil, y la segunda, aunque cara, cómoda, como que toda es fluvial y se recorre á vapor.

»Como es natural, todos prefieren para la exportación la ruta de la Boca y Manaos; la de los varaderos é Iquitos, sólo los que están muy cerca de dichos varaderos.

»El Juruá es navegable en todo su curso en los meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo; en los demás meses, sólo hasta el Yarahucá.

»No tenemos á la mano datos estadísticos de la importación del Juruá por la Boca y Manaos, pero sí de exportación en los últimos años.

»Helos aquí:

|            | <u>Kilos de goma.</u> |
|------------|-----------------------|
| 1896.....  | 2 235.000             |
| 1897....   | 2.234.000             |
| 1898.....  | 2 987 000             |
| 1899.....  | 4.235 000             |
| 1900.....  | 5 029.000             |
|            | <hr/>                 |
| TOTAL..... | 16 720 000            |
|            | <hr/>                 |

»Fácilmente se comprende que por lo menos la tercera parte de esta enorme cantidad de goma, que, módicamente calculada á dos soles el kilo, llega á libras 3.404.000, es goma procedente de Juruá peruano; y no necesitamos decir que los derechos de exportación los ha cobrado íntegramente el gobierno brasileño.

»En cambio, el comercio del Juruá por los varaderos no pa-

sa de 100.000 soles en importación y 200.000 en exportación, y este mismo miserable comercio lo dificultamos por cuantos medios se nos ocurre, invocando los intereses del fisco.

»Para terminar, manifestaremos que el Perú ha ejercido y ejerce jurisdicción en el Alto Juruá, pudiendo citarse como hechos que lo acreditan, aparte del cobro de impuestos, jamás objetado por nadie, y del mantenimiento de un comisario, que en la actualidad lo es D. Efrain Ruiz, acaudalado comerciante peruano, el envío de una expedición militar por el exdelegado Sr. Quiroz, en 1897, para abrir una trocha entre el Yamaya y el Amoña; el contrato celebrado en 1898 entre el gobierno peruano y D. Ricardo Polish Coroy para unir por medio de un ferrocarril el Tamaña y el Alto Juruá, contrato de que se ocupó la prensa inglesa; y finalmente, las gestiones del exdelegado Dr. Capelo para establecer una aduanilla en el Alto Juruá, habiendo el referido funcionario llegado hasta nombrar el empleado que debía servirla.»

El número de Septiembre de *Cuba y América* está dedicado, casi en su totalidad, á la ciudad de Matanzas. Contiene noticias históricas curiosísimas sobre la imprenta en Matanzas de 1813 á 1834, sobre el poeta Milanés, el licenciado José Elías Hernández, etc. De todas ellas, la que probablemente interesará más á mis lectores es la relativa á *Los primeros juegos florales del Liceo de Matanzas en 1861 y la Avellaneda*. No hay para qué decir que se trata de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la inspirada poetisa cubana, en cuyo honor vino á darse aquella fiesta literaria. Fué su celebración el día 9 de Octubre, y la Avellaneda se trasladó á Matanzas desde Cárdenas, donde residía con su marido, á sazón teniente gobernador de aquella ciudad.

El salón del Liceo estaba decorado con gran lujo. Presidía la sesión el gobernador D. Pedro Esteban, y asistía lo más granado del mundo intelectual matancero. El primer premio de los Juegos lo obtuvo el poeta Federico Milanés por su *Oda á la muerte de Quintana*. Fué la Avellaneda quien repartió los

premios, terminando así la primera parte de la fiesta. La segunda estuvo especialmente dedicada á la gran poetisa, á quien entregó el Liceo un hermoso ramo de laurel.

El número de 11 de Octubre de la misma revista está dedicado á conmemorar el trigésimoquinto aniversario de la revolución de 1857, reproduciendo íntegro el tomo de poesías que en ese año publicó Luaces, cuya fama va pareja con la de Heredia y la Avellaneda. La edición de 1857 fué sólo de 1.000 ejemplares y circuló poco. Modernamente era desconocida, y aunque en ella no figuran las mejores composiciones de Luaces (la oda *Al trabajo*, la oda á Cyrus Field, etc.), es interesante. Al frente de la colección va la biografía del poeta, escrita por Calcagno en 1867.

En el número de 15 de Noviembre, el Sr. Escoto habla de *Los restos de José María Heredia*. Heredia murió en la ciudad de México en Mayo de 1839, y se le enterró en el panteón del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles. De allí lo trasladó su viuda, en 1844, al cementerio de Santa Paula, de la misma ciudad.

«No era aquel monumento de descanso eterno ni un nicho ni una bóveda, sino un pedestal de piedra pintada de color obscuro, de un metro de altura ó poco más; en la parte superior se colocaba una caja de metal de bastante capacidad para contener los restos; para cubrir la caja y que le sirviera á la vez de adorno, tenía una urna en forma de farol, hecha con vidrios negros para que no se viese la caja interior, y como color más propio al caso, en los vidrios se ponían las inscripciones con letras doradas. Guardaba alguna semejanza con los fanales que para el mismo objeto se usaron en otras edades, modificado lo más sencillo posible para su costo. El que compró la familia Heredia, no obstante, después de terminado, con los derechos, le subió aquél á quinientos pesos.

»La vidriera que cubría los restos del poeta tenía en sus cuatro costados la siguiente inscripción, que la familia conserva copiada entre sus papeles, firmada por los Sres. Pom-

poso Fernández de San Salvador y Juan Oraz y Guzmán; dice así:

El licenciado D. José María Heredia falleció el día 7 de Mayo de 1839, de edad de 35 años. Varios de sus amigos y compañeros dedican á su grata memoria el siguiente

#### EPITAFIO

Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,  
Pero le hacen la ciencia, la poesía  
Y la pura virtud que en su alma ardía,  
Inmortal en la tierra y en el cielo.

»Trasladóse á Cuba la viuda, y allí murió; y cuando años después, la hija del poeta, D.<sup>a</sup> Loreto, trató de inquirir el estado de la sepultura de su padre, halló que el cementerio de Santa Paula se había cerrado y los restos en él existentes trasladado al cementerio de Tepeyac, pero sin que pudiera determinarse á qué sitio de éste.»

Y así continuán las cosas. El articulista no se resuelve á permanecer en la general ignorancia, y con plausible devoción á la memoria de Heredia, pide que se investigue seriamente en el cementerio citado, por si los restos del gran poeta no fueron á confundirse, con otros anónimos, en el osario común y se colocaron aparte. Lícita es la esperanza; pero lo más probable es que, como el mismo autor escribe, «la autoridad eclesiástica encargada de la administración de los cementerios diera el aviso de clausura de aquel camposanto, llamando á los interesados á que hiciesen por su cuenta los traslados de aquellos restos que exigían gastos; y como la familia de Heredia faltaba de México y ninguno de los parientes allá residentes se interesó en el asunto, los restos del poeta, mezclados con otros que se hallaron en el mismo caso, fueron trasladados á Tepeyac á discreción de la persona encargada de la operación, quien ya por ignorancia, ya no demostrando ningún interés, si conocía la fama de Heredia no tuvo el cuidado de distinguirlos, perdiéndose así tan preciados restos».



En otro número de *Cuba y América* (13 Septiembre) se dan curiosas noticias sobre *Los indios quichés* de Guatemala. Son éstos, según el articulista, descendientes de los antiguos toltecas, cuyas costumbres practican todavía en gran parte. Su principal ocupación es la agricultura, aunque son también muy expertos en las labores de hilar, tejer y teñir, y fabrican preciosas telas de lana y algodón adornadas con dibujos muy originales. Su característica consiste en la laboriosidad y el buen grado con que reciben la civilización.

«Se supone á los *quichés* completamente convertidos al catolicismo, pero hay motivos para creer que su catolicismo es muy atenuado, ó, si se quiere, que está muy mezclado con sus antiguas creencias. Sus sacerdotes nativos, llamados *ajkeetz*, celebran extrañas ceremonias que recuerdan las que se efectuaban antes de la conquista. Sobre altares de piedra situados en apartados lugares de las montañas, hacen los sacerdotes sus ofrendas, sacrificios é invocaciones. Se dice que antiguamente—no garantizamos la noticia—los *quichés* hacían anualmente el sacrificio de un niño vivo, que arrojaban al cráter de un volcán, como ofrenda al dios que suponían habitaba en el interior de la montaña.

»Hace algunos años, en uno de los grandes lagos en cuyas orillas existe gran número de pueblos *quichés*, navegó por primera vez un vapor, con gran sorpresa de los indios, que vieron en aquello una profanación del lago. Cierta día, mientras el vapor arrastraba una gran lancha, fué ésta á pique, ahogándose las personas y el ganado que conducía. Los indios atribuyeron el incidente al dios del lago, que había querido castigar la profanación de que había sido objeto. Para aplacar sus furores, los indios le ofrecieron secretamente varios sacrificios.

»Hasta hace poco, los sacerdotes indios bautizaban á los recién nacidos en un arroyo de agua, sacrificando al mismo tiempo un pollo ó un pavo vivo y plantando un grano de maíz. Cuando la planta que salía del grano daba su fruto, se reco-

gía éste cuidadosamente y confeccionaban con él un pastel, que se comía en una gran fiesta.»

Una de las mayores calamidades que sufren los indios es el aguardiente hecho de salvado y de la caña de azúcar, cuyo uso abusivo les embrutece, como á los demás indios y á los indígenas africanos. Por caso excepcional, se cita un pueblo *quiché* en que está severamente prohibida la venta de licores y se castiga con rigor á los borrachos.

El Gobierno argentino ha contratado al profesor yanqui John W. Tibcomb para estudiar y proyectar la mejor manera de promover en aquella República la explotación de las pesquerías. Con este motivo, D. Ignacio Vázquez publica en *España* (número de 9 de Noviembre) un curioso resumen de la historia de aquellas industrias, para desvirtuar la opinión de muchas gentes de la Argentina, en quienes las conferencias de Tibcomb han producido la errónea idea «de que se trata de un asunto nuevo ó poco conocido, algo así como un secreto que aprovechan singularmente los Estados Unidos».

El Sr. Vázquez comienza citando ejemplos de Roma, de China y de la Edad Media. En Alemania existían muchos grandes estanques dedicados á la piscicultura. Los que en El Escorial mandó construir Felipe II también servían para aquel fin.

La piscicultura puede proponerse uno de estos tres fines: propagación de especies nuevas, repoblación de las extinguidas ó que amenazan desaparecer, facilitación de la reproducción natural en sitios peligrosos para la seguridad de los peces.

«El primer paso dado para la creación ó invención de esa industria se debe, según un documento del año 1420, á un monje llamado *Dom Pinchon*, de la Abadía de Réome (Francia).

»El procedimiento que empleó *Dom Pinchon* fué despreciado en su época, como lo fué el del sueco *Lund*, á mediados del siglo XVIII, que hizo ensayos satisfactorios en las márgenes del lago de Koxen. En 1765 la *Revista de Hannover* pu-

blicó la descripción de un procedimiento para realizar la piscicultura artificial, procedente de investigaciones que hizo el célebre naturalista Buffon en vista del resultado de un invento de que le dió cuenta en 1758 el alemán *Jacobi*, quien parece desconocía los ensayos que anteriormente se habían hecho.

»*Jacobi* montó en Hamburgo y otros puntos varios establecimientos de piscicultura, base de un lucrativo comercio; pero no fué seguido su ejemplo hasta la primera mitad del siglo XIX, en que fué introducido en Inglaterra el procedimiento de *Jacobi* por John Saw, Drumond y Boccius, con resultados prácticos, pues se consiguió la repoblación de varios ríos con truchas.

»En 1843 un pescador de La Bresce, pueblecito de los Vosgos, llamado *José Remy*, asociado á su amigo *Gehin*, recibieron del prefecto del Departamento una medalla de bronce y una gratificación de cien francos por su procedimiento para la piscicultura artificial, que estaba basado en la misma idea de *Jacobi*, aun cuando *Remy* no tuvo el menor conocimiento de la invención de aquél, sino que su obra fué el resultado de observaciones y estudios propios, que le impulsó á llevar á cabo la disminución que observaba de la pesca en los alcoyos donde solía ganar su sustento, por causas que impedían la reproducción normal y natural de las truchas.

»El mérito de este nuevo descubrimiento hubiera quedado relegado al olvido también, si el célebre naturalista Quatrefages no hubiese presentado al Instituto de Francia, en 1848, una interesantísima memoria sobre la piscicultura artificial, en la cual recomendaba el empleo de la caja incubadora inventada por *Jacobi* en 1758.

»Ese hecho dió origen á una discusión pública, en la cual se relataron los brillantes resultados que obtuvieron en 1843 los modestos pescadores de los Vosgos, *Remy* y *Gehin*, que fueron debidamente comprobados por la Academia de Ciencias. El Gobierno francés acordó á *Remy* y á su compañero una pensión anual de 2.000 francos.

»Si bien en el siglo XVIII se ocupó ya Spallanzani de la fecundación artificial de los peces, y otros naturalistas también se ocuparon de esas investigaciones científicas á principios del siglo XIX, es lo cierto que después de la publicidad dada al procedimiento de *Remy*, empezó á tener el invento fines prácticos.»

Uno de los más sabios y activos propagadores de la piscicultura fué el profesor Coste, de París, fundador, entre otros muchos, del establecimiento de Löchebrunnen, margen izquierda del Rhin (1877-78). A ejemplo de éste, se crearon otros muchos en Alemania, Austria, Suecia y otros países. El del Monasterio de Piedra, en España, produjo en 1888 más de cien mil truchas comunes y asalmonadas, y muchos millares de salmones del Rhin y truchas de los lagos.

Pero donde con más amplitud se ha desarrollado esta industria es en los Estados Unidos, introduciendo especies nuevas (la carpa, por ejemplo), y fomentando las conocidas.

«Los norteamericanos han inventado y perfeccionado todo género de aparatos para el transporte de los huevos vivos fecundados; y así los piscicultores de aquella nación han llevado el salmón de California á Nueva Zelanda, y la trucha á Australia.

»También se ocupan con gran éxito los piscicultores de los Estados Unidos en la cría y propagación de la anguila, que se desarrolla y produce admirablemente en aguas estancadas de fondo margoso ó turboso.

»Donde ha dado resultados más sorprendentes la cría del salmón ha sido en la Gran Bretaña é Irlanda, donde no sólo se fomenta su multiplicación echando en los ríos pequeñas crías artificiales, sino facilitando la subida de los salmones á los sitios más apropiados para el desove natural, construyendo las llamadas escalas salmoneras que corrigen los saltos de agua que estorban al paso; porque está debidamente comprobado que los salmones jóvenes, después de desarrollarse en el

mar, vuelven para desovar al mismo río en que nacieron ó fueron echados después de su incubación artificial.»

En el número de 16 de Noviembre de la misma revista, el Sr. M. Calandrelli habla del *Deber de los editores españoles*.

«He encarecido—comienza diciendo—la necesidad de estudiar el español en los clásicos de la madre patria, siempre que se me ha ofrecido la ocasión de hablar ó escribir sobre enseñanza de la literatura, impulsado por la convicción de que, si el estilo depende de nuestra exclusiva manera de pensar, querer y sentir, el lenguaje está atesorado en los libros clásicos españoles.

»Una falsa pedagogía ha bastardeado la enseñanza, reduciendo la literatura española á unas cuantas docenas de reglas ó preceptos literarios y descuidando la lectura, el análisis y el estudio de las buenas obras de ingenio que conservan el tesoro de nuestra lengua.

»En vez de leer y comentar en las aulas el mayor número posible de producciones clásicas, se explican los preceptos y se obliga á los alumnos á que los aprendan de memoria. Con esto, nuestros profesores se dan por satisfechos y pasan á otro orden de estudio.

»La verdad es que ningún alumno de segunda enseñanza deja las aulas con un caudal de conocimientos en la materia suficiente para que sea digno de ocupar en la sociedad el puesto reservado á hombres cultos. Su lenguaje se resiente de la jerga común; su estilo no corre por ningún sendero trazado con juicio, no se dirige á ningún rumbo digno de una inteligencia educada mediante el esfuerzo de varios años de estudio.

»Al oír sonar la frase común, corremos en busca del sentido de ella, escondido en la envoltura tenebrosa de la sintaxis, como el gusano en su capullo, y apenas si advertimos cierto barniz literario en la capa superficial de las lucubraciones juveniles, maduras en las aulas al calor de la palabra del maestro.»

Mas para que ese conocimiento directo de los clásicos sea posible en las condiciones que reclama la enseñanza, son precisas varias condiciones, entre ellas la de que se publiquen *textos ó ediciones cuyo precio esté al alcance de todas las fortunas, hasta de las más modestas*. Y aquí empieza el deber de los editores españoles.

«No sólo en bien de la enseñanza y como vínculo intelectual de ambos pueblos, sino como empresa comercial, deberían publicarse, separadamente, las principales obras dramáticas, por ejemplo, de los más renombrados dramaturgos españoles, en ediciones numerosas y á precios sumamente bajos, á fin de que pudiesen ser compradas por estudiantes pobres y por aficionados á la buena literatura, y sirviesen de libros de texto en todos los colegios en que se enseña literatura, como se usa con las novelas, cuyo precio se ha acomodado hasta á los indigentes, que con pocos centavos se dan el lujo de leerlas.

»Las grandes colecciones de clásicos prestan hoy escasos servicios. Para leer, verbigracia, *El médico de su honra*, de Calderón, es preciso comprar, ó todas las obras de él, ó las colecciones en que entran otras obras de diferentes autores, cuyo precio es demasiado subido para estudiantes, y que no pueden servir para libros de textos.

»Escogiendo las mejores comedias de los principales comediógrafos y publicándolas separadamente, prestarían los grandes servicios que anhelamos á los cultores de las letras y á los que emplearon sus ahorros en la divulgación de las obras de ingenio.

»Dígase lo mismo de todas las principales producciones clásicas, en verso ó en prosa.»

Estamos de acuerdo en un todo con el Sr. Calandrelli, á condición de que dirijan las ediciones personas capaces de hacerlas con la debida crítica.

En el número de 22 de Noviembre, el Sr. Romero (D. Eduardo) expone el proyecto de un Centro de información comercial, que completaría las iniciativas tomadas por la Asociación

Patriótica Española, de que es muestra la misión Grandmontagne.

«Está fuera de duda que el mejor medio de propaganda comercial es el *viajante*, que, con conocimiento de los productos de la casa que representa, estudia en el mercado y comunica á sus principales las necesidades, gustos y condiciones del consumidor; pero el viajante es caro: el comercio en pequeño no puede enviarlos á cada plaza ni á cada país. Para substituirlo está el *representante comisionista* fijo, que, siendo más barato, puede ser tan útil como el viajante; pues si éste es más perito en el artículo que vende, aquél tiene la ventaja de conocer mejor la plaza.

»De ahí mi creencia de que la Asociación Patriótica pudiera establecer una Sección de Información comercial análoga al Centro de Información comercial del Ministerio de Estado de España, pero más completa.

»Esta sección se encargaría de reunir datos y estadísticas. Contestar las preguntas que sobre el mercado argentino le hicieran los exportadores peninsulares; recibir muestras de los productos y exponerlos con sus precios y condiciones de venta; facilitar listas de las casas que se dedican en la República á los distintos ramos del comercio; abrir un registro donde pudieran encontrarse las direcciones de los comerciantes españoles de cada artículo, é informar sobre sus precios, derechos de aduana é impuestos; y, sobre todo, poner á los productores españoles en contacto con representantes activos, honrados y conocedores de la plaza, que puedan encargarse de la venta de sus productos.»

En apoyo de su tesis, el Sr. Romero cita los grandes servicios que prestó, durante su efímera existencia, la Estación Enotécnica de España en Londres, fundada por el Sr. Canalejas y dirigida por D. Vicente Vera.

En *La Quincena* (San Salvador), número 7, el Sr. Barberena da curiosísimas noticias sobre los festejos con que se celebró en 1680 la inauguración de la catedral de Guatemala.

Estos festejos dan idea del grado de libertad de que gozaba el clero en las colonias.

Uno de los números ó partes del programa consistió en un baile ejecutado por dos grupos de niños, 11 varones y 12 niñas, espléndidamente vestidos y organizados por personas del clero guatemalteco.

«Durante ocho tardes consecutivas, después de colocado el Santísimo, exhibían ambas partidas sus respectivos bailetos, ante numerosa y selecta concurrencia, alternándose los dos grupos, es decir, saliendo un día el masculino y el siguiente el femenino.

»Los imberbes ejecutaron, entre otras danzas, el *tocotín*, el *chichimequillo* y el *talame*, pertenecientes al arte coreográfico indígena.

»No me detendré á describir los fuegos artificiales con que se daba pábulo al regocijo público por la noche, durante los días que tardó la fiesta.

»Varias veces, terminados los fuegos, salieron vistosísimas *encamisadas*, algunas de las cuales fueron por demás brillantes, tal como la organizada por el Muy Noble Ayuntamiento, compuesta de veinte caballeros con sus respectivos lacayos. Entre los primeros figuraban el maese de campo don José Agustín de Estrada, regidor decano, y el capitán don José Calvo de Lara, alférez real, vestidos á la húngara, con petos dorados, mangas y calzón de encajes finos color celeste, bordados con oro y plata sobre lama de oro, mantos imperiales de rengue verde, con ramazón de oro sobre raso blanco, y las vueltas de armiños negros, con puntas al vuelo de plata; caballos overos y sillas bordadas de oro y plata sobre carmesí.

»Mas á todos aventajó la encamisada del clero, que fué el *clou* de la fiesta, formada por cerca de treinta presbíteros, distribuídos en cuatro cuadrillas, de indios, turcos, españoles y moros. Todos iban vestidos de lamas y rasos de varios colores, con bordaduras de hilo de oro, de plata y de perlas, puntas



de oro de Milán, con joyas de esmeraldas y otras piedras preciosas. También se representaron comedias en la lonja del costado de la iglesia. De ellas, *la más pasadera* fué la titulada *La matriz coronada*, en tres actos y en verso.»

En el número 10 de la misma revista, el Sr. V. Pujol, presidente en Guatemala, anuncia un libro que en breve publicará, y cuyo objeto es la defensa de España y la crítica de los resultados de nuestra última guerra colonial. El autor se propone probar que la época funesta para España comienza en la casa de Austria, y que nuestra nación fué el primer pueblo europeo que, después de la era cristiana, fundó y practicó instituciones de derecho emancipadoras y leyes liberales. Que el desarrollo de nuestra vida pública al unificarse España fué interrumpido por el régimen absoluto y por el estado de guerra permanente y por las empresas que extraviaron la opinión. Que el hallazgo de América, la conquista y la colonización no nos dieron sino laureles y ningún provecho efectivo y sólido en los intereses y en la cultura nacional, trayendo por indirectos trámites coyuntiva para perder los buenos sistemas y los hábitos laboriosos, y para armar al régimen absoluto de recursos contra nuestros derechos.

«Intento probar que ni las pérdidas de las colonias en el continente americano al comenzar el siglo XIX, ni la pérdida del resto del imperio colonial cuando el siglo desapareció, significaban un perjuicio real, porque ni el gobierno ni la administración habían hecho refluir á la metrópoli bienes que compensaran los sacrificios, ni adhesión íntima que mantuviese la unidad moral.

»Que España no es más pobre ni más débil que antes de Junín y de Santiago, y que aparte de los achaques del amor propio, no hay otra cosa que una resta nominal. En el estado de las cosas, ni nosotros servíamos á las colonias, ni las colonias nos servían á nosotros.

»Intento probar que España tenía en su territorio abundantes elementos, que pueden restaurarse volviendo la iniciati-

va á las costumbres, el afán de trabajo al pueblo y á la actividad, y el celo patriótico á los gobiernos.

»Que no es un país degenerado ni un alma agobiada á pesar de los males del fanatismo y de la monarquía absoluta, sino un carácter que, desviado en las formas y exterioridades, guarda dentro toda su antigua robustez y todas sus generosas esperanzas. Que el pueblo llano, el que trabaja, es decir, nueve décimas partes de la nación, aunque no instruído, es capaz é inteligente, sin que ceda en aptitudes á ninguna otra raza. En lugar de degenerar, ha conservado intacta la energía tradicional como en espera de que llegue la hora en que se sepa darle destino. No principió á vivir vida plena por interposición de circunstancias adversas.

»Pero si España reúne sustancia y jugos para poder desenvolverse con ventaja, necesita cambiar los métodos en todas ó casi todas las direcciones, pues no basta disponer de brazos y de cerebro si se emplean sin concierto y se mueven sin prudencia. Tiene nuestro porvenir y nuestro ideal de progreso tenaces enemigos que embarazan el paso: el fanatismo, que embrutece; la rutina, que petrifica; la pobreza, que aísla y debilita.»

A continuación, el autor expone los medios que, á su juicio, pueden producir la desaparición de esos enemigos y los elementos con que ya cuenta España para su regeneración.

#### HISPANUS

MEMENTO BIBLIOGRÁFICO.—A. Reynal O'Connor, *Mi año literario. 1903.*—Dr. José Ingegnieros, *Simulación de la locura.*—D. Amunátegui Solar, *La sociedad chilena en el siglo XVIII. Mayorazgos y títulos de Castilla.*—M. Martínez, *Investigación de la paternidad.*—Idem, *Reforma del Código de Minería.*—Dictamen emitido por el Dr. Ludw Von Bar sobre el laudo pronunciado en la cuestión entre el gobierno de los Estados Unidos de América y el gobierno de El Salvador.

# CRÓNICA LITERARIA

---

Una nueva historia de la filosofía.—*Historia de la Filosofía del siglo XIX*,  
por D. Alberto Gómez Izquierdo.

Un sistema de filosofía es un fenómeno histórico, como cualquier otro producto del ingenio humano. Aparece en un momento del tiempo, es fruto de la actividad intelectual de uno ó varios individuos y guarda relación con el ambiente mental de la época en que se produce, y con ciertos antecedentes ideales heredados de épocas anteriores. Al mismo tiempo ese sistema, siendo un conjunto de ideas que aspiran á explicar el universo y la existencia, y acaso sus relaciones con otras realidades y existencias posibles, que exceden de la experiencia humana, aparece ligado á una porción de hechos exteriores y transitorios: á las explicaciones orales de un filósofo, á uno ó varios textos escritos que produjeron ciertos efectos sociales y fueron acogidos con admiración, con indiferencia ó menosprecio.

En ese concepto de fenómenos históricos, los sistemas de la filosofía forman el material y el objeto de una rama especial de la historia; pero como al mismo tiempo constituyen una interpretación de lo permanente de la realidad, de las causas y razón de ser de las cosas, hay en su naturaleza una cierta contradicción en que pugnan lo permanente y lo transitorio; la antítesis entre el yo como espejo de la representación en que se contiene el mundo, y el yo fenómeno pasajero é individual de ese mismo mundo. Tal contradicción ha in-

fluido, sin duda, en la manera de concebir y de escribir las historias de la filosofía.

La historia de la filosofía abarca, en efecto, dos partes: una parte externa, absolutamente histórica, constituida por materiales semejantes á los de la historia general, y en particular á los de la historia literaria. Esa parte es biográfica, bibliográfica, social; comprende las vidas de los filósofos, su educación, la génesis de sus ideas, la forma en que las expresaron, los textos en que están consignados, la relación que guardan con las ideas reinantes en la época en que aparecieron, con las anteriores y posteriores, el éxito que alcanzaron entre los contemporáneos y la estimación que después se les ha concedido. Otra parte de la historia de la filosofía, que es su parte específica, consiste en la exposición de los sistemas, en el orden que mantienen entre sí y el lugar que ocupan en el desarrollo del pensamiento filosófico, ya dentro de una de sus grandes épocas ó ya en su total curso histórico.

Los precursores de la historia de la filosofía, los autores de vidas de filósofos y sofistas como Diógenes Laercio, Eunapio, Suidas, dieron importancia á la parte externa, en consonancia con el carácter de sus obras. Pero cuando la historia de la filosofía se constituye en el siglo XVIII, tan fecundo en toda clase de estudios históricos y de erudición, y produce ya grandes obras como las de Brucker, Tiedemann y Tennemann, la parte específica, la exposición de los sistemas, va predominando. Probablemente se ha debido esto á varias causas. La ley general de diferenciación, por virtud de la cual en todas las producciones del ingenio humano lo específico tiende á acentuarse y á sobreponerse á lo genérico, es una de ellas. Otra, el que siendo la historia de la filosofía una historia especial, requiriendo competencia particular en los estudios filosóficos, además de las dotes ordinarias del historiador, y siendo difícil que concurrieran en una misma persona en grado eminente ambos órdenes de facultades, han solido ser escritas dichas obras por filósofos antes que por verdaderos historia-

dores. Asimismo los materiales propiamente filosóficos, los sistemas y doctrinas, son más fácilmente accesibles á la investigación, por los textos, fragmentos y comentarios contemporáneos ó próximos que se conservan, que los materiales de carácter exclusiva ó principalmente históricos. A todo lo cual ha de agregarse, tratándose de historias generales ó que abarquen al menos una época importante de la filosofía, que la gran extensión del asunto y la abundancia de materiales ha hecho preferir lo específico, la exposición de los sistemas, en la imposibilidad de dar desmedida extensión á las obras, deteniéndose mucho en las particularidades externas. Al mismo resultado han contribuído la tendencia á considerar los sistemas filosóficos en sí, en su valor sustantivo como algo abstracto y no como fenómenos históricos en relación con un sujeto individual y un medio social, y la propensión de los historiadores de la filosofía á introducir ó investigar en ella una filosofía de esta historia especial, ciertas leyes de sucesión entre los sistemas, ó al menos un organismo, un orden lógico que armónicamente los relacione y trabe entre sí.

No se ha sustraído por completo la historia de la filosofía á la evolución de la historia literaria, que da tanta importancia al estudio del medio y al individual de los autores. Pero indudablemente está más retrasada en ese camino. En las monografías que ahora frecuentemente se publican, la historia externa suele ocupar ya lugar importante; pero en las historias generales de la filosofía ó en las de una época, y especialmente en los Manuales y resúmenes didácticos, suele prevalecer el tipo de la historia abstracta, compendio de sistemas que parece que no han nacido entre hombres, sino en un mundo aparte de entidades y sombras metafísicas.

Aun así, la historia de la filosofía presta servicios. Es un mapa de la especulación, que permite ver hacia dónde cae cada una de sus partes. Pero así como un mapa no suple el conocimiento directo de los países en él representados, la historia de la filosofía no sirve tampoco más que para orientarse

acerca del orden, sucesión y relaciones de los sistemas, y no suple en manera alguna el conocimiento de los textos. Es una fuente mediata que viene después de los textos y los comentarios, y acaso cada día se va volviendo más mediata y se va alejando más de las fuentes originales.

A ellas tuvieron que acudir por precisión los historiadores primeros; pero ya las grandes historias que existen adquieren á su vez la consideración de fuentes, y en ellas beben comúnmente muchos autores de Manuales, por donde gran parte de las noticias de éstos vienen á ser de segunda mano.

Pero, aunque sean fuentes de valor relativo, son las más usadas porque son las más cómodas y las que están al alcance de todos; porque facilitan esa tintura de saber que se designa generalmente con el nombre de cultura general; porque representan el enorme ahorro de trabajo y de tiempo que en forma de resultados adquiridos lega cada generación á la otra, y dan esa noción indispensable de los hechos pasados que necesita el hombre semiculto para que no le coja de nuevas lo que se ha hecho en la esfera del pensamiento antes de que él viniese al mundo. Hasta en la limitada esfera de la ilustración para *gens du monde*, que dicen los franceses, ó sea del saber administrado con arreglo á las necesidades de la conversación y trato de gentes, hace falta aprender que existieron ciertos hombres que se llamaron Platón, Aristóteles, Kant, Hegel, Schopenhauer, los cuales trataron de explicar los misterios de la realidad y construyeron para el caso ciertas hipótesis metafísicas.

Pero no se crea que con esto se conoce ya á Platón, á Aristóteles, á Kant, á Hegel, á quienquiera que sea. La noción que suministran las historias de la filosofía, cuando no va seguida del estudio de los textos, es comparable á la que nos dan los libros de viajes, en que se describen países que no llegamos á ver nunca con nuestros propios ojos. La mejor descripción de un libro de viajes se queda siempre á cien leguas de la impresión sensible ó intuitiva del viajero que contempló aquellas ciudades y residió en ellas, que visitó aquellos monu-

mentos, cruzó aquellas llanuras, subió á aquellas montañas, siguió el curso de aquellos ríos, observó costumbres, trajes y tipos de los moradores, y tuvo al alcance de los ojos ejemplares de la fauna y flora. De igual manera, los más precisos y puntuales resúmenes sólo dan idea imperfecta de los textos originales de los filósofos, sucediendo en esto algo de lo que acontece con las historias literarias que nos cuentan el argumento de las obras, aunque en las historias de la filosofía ocurra en menor escala por tratarse de producciones del espíritu en que la forma representa menos y tiene más reducida participación la fantasía que en las creaciones de las letras.

Por lo mismo, el natural complemento de las historias de la filosofía, y sobre todo de las elementales escritas para la enseñanza, son las Antologías filosóficas al estilo de los conocidos *Trozos escogidos de filósofos*, de A. Fouillée. Con esto y con otorgar mayor atención á la historia externa, perderían estos libros gran parte de su aridez, y al despojarse de ella se harían al par que más artísticos más instructivos, porque producirían impresión más honda y duradera en el ánimo del lector, y dejarían en su memoria algo más que un vago rastro de nombres y de fórmulas.

\*  
\* \*

Sirva de introducción lo que queda dicho á la noticia bibliográfica que voy á dar de un nuevo libro de historia de la filosofía, de autor español: la *Historia de la Filosofía del siglo XIX*, por D. Alberto Gómez Izquierdo, catedrático del Seminario Pontificio de Zaragoza.

Forma esta historia un tomo de XIX + 600 páginas en 4.º, de compacta impresión, con notas numerosas y un copioso índice alfabético de los autores citados en la obra. Las páginas numeradas con caracteres romanos corresponden al índice general de materias, fe de erratas, y al prólogo del célebre

filósofo católico, director del Instituto de Filosofía de Lovaina, Mons. D. Mercier.

La mención del establecimiento docente en que profesa la Filosofía el Sr. Gómez Izquierdo, basta para que se comprenda la filiación filosófica de éste. Es un filósofo católico, pero no se trata de un amojamado escolástico de los que creen que en el siglo XIII se dió pauta invariable de fondo y forma á la filosofía, y que cualquier novedad que se introduzca ha de ser con perjuicio de la ortodoxia. El prólogo de Mons. Mercier basta para indicar que el autor de esta *Historia de la Filosofía* pertenece á la nueva Escuela filosófica de Lovaina, y el texto lo confirma plenamente, en particular al juzgar el carácter y tendencias del tomismo moderno en Italia, y al disertar sobre la nueva dirección del escolasticismo en Bélgica, de que ha sido iniciador y es principal representante monseñor Mercier (1).

La *Historia de la Filosofía* del Sr. Gómez Izquierdo se distingue por cualidades de fondo y forma muy apreciables. Entre las literarias figuran la claridad en la exposición y la fluidez y soltura del estilo, que hacen agradable la lectura de este libro. Entre las concernientes al fondo, la abundancia de datos, la exactitud de las noticias, la sagacidad en la apreciación de las doctrinas, y el criterio imparcial, que tan difícil es de conservar en trabajos de este género, cuando el historiador no está colocado en una posición ecléctica, sino afiliado á alguna de las escuelas militantes. A valora estos méritos la consideración de ser la historia de la filosofía un género tan poco cultivado en España, cosa no rara en verdad, si se tiene en cuenta que, como hizo notar Cousin en sus famosas pero ya anticuadas lecciones de introducción á la historia de la Filosofía, para el desenvolvimiento de ésta son condiciones precisas que la filosofía y la erudición hayan alcanzado

---

(1) El *Curso de Filosofía* del director del Instituto de Lovaina figura entre las publicaciones de LA ESPAÑA MODERNA.



considerable florecimiento, requisitos ambos, y en particular el primero, que han faltado modernamente en nuestro país.

Como en la mayor parte de las *Historias de la Filosofía*, en la del Sr. Gómez Izquierdo, la exposición de las doctrinas ocupa mucho más lugar que las particularidades de la historia externa. Mas éstas no están descuidadas tampoco, y la atención que el autor las consagra representa un progreso respecto de la mayor parte de las obras similares de análoga extensión, aunque no llegue todavía á lo que á mi parecer puede y debe hacerse para poner la renovación de la historia de la filosofía á la altura conseguida ya en gran parte en la historia literaria, y hacerla participar plenamente del cambio operado en la manera de concebir y de escribir la historia en general.

La traza general de la obra conserva, si no una separación absoluta, cierta distinción entre ambas clases de materiales y de datos, pues el cuerpo de la historia está consagrado á la exposición de las doctrinas, y en las notas se consignan por lo común las noticias biográficas y bibliográficas. No faltan, sin embargo, en el texto algunos pormenores en que se refleja el carácter de fenómeno histórico de los sistemas y teorías, y la relación que guardaron con la tradición filosófica, el ambiente de la época y las circunstancias personales de los filósofos.

Las notas antes mencionadas tienen positivo valor, especialmente en la parte bibliográfica, que no sólo menciona las principales obras de cada uno de los filósofos notables, sino que contiene noticias de las traducciones al francés, como idioma más usual y generalizado entre las personas de regular cultura, de las traducciones españolas, á veces, y de los expositores y comentaristas más importantes de cada sistema ó doctrina. Los datos biográficos, aunque concisos, suelen ser en general bastante completos.

En opinión del Sr. Gómez Izquierdo, «el siglo XIX supera en abundancia y variedad de concepciones filosóficas á cuan-

tos le han precedido», afirmación que no resulta exagerada si incluimos en ese período á algunos de sus primeros y más sobresalientes filósofos, como Kant, que nacieron en el siglo XVIII y vivieron en él la mayor parte de sus años, y si tenemos en cuenta, por otra parte, que este movimiento de la filosofía novísima del siglo XIX se encierra en un período de tiempo mucho más breve que el que comprenden las grandes épocas pasadas de la historia de la filosofía.

El orden de exposición adoptado en esta historia no es rigurosamente cronológico ni tampoco por nacionalidades. «Podrá ser esta división muy cómoda—dice el Sr. Gómez Izquierdo refiriéndose á la última,—pues con sólo atender al lugar y fecha del nacimiento, está ya averiguado el lugar que corresponde á cada filósofo, pero no deja ver con claridad el influjo recíproco de las ideas entre sí. Por este motivo nosotros agrupamos los filósofos por razón de la afinidad de sus doctrinas, no por los vínculos de nación ó raza. Y si cada período de la historia de la filosofía forma un ciclo en la evolución del pensamiento filosófico con caracteres propios y con especial fisonomía, hemos creído encontrar también en la filosofía del siglo XIX dos períodos distintos y que podían tratarse por separado. La línea divisoria de estos dos períodos viene á coincidir aproximadamente con la que separa el siglo en dos mitades, pues las tendencias y principales direcciones iniciadas á principios de siglo, cambian sensiblemente cuando éste empieza la segunda mitad de su carrera. De aquí la división de nuestra obra en dos secciones: la primera comprende desde 1800 á 1850, y la segunda desde 1850 á 1900.»

En el párrafo anterior queda expuesto el plan del libro. En cuanto á la filiación y relaciones que establece el autor entre los sistemas, dentro de cada uno de los dos períodos en que divide el movimiento filosófico del siglo XIX, están expresadas en los cuadros esquemáticos que traza al principio de cada sección de su obra. Partiendo de que el sensualismo de Locke y la crítica del conocimiento humano de David

Hume son las direcciones más salientes de la filosofía en el siglo XVIII, deriva de Hume por influjo positivo y por reacción el empirismo de la escuela escocesa y el criticismo kantiano, origen del idealismo germánico. Ve en el naturalismo de Cabanis, Lamarck, Gall, Broussais, etc., y en el positivismo de Augusto Comte, la continuación del materialismo del siglo XVIII. Otros dos movimientos filosóficos (de menor importancia, sin duda) tienen el carácter de reacciones. La novedad peligrosa para los dogmas católicos que presentaban las nuevas doctrinas filosóficas, lleva á los filósofos cristianos al tradicionalismo y al ontologismo, contribuyendo también al escaso valor filosófico de los apologistas de esta época (la primera mitad del siglo), la pobreza de la herencia que habían recibido de sus antecesores, pues la escolástica apenas había dado señales de vida después de la restauración iniciada por los filósofos españoles á fines del siglo XVI. El otro movimiento filosófico que tiene también cierto carácter de reacción, es el que representan los espiritualistas franceses como Laromiguière, Maine de Biran y Degerando, y los eclécticos como Royer Collard y Cousin, que partiendo los unos de Locke y Condillac y los otros de la Escuela escocesa, vienen á representar ambos, no obstante su diverso punto de partida y las notables diferencias que los separan, una reacción contra el materialismo.

En la segunda mitad del siglo XIX distingue el Sr. Gómez Izquierdo las siguientes tendencias filosóficas: la filosofía inglesa, representada por asociacionistas y evolucionistas como Stuart Mill, Bain, Spencer, Darwin, vuelve á orientarse hacia el idealismo fenomenista de Hume. Continuadores del idealismo germánico son, por una parte, la metafísica pesimista de Schopenhauer, Hartman y Nietzsche, y el neo criticismo de Lange y Renouvier; por otra el monismo de las ideas fuerzas de Fouillée, y por otra el idealismo lógico de Weber, Remacle y Bergson.

Como reacción al idealismo de Hegel, aparece la aplicación

del método experimental á la psicología por Lotze, Fechner y Wund. Extremando esta dirección, y bajo la influencia del positivismo de Comte y el evolucionismo de Darwin, aparece la escuela materialista, representada por Haeckel, Büchner, Vogt y Moleschot. El eclecticismo de Cousin engendra en Francia una verdadera legión de filósofos, importantes muchos, aunque no aparezca entre ellos ningún astro de primera magnitud. Tales son Garnier, Saisset, Julio Simón, Janet, Caro, Ravaisson, Vacherot. Este mismo influjo de Cousin inclina á los espíritus al cultivo preferente de la historia de la filosofía, relegando á segundo término la especulación personal.

También el positivismo de Comte deja continuadores y herederos que, aun apartándose de la estrecha ortodoxia de aquel filósofo, mantienen su tendencia. En este número incluye el Sr. Gómez Izquierdo á Taine, Roberty y el mismo Renan, aun reconociendo los varios y abigarrados elementos que entran en la concepción filosófica de este último, que fué historiador y filólogo antes que filósofo original.

Por último, cierran este cuadro de la historia de la filosofía en la segunda mitad del siglo XIX las dos direcciones de la restauración escolástica: la tradicional, que se limita á exponer y comentar las doctrinas de Santo Tomás, y el neoescolasticismo de la escuela de Lovaina, que «pretende ampliar la síntesis escolástica con las conclusiones, bien establecidas, de la ciencia y la filosofía contemporáneas». La exposición de este último movimiento filosófico es muy interesante y completa en la Historia del Sr. Gómez Izquierdo, cuyas personales ideas le afilian á esta escuela, según antes he indicado.

En las páginas de esta Historia se menciona tan grande número de filósofos, que seguramente serán pocas las omisiones que puedan notarse aun de los de segundo y tercer orden. Pero esto mismo hace que sean en extremo someras las noticias que se dan acerca de la labor de algunos de ellos, y también puede repararse cierta desproporción en la atención que el historiador consagra á los que no son de primera magnitud.

A pesar de este y otros ligeros defectos, difíciles de evitar en una obra de esta clase, el libro del Sr. Gómez Izquierdo representa una laboriosidad extraordinaria, un inmenso acopio de materiales, un gran dominio del asunto y un criterio claro é independiente dentro de su orientación personal. Desde la *Historia* del Cardenal González no se había publicado en España libro alguno de tanto mérito en esta clase de estudios.

De la filosofía española contemporánea no trata el Sr. Gómez Izquierdo, reservando su estudio para otro volumen que prepara, y que, á juzgar por el que es objeto de este artículo, promete ser una aportación muy importante á la historia de nuestra cultura moderna, aunque, tratándose de filosofía, la materia no se distinga por su riqueza.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—HISTORIA: La nariz de Cleopatra. — Los ofrecimientos de la corona de España á Leopoldo Hohenzollern. = FEMINISMO: La coeducación de sexos. = PEDIATRÍA: El mundo á los ojos de los niños. = ENCICLOPEDIA: Pensamientos de Tolstoi. = POLÍTICA PEDAGÓGICA: El analfabetismo y el ejército. = OCULTISMO: La magia en la India antigua. = ESTÉTICA: Las ideas literarias de Nietzsche. = IMPRESIONES Y NOTAS: ¿Es un veneno la sal? — La electricidad, clave del problema de la materia. — La electricidad y la langosta. — Una república europea casi ignorada. — La paz y el desarme por las mujeres. — Víctor Hugo, dibujante.

## HISTORIA

LA NARIZ DE CLEOPATRA.—«Si la nariz de Cleopatra—dijo Pascal— hubiera sido más corta, la faz de la tierra habría cambiado.» Tal es, como afirma en la *Nuova Antologia* Pablo Bellezza, la fórmula e pigramática de un principio histórico que Gibbon enuncia así: «Una mínima fuerza basta para producir grandísimos y constantes efectos cuando obra según la inclinación natural de las leyes orgánicas».

Así Michelet comprendió entre sus fuentes históricas más importantes el diario de las digestiones de Luis XIV, cuyo reinado divide en dos épocas, la anterior y la posterior á la fístula, como Emilio Ollivier divide el reinado de Napoleón III en otras dos, anterior y posterior al mal de piedra que padeció, y como Carlyle asegura que el acontecimiento más importante de la historia moderna no fué ni la dieta de Vorms, ni la Revolución francesa, ni la batalla de Waterlloo, sino el de

que «Jorge Fox se hizo un traje de cuero», porque así vestido, durmiendo á la intemperie y comiendo frutos silvestres, pudo no trabajar para vivir, y fundó el puritanismo, es decir, el culto de la conciencia. Exageraciones, sin duda, pero que tienen su fundamento.

Byron, parafraseando la frase de Pascal, la invierte diciendo: «Si César hubiera conocido el beso de Cleopatra, Roma hubiera sido libre y el mundo no hubiera sido suyo». Aquel mismo César, que supo resistir á las seducciones de la hermosa egipcia, se perdió por una debilidad: como era calvo, obtuvo licencia para salir con una corona de laurel por las calles de Roma, y aquella corona fué la que armó el brazo de Bruto y de Casio; por lo que se dijo, no sin algo de verdad, que si no hubiera sido calvo no hubiera muerto tan prematuramente. Si Boulanger, en una noche famosa, se hubiera dirigido al Elíseo, como querían sus partidarios, en lugar de acudir á la cita de la vizcondesa de Bonnemain, probablemente se hubiera hecho amo de Francia, cambiando toda la historia contemporánea.

Guillermo Humboldt, á propósito del primer viaje de Colón y del descubrimiento de la isla Guanahaní, que no hubiera ocurrido si no hubiera accedido á los ruegos insistentes de Pinzón para que cambiara de rumbo hacia el Suroeste (1), hace notar de qué pequeñas causas dependen los grandes sucesos; Pinzón había visto una bandada de aves dirigirse al Suroeste, y presumiendo con razón que en aquella dirección había tierra, hizo que Colón cambiara de rumbo; sin aquella bandada, Colón hubiera seguido la dirección que llevaba, y en lugar de las Antillas hubiera ido á dar con la América del Norte, que

---

(1) Decimos *Suroeste* y no *Sudoeste*, como diríamos *Suramérica* y no *Sudamérica*, y *surexpreso* y no *sudexpreso*, como dice el vulgo semiculto, porque no queremos conscientemente incurrir en galicismos. En castellano se dice *Sur* y no *Sud*, y el enlace de la *r* con la vocal siguiente es más armonioso que el de la *d*, no habiendo, por lo tanto, razones etimológicas ni eufónicas para decir *Sudoeste* y no *Suroeste*.

hubiera sido española y católica en lugar de inglesa y protestante, y los Estados Unidos no existirían. Y sabido es que Roma fué salvada por los gansos del Capitolio; que en Grecia se descubrió una terrible conjuración por el rebuzno de un asno, y que Darío llegó á ser rey de Persia por el relincho de un caballo.

Cuando Napoleón desembarcó de la isla de Elba, un suceso insignificante determinó el triunfo de su tentativa de restauración: el batallón que le salió al encuentro no se rendía á sus arengas, cuando un grito sale de las filas: «¡Viva nuestro capitano!»; y aquella evocación del «petit caporal» decidió á las tropas, que le aclamaron en lugar de combatirle. En cuanto á la batalla de Waterlloo, que decidió la suerte de Europa, sabido es que no pudo empezar hasta medio día, porque, habiendo llovido aquella noche, la tierra estaba blanda y la artillería no podía maniobrar; si en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815 no hubiera llovido, ¿quién es capaz de saber lo que hubiera ocurrido en el mundo, si Napoleón hubiera ganado en lugar de perder la batalla de Waterlloo, como probablemente hubiera sucedido? El gran Federico II, que sabía algo de estas cosas, decía con sabia frase: «Su Sacra Majestad la Casualidad hace las tres cuartas partes de la tarea de este miserable universo».

En su *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, Leopardi hace notar el alcance de los estornudos históricos: mientras Jenofonte arengaba á sus tropas para decidir las á una expedición peligrosa, estornudó un soldado, y aquel estornudo, interpretado como de buen agüero, venció todas las resistencias; en cambio, en otra ocasión, Hipías, hijo de Pisistrato, estaba arengando á los suyos, cuando le acometió un estornudo tan violento, que le hizo saltar un diente; se buscó el diente y no se encontró, y entonces Hipías, que se proponía invadir el territorio en que se hallaba, cambió el curso de sus ideas, y terminó su arenga diciendo: «Soldados, esta tierra no nos está asignada por el destino, y con nuestras armas no lo -



graremos conquistar un pedazo de tierra mayor del que cubre el diente que se me ha saltado».

Del ilustre diplomático Metternicht se cuenta que, estando un día empeñado en una partida de *whist*, á cuyo juego era muy aficionado, hizo esperar algunas horas á un enviado especial, y si le hubiera recibido en seguida se hubiera evitado el degüello de algunos centenares de personas; la historia añade que desde aquel día no volvió Metternicht á tocar una baraja.

Sin hablar del incendio de Troya ni de la divina Elena, la terrible lucha entre griegos y persas fué provocada por una úlcera del seno de la mujer de Dacio, Atossa; ésta, por consejo de su médico el griego Demócides, que había prometido curarla con esa condición, indujo á Dacio á mover guerra á los griegos, que sin este motivo no hubieran tenido por qué chocar con los persas. La invasión de los árabes en España, que costó ocho siglos de constantes guerras, fué motivada, según las crónicas, por otro suceso fortuito é insignificante: la hermosa Florinda se bañaba en el Tajo con sus compañeras, cuando una de éstas propuso ver cuál de ellas tenía la pierna mejor formada; en el preciso momento en que Florinda se alzaba los vestidos, el rey D. Rodrigo la vió desde una ventana de su palacio, y prendándose de ella no paró hasta hacerla suya; su padre, el conde D. Julián, llamó á los moros para vengar su afrenta, y así ocurrió la invasión agarena.

La campaña de Rusia, según Dubiel, fué producida por una errata de imprenta; en el *Journal de l'Empire* debía decir: «La unión de los dos emperadores dominará Europa»; y en lugar de esto decía: «Uno de los dos emperadores dominará Europa»; el czar se irritó, creyendo en una perfidia, y el conflicto estalló, haciéndose inevitable. La reciente guerra anglo-boer no hubiera estallado si los boers no hubieran tropezado al emigrar de su primera residencia con la terrible mosca tse-tse, que hace inhabitables las riberas del Zanteze, donde seguramente se hubieran establecido los boers.

El cardenal Gaisruck, arzobispo de Milán, yendo á Roma

para asistir al cónclave de 1846, se vió detenido en el camino por un accidente de viaje que le hizo llegar poco después de la proclamación de Pío IX; era portador del reto de Austria. Si hubiera llegado á tiempo, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias de su intervención?

Claro es que en los casos citados y en todos los semejantes hay que distinguir entre la causa eficiente y la causa ocasional; entendido y aplicado sin esa restricción, el criterio de «la nariz de Cleopatra» se resuelve en una falacia, pues con razón observa Enrique Heine á los que hacen proceder la guerra de Troya á los huevos de Leda: «Estoy convencido de que, aunque se hubiese hecho una tortilla con aquellos huevos, Héctor y Aquiles se hubieran igualmente batido como héroes ante las puertas ileas». Y sin embargo, hasta historiadores de nota han caído en tal sofisma; así se ha dicho y repetido, por ejemplo, que la paz de Utrecht fué debida á un vaso de agua dejado caer con simulada inadvertencia por lady Marlborough sobre el traje de la Sra. Masham, por despecho de que ésta le hubiera suplantado en el favor de la reina; seguro es que, aun sin la torpeza de su mujer, el gran Marlborough habría sido también reclamado, é Inglaterra se hubiera retirado de la coalición. Un historiador tan grave como Bossuet no vaciló en explicar la restauración de Inglaterra por el mal de piedra que padecía Cromwell; pero aunque éste hubiera estado sano y hubiera gobernado en sus últimos años con la misma energía que en los primeros, la preponderancia concedida á la aristocracia territorial hubiera producido de todos modos la vuelta del país á la monarquía.

«Se suele decir—escribe Leopardi—que el espíritu humano debe muchísimo á los genios extraordinarios y descubridores que surgen de cuando en cuando; yo creo que les debe muy poco, y que los progresos del espíritu humano son obra principalmente de ingenios mediocres». En el mismo sentido decía Federico de Prusia: «Se forja uno ordinariamente en el mundo una idea supersticiosa de las grandes revoluciones de

los imperios; pero cuando se está entre bastidores se ve que, en general, las escenas más prodigiosas son movidas por resortes comunes y por viles ganapanes». Y Montesquieu, abundando en el mismo modo de pensar, explicaba la paradoja diciendo: «El hombre extraordinario fracasa en sus empresas: su vista, que alcanza muy lejos, le hace descubrir objetos que están á grandísima distancia; descuida los pormenores, de los que depende, sin embargo, el éxito de casi todos los grandes negocios; el hombre mediocre, por el contrario, trata de sacar partido de todo, sintiendo que no tiene nada que dejar al descuido».

Así ha podido lord Beaconsfield componer toda una novela (*Endymion*) sobre esta tesis: no son los príncipes ni los ministros quienes deciden de la suerte de las naciones, sino que los acontecimientos preparados por causas generales son determinados por la influencia de personajes secundarios; esta tesis es también la de Tolstoi, al decir que «los pretendidos grandes hombres no son más que las etiquetas de la historia: dan su nombre á los acontecimientos, sin tener, como las etiquetas, la menor relación con el hecho mismo». Es el caso de la conocida anécdota de Temístocles, quien mostrando su tierno hijo á sus amigos, les decía: «Mirad, ahí tenéis el árbitro de Grecia; porque él manda en su madre, su madre manda en mí, yo gobierno á los atenienses y los atenienses gobiernan á Grecia».

El criterio de las pequeñas causas viene á poner término á aquella ley de la mínima acción ó del mínimo medio que Santo Tomás formaba así: *in his quæ Providentiâ debitè reguntur non debet esse aliquid frustra*. Por eso la suma sabiduría escoge para producir un efecto grande la causa mínima, la mínima cantidad de acción posible, como dice Rosmini en su *Teodicea*.

\*  
\* \*

LOS OFRECIMIENTOS DE LA CORONA DE ESPAÑA Á LEOPOLDO HOHENZOLLERN.—El íntimo de Bismarck durante treinta años, el señor de Keudell, ha publicado un interesante libro, *Bismarck y su familia, de 1846 á 1872*, de cuyo análisis, hecho en *La*

*Renaissance Latine*, extractamos lo concerniente á los ofrecimientos de la corona de España, que dieron motivo á la guerra franco-prusiana y á la creación del novísimo imperio alemán. Keudell desempeñaba cerca de Bismarck el cargo de jefe de su secretaría, especie de ayudante civil para quien no había secreto ninguno, y por cuya mano pasaba todo. Espíritu claro, modesto y escrupuloso, es incapaz de alterar la verdad, y sus noticias, sus opiniones y sus juicios tienen positivo y grande valor.

La corona de España fué ofrecida cuatro veces en 1869 y 1870 al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, por indicación del consejero de Estado D. Eusebio Salazar y Mazarredo. El primer ofrecimiento fué declinado pura y simplemente. Al segundo, el príncipe Carlos Antonio, padre del príncipe Leopoldo, respondió en Septiembre de 1869 que la petición podría estudiarse si el Gobierno español tenía la seguridad de la aprobación simultánea del emperador Napoleón y del rey Guillermo de Prusia; el príncipe mismo dió parte al emperador, pero éste no se dignó dar su opinión.

Cuando su tercer viaje á Alemania, á fines de Febrero de 1870, Salazar fué á Berlín y entregó á Bismarck una carta confidencial del general Prim. Aquel día tenía Keudell despacho con el canciller, y al terminar le dijo éste: «Haced que no pase nadie; acabo de recibir una carta del general Prim, sobre el trono de España, y necesito toda mi tranquilidad para meditar la cosa». Al día siguiente, Bismarck dictó á Keudell un informe no oficial, destinado al rey, en el que se enumeraban las ventajas políticas y comerciales de aquella solución, declarándose abiertamente por ella, como la mejor para los intereses de Alemania y los de España, pues tener en el trono de España un príncipe alemán, equivalía á contar con uno ó con dos cuerpos de ejército, siendo para España la mejor solución para salvarla de la anarquía.

El 15 de Marzo de 1870 se verificó, bajo la presidencia del rey Guillermo, un Consejo al que asistieron el príncipe real

de Prusia, el príncipe Carlos Antonio y su hijo Leopoldo Hohenzollern, Bismarck, Roow, Moltke, Thile, Delbruck y Schweinitz. El príncipe Carlos Antonio quería contar con la aquiescencia de Napoleón; pero le objetaron que el general Prim no quería que se trasluciese nada del asunto, y no insistió, siendo opinión unánime que la aceptación de la corona era un acto de patriotismo; el príncipe Leopoldo, sin embargo, se resistía, por parecerle que su aceptación era una ofensa á la familia destronada, y en los primeros días de Abril hizo saber su negativa definitiva. Ante las súplicas de todos, y especialmente de las de Bismarck, se rindió su resistencia al cabo de algunas semanas, pero haciendo saber al general Prim que no debía contar con la mediación de las autoridades alemanas, sino que debía entenderse directamente con el príncipe.

Salazar fué enviado entonces por cuarta vez á Alemania, y pudo regresar á Madrid con el consentimiento formal del príncipe Leopoldo, que se puso en conocimiento de Bismarck privadamente. La importante noticia llegó á Madrid uno ó dos días demasiado tarde; las Cortes acababan de cerrarse, y se acordó convocarlas á sesión extraordinaria para la elección de rey. Se hizo imposible guardar el secreto, y el 2 de Julio por la noche, Prim avisó al embajador de Francia, el barón Mercier de Lostende, que telegrafió en seguida á París.

El punto que se trata de dilucidar en esta cuestión es el siguiente: ¿ha sido Bismarck el que ha maquinado el asunto Hohenzollern para producir la guerra con Francia y crear el imperio alemán? Así se ha creído y se ha dicho, no sólo en el extranjero, sino en la misma Alemania; pero Keudell afirma rotundamente que no.

Hasta fines de Febrero de 1870, Bismarck no había tomado en serio ni se había preocupado de la cuestión, habiendo contestado el 11 de Mayo de 1869 á Benedetti, la única vez que el Gobierno francés trató con el prusiano de la sucesión en la corona de España, que «dada la inseguridad de la situación y

las ideas bien conocidas del príncipe Carlos Antonio, era de prever que la corona no sería aceptada si las Cortes llegaban realmente á ofrecerla». Sólo cuando Prim imploró su ayuda, asegurando que Leopoldo sería elegido por las tres cuartas partes de los representantes del país, es cuando se fijó en la conveniencia del proyecto, consignando sus ideas en el informe que presentó al rey Guillermo.

Por lo demás, según Keudell, Bismarck nunca pensó que de aquel asunto pudiera surgir la guerra. En Mayo de 1869, Napoleón había dicho á Benedetti que la elevación de Montpensier sería antidinástica, pero tendría que permitirla por ser el tiro personal contra él; pero que la candidatura Hohenzollern sería antinacional, y Francia no la toleraría; este modo de pensar de Napoleón no era conocido de Bismarck, por haberse recomendado á Benedetti la mayor circunspección. Para Bismarck, lo que importaba á Napoleón era que no triunfase ni la república ni la candidatura de Montpensier, desconociendo la explosión que en Francia había de producir la candidatura Hohenzollern. Ocurre á veces, dice Keudell, que lo inverosímil es la verdadera verdad, y eso es lo que ocurrió en ese caso.

## FEMINISMO

La COEDUCACIÓN DE SEXOS.—*La Revue*, de París, ha abierto una información sobre el importante problema de la coeducación de sexos, á cuyo principio se ha declarado guerra abierta en América, que es donde más se ha practicado, en la que han tomado parte eminentes profesores y pedagogos del mundo culto. He aquí el resumen de sus opiniones:

*Meyer, profesor de Historia antigua en la Universidad de Berlín.*—Su experiencia es muy limitada. Las alumnas que ha conocido se han conducido siempre con mucho tacto y corrección, sin que su asistencia á las clases haya motivado nin-

gún disgusto; pero nada puede deducirse de hechos excepcionales. En todo caso, es absolutamente necesario imponer restricciones á la admisión de mujeres en las Universidades.

*El Dr. Winckel, rector de la Universidad de Munich.*—Se está en Baviera en el primer estadio de la prueba, y nada puede afirmarse todavía. En las Universidades bávaras no se admite la matrícula de la mujer, y sólo en casos especiales, con autorización del Ministerio de Instrucción pública, son admitidas de oyentes; de modo que nada puede saberse de sus aptitudes ni de su competencia.

*V. Lexis, de la Universidad de Gotinga.*—La coeducación de sexos no ofrece ningún serio inconveniente. Las preocupaciones contra las alumnas van desapareciendo, y aunque por ahora no se las admite á la matrícula en Facultad, habrá que admitirlas. Los resultados de los estudios de la mujer son satisfactorios; no hay entre ellas genios, pero sí excelentes aptitudes, hasta para el cultivo de las matemáticas.

*G. H. Darwin, de la Universidad de Cambridge.*—La coeducación es problema que debe resolverse en cada caso y según los casos; pues en unos países saldrá bien, y en otros se irá á un fracaso. En Cambridge no hay facilidades para el ensayo.

*Augusto W. Harcourt, de la Universidad de Oxford.*—Los ensayos hechos son favorables á la coeducación. La única queja formulada lo ha sido por los estudiantes varones, á quienes molestaban los sombreros de las señoritas, para evitar lo cual fueron éstas colocadas en los últimos bancos. La presencia de las mujeres en las clases hace que haya mayor orden y compostura. Las alumnas son más laboriosas que los alumnos, pues éstos se ocupan más de sus juegos que de nada. El promedio de la capacidad es igual.

*Dr. Brockhaus, de la Universidad de Viena.*—La coeducación no ofrece inconvenientes. En Viena es demasiado reciente la admisión de las mujeres, para que pueda hacerse ninguna afirmación sobre los resultados obtenidos.

*A. de Senarclens, profesor de Derecho de la Universidad de Lieja.*—En veintinueve años de práctica en Lausana y Lieja, no ha visto ni una mujer en su auditorio. No tiene experiencia ninguna.

*Haraldo Høeffding, rector de la Universidad de Copenhague.*—Ha tenido alumnas desde 1877, no bajando de 300 las que han estudiado allí desde entonces. La coeducación ha afinado las maneras de los estudiantes. Los resultados obtenidos por las mujeres son excelentes, pues las que estudian suelen ser alumnas brillantes, y obtienen grandes éxitos en sus carreras.

*A. Baret, profesor de Lengua y literatura inglesa en la Sorbona.*—Piensa todo el bien posible de la coeducación, y los resultados obtenidos por la educación universitaria de la mujer son maravillosos. En lenguas vivas, la mujer ocupa el primer rango.

*Alfredo Croiset, decano de la Facultad de Letras de París.*—La coeducación es ventajosa, contribuyendo á refinar las buenas costumbres. En cuanto á los resultados, no son malos, estando subordinados á los estudios anteriores de la mujer.

*J. de Crozals, decano de la Facultad de Letras de Grenoble.*—Se ha dicho de la Facultad de Grenoble que era una Facultad feminista. En sólo cuatro años ha contado con 132 alumnas (27 en 1900, 28 en 1901, 37 en 1902 y 40 en 1903). Las relaciones entre ambos sexos son tan cordiales como correctas, y ambos salen ganando.

*E. Duclaux, de la Facultad de Ciencias de París.*—¿Por qué ha de ser el cerebro de la mujer menos educable que el del hombre? Nunca se hará demasiado común la coeducación de sexos.

*E. Faguet, de la Sorbona.*—La coeducación no tiene más que inconvenientes insignificantes, y viriliza á las mujeres sin desnaturalizarlas. Esto, desde los veinte años. Antes, Faguet se declara enérgicamente contra la coeducación.

*Ch. Gide, de la Facultad de Derecho de París.*—Nunca ha tropezado con una mujer en los miles de exámenes que ha ve-



rificado. Carece de experiencia, y sólo podría emitir opiniones apriorísticas sin valor.

*Premier, de la Facultad de Farmacia de París.*—La coeducación no es imposible, y el estudio y práctica de la Farmacia no tiene nada de incompatible con las aptitudes femeninas. Los resultados de los exámenes de la mujer son regulares.

*Gabriel Seailles, profesor de Filosofía en la Sorbona.*—Su experiencia no le permite hacer declaraciones sobre los resultados que puede dar la educación universitaria de la mujer. No conoce más que una estudiante que haya arrostrado el concurso de agregada de Filosofía, y fracasó; cuatro ó cinco sufrieron los exámenes de licenciatura, pero con éxito modesto.

*Van Hamel, de la Universidad de Groninga.*—Las cuatro Universidades de Holanda están frecuentadas por mujeres, cuyo número aumenta de año en año; en Leyden eran 18 en 1896, y son hoy 72; en Utrecht hay 48, en Groninga 36, y en Amsterdam 69. Antes sólo se matriculaban en ciertas asignaturas, pero hoy la mayor parte se matriculan para la enseñanza completa de una Facultad, teniendo preferencia la Medicina, y siguiendo luego las Letras, las Ciencias y el Derecho. Holanda cuenta ya con un número respetable de doctoras. La coeducación no ofrece ninguna dificultad; las costumbres holandesas excluyen toda tentativa de seducción; á veces, de los trabajos en común sale algún matrimonio, y aun entonces hay mujeres que no consienten en casarse sin antes terminar su carrera. Los resultados son en general satisfactorios, pues la mujer estudia por vocación cuando lo hace, y no se distrae como el hombre, teniendo gusto decidido por los altos estudios. Su inferioridad, sin embargo, es manifiesta en cuanto á las disposiciones científicas y á la aptitud para las investigaciones personales.

*Dr. F. Waldapfel, de la Universidad de Budapest.*—La coeducación es cosa natural; la admisión de las mujeres en las Universidades debe, en principio, concederse sin vacilación. El duro trabajo de los hombres estimula á la mujer, y la coedu-

cación con la mujer ennoblece las costumbres del hombre; si de cuando en cuando se desarrolla un flirteo inocente á consecuencia del trato universitario común, eso no tiene importancia; y si la coeducación contribuye á formar lazos de corazón ó relaciones serias y duraderas, tanto mejor: ninguna base mejor para la vida en común que la establecida sobre estudios comunes. Hay que poner, sin embargo, como condición á la coeducación, que los profesores no se dejen influir por el sexo de los examinandos, á fin de que las mujeres no gocen de ninguna indulgencia ni de ningún favor en los exámenes; la igualdad ante la cátedra y ante el tribunal calificador debe ser el principio fundamental de la enseñanza superior. Por lo demás, Waldapfel no tiene experiencia personal ninguna sobre el valor intelectual de la mujer.

*Luis Credaro, profesor de Pedagogía en la Universidad de Roma.*—La coeducación de sexos, que tanto desarrollo ha adquirido en las Universidades italianas, no ha presentado hasta ahora ningún inconveniente notable. La mujer está siempre bien preparada cuando se examina; repite fielmente sus lecciones, pero en general no da pruebas de pensamiento creador. En cuanto á los resultados, no podrán apreciarse hasta dentro de unos diez años.

*Dr. A. Shdanow, rector de la Universidad imperial de San Petersburgo.*—Antes de admitir las mujeres en las Universidades, debiera ensayarse la coeducación de sexos en la segunda enseñanza.

*Hammarsten, rector de la Universidad de Upsal.*—La coeducación ejerce favorable y mutua influencia sobre ambos sexos. La conducta de las alumnas es excelente; en punto á constancia y formalidad igualan ó aventajan al hombre, y el resultado de los exámenes es bueno. En cuanto á los resultados que la mujer obtiene en la vida práctica de sus estudios, es difícil hacer afirmaciones.

*Universidad de Zurich.*—Todos los profesores consultados (Cohn, Ruge, Bleuler, Bachmann, Bobet, Wetter, Schinz y

Kleiner) son partidarios de la coeducación por los buenos resultados que produce, dando la mujer ejemplo de aplicación y de puntualidad. Dejan algo que desear las mujeres en cuanto al don de crear y de crítica profunda, y están peor preparadas en general que los hombres. En cuanto al éxito de la mujer en los exámenes, las opiniones difieren, aunque la mayor parte convienen en que es semejante en general al del hombre.

Andrea Terys, resumiendo los informes recogidos, deduce de ellos las conclusiones siguientes:

1.<sup>a</sup> La coeducación de sexos en las Universidades de Europa presenta numerosas ventajas, y un solo inconveniente serio, que desaparecerá cuando los dos sexos reciban una instrucción preparatoria equivalente.

2.<sup>a</sup> Las mujeres, con cualidades y defectos diferentes, se muestran en el curso de sus estudios y durante los exámenes sensiblemente iguales, pero no inferiores, á sus compañeros varones.

3.<sup>a</sup> Si su paso por la Universidad no ha revelado hasta aquí ningún genio brillante entre las mujeres, ha permitido al menos á cierto número de ellas crearse honrosas posiciones independientes, desde las que realizan excelente labor.

## PEDIATRIA

EL MUNDO Á LOS OJOS DE LOS NIÑOS.—Lo que nosotros sabemos del mundo no lo sabemos por experiencia propia, sino por nuestros estudios y lecturas; la concepción infantil del mundo es fruto de su propia observación, y por lo mismo, como dice en *La Revue Paula Lombroso*, es mucho más original y curiosa.

El mundo para los niños es algo sencillo que no tiene nada difícil de explicar. La luna impresiona á los niños más que el sol, sin duda porque pueden mirarla de frente; un niño de tres años cree que la luna es un globo atado á un hilo y que

se ha volado hasta el cielo; para otro la luna tiene alas que se suspenden del cielo; otro, hijo de un pintor, está persuadido de que la luna ha sido pintada por algún artista de arriba; otro, que había visto empapelar una habitación, se imaginaba que la luna y las estrellas estaban pegadas al cielo como papel pintado; un niño, citado por Sully, se figuraba mirando al cielo que estaba sentado en un enorme globo decorado de estrellas, y otro se imaginaba que la luna era una gran linterna colgada por Dios en el cielo para alumbrar las calles.

Muchos niños creen que hay varias lunas, una para cada calle, y cuando no ven más que un cuarto, dicen que la luna se ha roto. Hacen comparaciones absurdas, pero lógicas, sacadas de los hechos que les son conocidos. Una niña de tres años tomaba las estrellas por gusanos de luz volados á lo alto; un niño de dos años y medio creía que las estrellas eran chispas de fuego; para otra niña de cuatro años, las estrellas son «pedacitos de día en la noche», comparación semejante á la de un americanito, para quien el cielo es una coladera por cuyos agujeros pasa la luz que forma las estrellas; otro niño, de seis años, juzgaba el sistema planetario como una familia: el sol era el marido, la luna la mujer, y las estrellas los hijos y las hijas. Para los niños, el sol, la luna y las estrellas están cerca de la tierra; los pequeñitos creen que con alargar las manos pueden alcanzarlas; un niño de tres años estaba convencido de que la luna estaba tocando á la torre de la iglesia, y otro aseguraba que atando unas escaleras á otras se podía escalar el cielo.

En cuanto al viento, algunos creen que son los árboles los que le mueven como un abanico; muchos se imaginan que el viento es un sér real que se divierte en quitar y arrastrar los sombreros, revolotear las hojas y los papeles y levantar los vestidos, y que vive en determinado lugar, de donde sale para recorrer los campos. Muchos niños creen que es Dios quien hace el relámpago, encendiendo el gas ó frotando muchas cajas de cerillas, y que la lluvia viene de una fuente ó es lanzada

desde el cielo á la tierra por medio de regaderas. Para una niña de cuatro años, la nieve eran migajitas de pan y de azúcar en polvo caídas del cielo; un bebé que veía la espuma del mar por primera vez, decía que era el buen Dios que hacía espumar el jabón; y otro, de seis años, sostenía que las montañas eran de ladrillos y podían construirse fácilmente.

El misterio de la generación es de los que más ocupan el cerebro de los niños; muchos se forjan las más extrañas hipótesis, aunque la generalidad se contentan con creer que los recién nacidos se encuentran en los jardines, entre las flores y las coles. Otra sensación infantil es la incertidumbre del niño sobre su sexo. Un niño de cinco años aseguraba que antes había sido niña, cuando llevaba faldas. La idea de hacerse grandes les preocupa mucho: un niño creía que para crecer había que añadir materialmente al cuerpo un poco de cuello, un poco de piernas y un poco de brazos. Lo más curioso es que creen que los demás se harán pequeños cuando ellos sean grandes.

Los niños no tienen de los fenómenos fisiológicos, y sobre todo de la muerte, más que un concepto vago; no conciben la eternidad de la muerte, y se preguntan, como Jorge Sand, si no acabaría su padre de morir; ó como el niño que decía á su madre, al saber la muerte de una amiga: «¿Estará todavía muerta cuando volvamos á Londres?» Una niña creía haber descubierto el medio de no estar nunca enferma: «no hay que meterse nunca en la cama, decía muy formalmente, porque en la cama es donde vienen todas las enfermedades». Un niño creía que las vacas blancas dan la leche y las negras el café. Otro creía que el corazón es un reloj que se tiene en el vientre. Un niño de cinco años sostenía que el sueño viene por los pelitos de los párpados, y sabida es la creencia infantil de que cerrando los ojos no es uno visto por nadie.

Los niños creen vivos á todos los seres, sin distinguir entre los animados y los inanimados. Una niña quería acariciar la cabeza de una locomotora y darla bizcochos; otra creía que

su aro estaba vivo y que la comprendía yendo donde ella quería, y conocido es el modo con que las niñas suelen hablar á sus muñecas como si fueran pequeños bebés.

El niño es curioso: observa y quiere explicarse todo lo que ve y oye; incapaz de toda explicación complicada, busca la más sencilla y á ella se atiende. De ahí esas interpretaciones infantiles de los hechos más corrientes y de los fenómenos más grandiosos, y de ahí la idea de un Dios de carne y hueso, sujeto á todas las miserias humanas. En cuanto á la atribución de la vida á los seres inanimados, cree Paula Lombroso que es debida al espíritu de fraternidad y de expansión del niño, que le hace creer semejantes á él todas las cosas.

## ENCICLOPEDIA

PENSAMIENTOS DE TOLSTOI.—La vida no es verdaderamente vida—dice en el *Diario íntimo*—sino desde el momento en que aparece la conciencia. Ahora bien: la conciencia existe siempre; nos parece que se oculta únicamente cuando la vemos manifestarse en los demás seres vivos; pero cuando la buscamos en nosotros sabemos que es permanente, que no empieza ni acaba.

El hombre concibe al principio la vida como material, y moviéndose en el espacio y en el tiempo, y ve la detención de su vida en la detención del movimiento de esa materia limitada. La observación del movimiento en los otros seres, en el tiempo y en el espacio, nos mantiene en esta creencia. Esta observación nos hace creer que nuestra vida se mueve en el tiempo, aunque interiormente no sintamos nada este movimiento continuo; al contrario, tenemos el sentimiento de poseer una conciencia permanente, siempre la misma, y que solamente parece velarse por intervalos para la observación exterior, de sueño, de locura, de pasión.

El hombre es un sér espiritual que está encerrado en límites materiales.

El concepto de una vida material y de una existencia efímera del hombre es un error del pensamiento: es tomar la parte por el todo, el efecto por la causa, como si se atribuyera la fuerza de impulsión á las oleadas que empujan la rueda de un molino, y no al movimiento de toda la corriente.

La fuerza de los Gobiernos es debida á que su autoridad se mantiene gracias á una doctrina embustera, que enseña que el poder es necesario; á su vez el poder no deja circular más que esta doctrina, y hace callar todo lo que pueda denunciarla.

Por engañada ó por seducida que esté por el atractivo de las recompensas y de los honores, la fuerza armada no se da menos cuenta de que está hoy compuesta de la misma clase de hombres que los que está llamada á oprimir ó á incitar á malas acciones; por eso la autoridad de los Gobiernos no se apoya, como en otros tiempos, en la fuerza, sino solamente en la mentira.

Los hombres, no sólo parecen prestarse con la conciencia tranquila á todas las exigencias gubernamentales, sino que se hacen además, por su voluntad, agentes de policía, jueces de instrucción, procuradores, soldados, generales, ministros y reyes, y siempre con gusto, ó por lo menos con exterior sangre fría, arrebatan á los pobres su última vaca para pagar la contribución, esa contribución que se impone para pagar el lujo y el asesinato; ó bien encarcelan, guillotinan, inventan nuevos medios de asesinato ó se preparan para ello, y se jactan, en fin, de poseer, en medio de la miseria de los demás, bienes y tierras arrebatados á los miserables.

Los hombres que se tienen por cultos—los que deberían por medio del ejemplo mostrar cómo un sér racional condena la violencia—no hacen en realidad más que discutir y predicar la libertad y la dignidad humanas. Esa charlatanería, por lo demás, no dura mucho: todas las hermosas frases de esos bellos espíritus cesan en cuanto se les silba para que monten

en los arneses; inmediatamente se pára su elocuencia sobre la libertad; endosan la librea, se proveen de un fusil ó de un sable, y á las órdenes de un sargento se ponen á correr, á saltar, á dar vueltas, á gritar ¡hurra! y á matar por orden, si es preciso, á su propio padre. Así esos hombres, que deberían tratar de armonizar su conciencia con sus actos, no piensan más que en hacer callar, en obscurecer esa conciencia.

El hombre cuya conciencia no se ha despertado todavía, cree que el Gobierno es una institución sagrada, una especie de órgano esencial de un cuerpo vivo, la condición absoluta de toda sociedad. El hombre cuya conciencia está despierta, sabe que el Gobierno está compuesto de hombres que se equivocan, que se atribuyen una importancia ilusoria y sin justificación racional, y que por procedimientos violentos hacen ejecutar sus deseos. El hombre que tiene plena conciencia de las cosas sabe que todas las asambleas, senados, sínodos, etc., como todos los tribunales y autoridades administrativas, comprenden en general seres extraviados ó corrompidos que cometen violencias absolutamente lo mismo que salteadores de caminos.

La institución que se llama Estado no podría existir para quien sepa pensar por sí mismo. Las violencias cometidas por el Estado desaparecerán, no gracias á medios exteriores, sino únicamente por el despertar de la conciencia de cada uno de nosotros.

No comprendéis lo que quiere decir la palabra *Dios*, y os irritáis de oírla pronunciar; os decís: «ya es hora de que la humanidad deje de hablar de un Dios que nadie comprende». Es muy natural que os irritéis por el empleo de una palabra cuyo sentido no comprendéis. Lo extraño es pretender que nadie concibe la idea de Dios porque vosotros no la concibáis. Al contrario: el hecho de que toda la humanidad haya empleado siempre esta palabra porque sentía la necesidad de la idea que evocaba, ese solo hecho debería incitaros á pensar que esa incomprensión de lo que todo el mundo comprende es



culpa vuestra y no de la humanidad; y en lugar de aconsejar á la humanidad que no evoque el nombre de Dios, deberíais esforzaros en buscar el sentido de esta idea.

Desde el momento en que estoy convencido de que la vida reside en ese principio inmaterial que está en mí, que es mi verdadero *yo*, no puedo ya creer en que ese *yo* se aniquile, porque está fuera del tiempo y del espacio. La idea de la muerte no es más que un error, que nace de la falsa idea de que el verdadero *yo* del hombre es su envoltura corporal.

## POLÍTICA PEDAGÓGICA

EL ANALFABETISMO Y EL EJÉRCITO.—Las estrepitosas victorias prusianas de Sadowa, Metz y Sedán, atribuidas al maestro de escuela, lanzaron al ejército italiano en las vías de las más radicales reformas, empezando por declarar guerra sin tregua al analfabetismo, según dice A. Olivieri Sangiacomo en *L'Italia Moderna*. Cada compañía se convirtió en una escuela, cada soldado tuvo su carpeta, su cuaderno y su pluma, y cada dormitorio tuvo su mapa y su tabla mural. Los mismos que enseñaban el manejo del arma enseñaban el *a b c*, y los oficiales alternaban sus explicaciones del Reglamento y del Código con lecciones de Geografía y narraciones históricas. Se acabaron los ocios de cuartel, y si de algo se pecó fué de exageración en el trabajo. Cuando se hizo el reclutamiento de 1870, el 46,59 por 100 de los reclutas no sabían leer ni escribir; cuando se les licenció, sólo había el 9,88 por 100 de analfabetos.

Pero...

*Cosa bella e mortale passa e non dura;*

y la reacción no tardó en presentarse con la ley de 15 de Julio de 1877. Tácitamente al principio, y abiertamente después, la escuela elemental desapareció del cuartel, los exámenes de idoneidad alfabética de los licenciados se suprimieron, y así fué

poco á poco decayendo la instrucción elemental en el ejército. «El ejército debe recibir al ciudadano ya instruído en leer y escribir», decía el general Marselli en la época de los sueños megalómanos que produjeron la ruptura de relaciones comerciales con Francia, el aumento de dos cuerpos de ejército, las aventuras de Abisinia y la semibancarota del Estado. La abolición de las escuelas elementales de los regimientos fué el golpe de gracia dado á la cultura nacional.

El fracaso de la instrucción obligatoria en Italia es evidente. La Capitanata, por ejemplo, gasta millón y medio de liras al año, á costa de enormes sacrificios, para atender á la instrucción primaria, sin que por eso disminuya el número de analfabetos; de cada 100 reclutas, hay 61 analfabetos; de cada 100 novios, 68 no saben firmar el acta nupcial (1).

(1) Véase, para hacer *pendant* á este cuadro del analfabetismo en Italia, el artículo que he publicado en *El Globo* sobre el analfabetismo en España:

EL ANALFABETISMO EN ESPAÑA.—Nada prueba mejor la absoluta necesidad de atender con exquisito celo á la cultura nacional, mejorando los medios de instrucción, que el crecido número de analfabetos existentes en España.

Según las últimas estadísticas dadas á conocer por el Instituto Geográfico y Estadístico, la proporción de analfabetos en los años de 1860, 1877, 1887 y 1900 ha sido la siguiente:

|            |       |                         |
|------------|-------|-------------------------|
| 1860 ..... | 75,52 | por 100 de analfabetos. |
| 1877 ..... | 72,01 | — —                     |
| 1887 ..... | 68,01 | — —                     |
| 1900 ..... | 63,78 | — —                     |

Llegar al siglo xx con un contingente de 64 personas de cada 100 que no saben leer ni escribir, es realmente bochornoso. Ciertamente es que, mirando hacia atrás, podemos consolarnos con saber que todavía hemos estado peor. Algo, en efecto, hemos ganado; pero este algo es tan pequeño, que viene á concretarse en esta conclusión: en cuarenta años hemos conseguido reducir en un 12 por 100 el número de los analfabetos de España. Es, ciertamente, bien poco.

Pero meditando sobre las cifras oficiales anteriores, ocurre preguntar: ¿Es posible que de cada cien españoles sólo sepan leer y escribir 36? Y si no saben leer y escribir más que 36 de cada ciento, ¿son culpables de su

La ley habrá quizá ayudado á los capitales y á los grandes centros manufactureros, pero no podía ayudar del mismo modo á los pequeños pueblos, á las aldeas, á los habitantes diseminados por el campo. Aplicando el legislador á todos el mismo criterio, no pensó que las numerosas familias dedicadas á la agricultura y al pastoreo deben, en ciertos períodos del año, conducir á sus hijos á los campos, á las viñas, á los pastos de la montaña, ni se fijó «en que en los campos los niños empie-

---

ignorancia los otros 64? ¿Por qué esos 64 españoles de cada 100 no saben leer ni escribir? ¿Porque no quieren, ó porque no pueden?

Porque hay que distinguir entre analfabetos y analfabetos: el recién nacido es un analfabeto, y el hombre que al hacer una escritura de compraventa no puede firmar porque no sabe, es otro analfabeto; pero el primer analfabeto lo es necesariamente y no puede ser otra cosa, y el segundo lo es por culpa suya, ó de sus padres, ó del Ayuntamiento, ó del Estado. El primer tipo de analfabetos es común á todas las naciones, y el segundo, aunque existe también en todas, existe en proporciones diversas, que son las que sirven para medir el nivel de la cultura general de cada nación. Los unos son analfabetos *per se*, y los otros analfabetos *per accidens*; y para emplear un término más sugestivo, podemos llamar á los primeros *analfabetos inocentes*, y á los segundos *analfabetos culpables*.

Al estudiar el analfabetismo de una nación debe prescindirse siempre de los analfabetos inocentes; y considerando que hasta los seis años no hay realmente motivo para culpar á nadie de ignorancia, puede y debe partirse de la edad de seis años para fijar el número de analfabetos culpables, de verdaderos analfabetos de la nación. Verdad es que al hacer esa eliminación se incluye entre los analfabetos multitud de niños (los que asisten á las escuelas de párvulos) que saben leer y escribir y que podían aumentar el contingente de la población culta; pero sobre que eso es la excepción, por no existir escuelas de párvulos más que en centros populosos, nada importa hacer esa concesión (que halla su compensación en la cifra que se rebaja de los analfabetos) para llegar á la determinación exacta de los verdaderos analfabetos.

No debe, pues, decirse que en España hay, en números redondos, 64 personas por cada 100 que no saben leer ni escribir, sino 49 personas por cada 100 que, estando en edad de poder saber leer y escribir, ni leen ni escriben porque no saben. El estudio de los censos de población anteriores al de 1900—pues el de 1900 no contiene todavía la clasificación de la población por edades—nos permite, en efecto, fijar en un 14,50 por 100 el número de habitantes menores de seis años, y á este promedio debemos atenernos, como el más aproximado á la verdad, para afirmar que el nú-

zan desde la más tierna edad á ayudar á la familia en sus labores». ¿A qué, pues, imponer una obligación y amenazar con penas á quien no la cumpla, si no han de poder cumplirla los que tienen que vivir con el trabajo de sus propios brazos? Aun prescindiendo de que muchas familias pobres alquilan sus hijos á los dueños de tierras por un salario convenido, es que no hay en las casas ni en las chozas de los habitantes del Mediodía ni un solo músculo que no tenga que contraerse ó distenderse en provecho de la casa: custodiar las cabras, guardar las ovejas, recoger leña, vender caza, extirpar las malas hierbas,

mero de analfabetos culpables es el de 49 por 100. Aplicando esta reducción á los datos conocidos de España, tendremos el siguiente número, por provincias y de menor á mayor, de analfabetos culpables (culpa suya, de sus familias, de los Municipios ó del Estado, que eso ya se ventilará en otra ocasión):

| Número de orden. | PROVINCIAS       | Habitantes. | Analfabetos por 100. |
|------------------|------------------|-------------|----------------------|
| 1                | Álava .....      | 96.386      | 19,79                |
| 2                | Madrid .....     | 775.034     | 22,25                |
| 3                | Palencia.....    | 192.473     | 25,95                |
| 4                | Santander .....  | 276.003     | 26,04                |
| 5                | Burgos.....      | 338.828     | 26,32                |
| 6                | Segovia.....     | 159.243     | 28,18                |
| 7                | Navarra .....    | 307.669     | 30,10                |
| 8                | Guipúzcoa.....   | 195.850     | 31,75                |
| 9                | Vizcaya.....     | 311.361     | 32,25                |
| 10               | Soria .....      | 150.462     | 32,42                |
| 11               | Valladolid.....  | 278.561     | 33,37                |
| 12               | Salamanca.....   | 320.765     | 36,43                |
| 13               | Logroño.....     | 189.376     | 36,57                |
| 14               | Zamora.....      | 275.545     | 36,91                |
| 15               | León .....       | 386.083     | 38,16                |
| 16               | Oviedo.....      | 627.069     | 39,48                |
| 17               | Barcelona.....   | 1 054 541   | 39,68                |
| 18               | Guadalajara..... | 200.186     | 42,50                |
| 19               | Avila .....      | 200.457     | 42,91                |
| 20               | Gerona.....      | 299.287     | 44,61                |
| 21               | Huesca .....     | 244.867     | 47,30                |
| 22               | Huelva .....     | 260.880     | 50,05                |
| 23               | Lérida .....     | 274.590     | 50,19                |
| 24               | Sevilla.....     | 555.256     | 50,43                |
| 25               | Zaragoza .....   | 421.843     | 51,17                |

8383615

rastrillar los sembrados, recoger habas, espigar, atender á las faenas de la trilla, de la vendimia, de la recolección de las aceitunas, etc., por 25, 30 ó 40 céntimos diarios; renunciar á este ingreso es desequilibrar el presupuesto de la casa. Y los niños no van á la escuela. Y así, mientras los cuartos se gastan, las escuelas están desiertas y el pueblo de los campos crece en medio de la más crasa ignorancia, sin ternezas de sociólogos y sin afectos de filántropos, sin oír más que las palabras del cura que le parafrasea los domingos el Evangelio prometiéndole el reino de los cielos, ó las predicaciones del

| Número de orden. | PROVINCIAS       | Habitantes. | Analfabetos por 100. |
|------------------|------------------|-------------|----------------------|
| 26               | Cádiz.....       | 452.659     | 51,90                |
| 27               | Tarragona.....   | 337.964     | 52,14                |
| 28               | Cáceres.....     | 362.164     | 53,47                |
| 29               | Lugo.....        | 465.386     | 54,31                |
| 30               | Pontevedra.....  | 457.262     | 54,44                |
| 31               | Teruel.....      | 246.001     | 54,78                |
| 32               | Toledo.....      | 376.814     | 55,69                |
| 33               | Orense.....      | 404.311     | 55,78                |
| 34               | Cuenca.....      | 249.696     | 55,96                |
| 35               | Coruña.....      | 653.556     | 56,50                |
| 36               | Valencia.....    | 806.556     | 57,66                |
| 37               | Córdoba.....     | 455.859     | 60,29                |
| 38               | Ciudad Real..... | 321.580     | 60,42                |
| 39               | Canarias.....    | 358.564     | 60,70                |
| 40               | Badajoz.....     | 520.246     | 60,77                |
| 41               | Alicante.....    | 470.149     | 61,22                |
| 42               | Baleares.....    | 311.649     | 62,53                |
| 43               | Murcia.....      | 577.987     | 62,91                |
| 44               | Castellón.....   | 310.828     | 63,04                |
| 45               | Albacete.....    | 237.877     | 63,12                |
| 46               | Málaga.....      | 511.989     | 63,56                |
| 47               | Almería.....     | 359.013     | 64,27                |
| 48               | Granada.....     | 492.460     | 65,62                |
| 49               | Jaén.....        | 474.490     | 65,79                |

Echando una ojeada al cuadro anterior, se ve que hay 21 provincias que dan una proporción de analfabetos inferior al promedio de 49 por 100, y 28 provincias cuyo número de analfabetos excede al promedio indicado. Entre las 21 provincias de mayor cultura elemental se hallan las Provincias Vascongadas, Navarra y Asturias, con los antiguos reinos de León

presidente de la liga prometiéndole el reino de las tierras... ajenas.

Hay que volver atrás en la marcha emprendida. Hay que volver á convertir los cuarteles en escuelas, sin que los oficiales desdeñen alternar el manejo del sable de mando con la férula del maestro. La escuela elemental tiene la ventaja de poderse establecer dondequiera y en todo momento, llenando todos los vacíos de la ociosidad. No emplear algunas horas de los ocios desmoralizadores del cuartel en enseñar á los soldados á leer y á escribir es un delito de lesa patria, haciendo improductivos los millones que el ejército cuesta al país. Por el servicio militar pasan todos los ciudadanos útiles, y ya que llegan de analfabetos, que salgan siquiera del servicio con la instrucción elemental. Cuando el ejército, creado para la guerra, no se utiliza en guerrear ni funciona afortunadamente como tal instrumento de guerra, debe dar á sus funciones una dirección que le permita prestar al país útiles servicios en el seno de la misma paz. Vuelva el ejército á ser la verdadera *escuela de la nación*, y realizará una labor eminentemente patriótica, no sólo contribuyendo á la difusión de la cultura, sino afirmando en los ciudadanos el sentimiento, harto más

---

y Castilla la Vieja, y parte de los de Castilla la Nueva, Aragón y Cataluña; entre las 28 provincias de menor cultura aparece el resto de la Península, figurando en el último tercio de la escala toda la rica zona valenciana y murciana, con las extensas regiones andaluzas, cuyo atraso alcanza al máximum, pues llega á más del 65 por 100 en Granada y Jaén.

El Norte todo, con excepción de Galicia y de Gerona, marcha á la cabeza de la nación por su relativamente floreciente estado, como si el eslabón de la cordillera Pirenaica que nos enlaza con Europa tirara de la Península para engarzarla entre los países civilizados; y el Sur entero, sin excepción alguna, aparece á la zaga del país, como para enlazarse en su cultura con los países de allende el Estrecho.

No puede ahondarse, en un solo artículo de periódico, en el complejísimo problema del analfabetismo. Baste por hoy haberlo enunciado, planteándolo en sus verdaderos términos, y quede para otra ocasión el estudio de sus causas y de sus remedios.

FERNANDO ARAUJO

oscuro de lo que parece, de la patria, y formando de ese modo la conciencia nacional.

## OCULTISMO

LA MAGIA EN LA INDIA ANTIGUA. — Con motivo de la publicación de un interesante libro publicado con el título que sirve de epígrafe á este artículo, por Víctor Henry, hace Emilio Faguet en *La Revue*, de París, una exposición crítica de la materia, que estimamos digna de ser recogida en estas páginas.

La magia india antigua, como todas las magias, es una medicina, una adivinación, una buenaventura y un exorcismo. Es, en efecto, una *medicina*, pues cura todas las enfermedades, ya que la medicina es, ante todo, una sugestión, y debe las tres cuartas partes de sus efectos á la influencia moral. En medicina se trata principalmente de ser ingenioso y de hacer creer que el remedio es bueno. ¿Qué más ingenioso que la magia? Para curar la fiebre se hace enrojecer un hacha, se apaga en agua y se salpica al calenturiento con este agua; con unos cuantos versos en apoyo de que lo que apaga el fuego apaga la fiebre, es difícil que el enfermo no se sienta aliviado.

La magia es una *adivinación*. Se observa el vuelo de los pájaros antes de entablar una batalla, lo que quiere decir que el hombre, en caso de indecisión, echa á la suerte para salir del apuro fiándose de los que mandan en la naturaleza; así, si sale bien ha acertado, y si sale mal no tiene que echarse la culpa de su resolución. La magia india tiene un sistema completo de adivinación: así, para saber si una joven se debe casar con su pretendiente, se recita un himno sobre una cazuela llena de agua, y se ruega á la joven que haga saltar una poca con su mano; la joven golpea el agua, y si salta hacia Oriente es buen presagio; otras veces se recita el mismo himno ante varios terrones procedentes de diversos sitios, y se invita á la joven á que señale uno: si elige tierra del cementerio, es señal de que morirá joven; si el terrón elegido procede de un hormi-

guero ó de tierra de césped, puede casarse con toda confianza; pero si señala el terrón procedente de una encrucijada, es seguro que su fidelidad será intermitente. Y así de las demás consultas, que no dejan de ser ingeniosas.

La magia es una *buenaventura*, en el sentido preciso de la palabra. No sólo anuncia el éxito, sino que lo crea. En la magia india antigua hay encantos para producir todas las buenas venturas deseables, para hacerse rico, para hacerse amar, para vencer, para librarse de los celos, etc. Para hacerse amar hay que cantar una canción en torno del símbolo del sér amado, que dice así: «Como la liana se abraza al árbol, así, ¡oh mujer!, yo me abrazo á ti para que me ames y no te separes de mí; como el águila al emprender su vuelo oprime con sus alas el suelo, así, ¡oh mujer!, yo oprimo tu corazón para que me ames y no te apartes de mí; como el sol da todos los días vuelta á la tierra, así, ¡oh mujer!, yo doy vueltas en torno de tu corazón, para que me ames y no te alejes de mí».

La magia, en fin, es un *exorcismo*: formula imprecaciones, paraliza los malos propósitos y las malas voluntades de los espíritus malignos, que son innumerables. El gran dios malo es Nirrti, la noche, las tinieblas. El que quiere hacer un *Nairrta* ó un exorcismo contra la noche, se va, cubierto de un vestido negro, el primer día de luna llena, al ponerse el sol, á orillas de un río ó arroyuelo, donde se halla preparada de antemano una balsa de cañas trenzadas calafateadas de barro; allí encima se hace fuego, se atiza, se le sostiene con libaciones de manteca, y en él se cuece el pastel sagrado, que se come religiosamente; luego se arroja el vestido negro que se ha impregnado de Nirrti, se entierra la balsa, se cambia de traje, poniéndose uno nuevo con calzado nuevo ritual, y se regresa á casa sin volver la cabeza.

Víctor Henry no sólo es un filólogo y un historiador concienzudo, sino que es un filósofo que sabe explicar, y que explica, las cosas, mostrándonos que la magia es una lógica, aunque lógica errónea. La magia, por otra parte, es medio



ciencia, medio religión. Es religión en cuanto se relaciona con los poderes misteriosos é invisibles que hay que aplacar ó combatir. Se mezcla, se ha mezclado y se mezclará siempre con todas las religiones, aunque éstas la rechacen, como se mezcla, se ha mezclado y se mezclará con la ciencia, aunque ésta la repugne con horror, irrisión y desprecio. Entre Ciencia, Religión y Magia hay relaciones múltiples, que si alguna vez se borran no tardan en reaparecer. Al principio está el mito, de donde salen la religión y la ciencia lo mismo que la magia.

El mito—dice Henry—es la proyección del Universo en el tiempo de tres períodos, y en el espacio de tres dimensiones; la religión es la proyección del Universo en los planos de la moralidad y de la casualidad; del mito saca la magia sus datos inmediatos; á la religión debe la magia el completo del *más allá*, que no la permite descansar, lanzándola en las vías de la investigación infinita, de donde va desprendiéndose la ciencia.

## ESTÉTICA

LAS IDEAS LITERARIAS DE NIETZSCHE.—Nietzsche, dice Emilio Faguet en *La Renaissance Latine*, es ante todo un clásico, un apoliniano y un dionisiaco, un neogriego, un helenista que quisiera ser heleno. De ahí su pasión por Wagner, y luego su cólera, cuando se convenció de que el drama wagneriano, en lugar de ser la resurrección de la tragedia griega, no era más que la flor de otoño, enfermiza y malsana, del romanticismo.

El artista es para Nietzsche un «enfermo» de sobreexcitación, cuyos estados fisiológicos, que le convierten en otra persona, son: 1.º *La embriaguez*: el aumento del sentimiento de su poder y la necesidad interior de hacer de las cosas un reflejo de su plenitud y de su propia perfección. 2.º *La extrema acuidad* de ciertos sentidos, la necesidad de desembarazarse en cierto modo de sí mismo, un verdadero estado explosivo. 3.º *La*

*imitación forzada*: una extrema inestabilidad que impulsa de un modo contagioso á comunicar determinada imagen, que nace interiormente, poniendo los miembros en movimiento con cierta suspensión de la voluntad, y ceguera y sordera de todo lo que pasa en el exterior.

Este estado especial de fiebre es el que distingue al artista del profano, al creador del receptivo; cada uno de estos estados tiene su óptica, contraria una de otra; exigir de un artista que se ejercite en la óptica del espectador, es exigirle que empobrezca su potencia creadora. Nuestra estética ha sido hasta aquí estética de mujeres, en el sentido de que sólo los receptivos son los que han formulado reglas, fruto de su experiencia sobre lo que es bello. El artista es impersonal en el sentido de que su personalidad voluntaria no entra ni debe entrar en su obra porque «el autor debe callarse cuando su obra se pone á hablar», y es personal en el sentido de la intervención de su personalidad sensible, de su temperamento en su obra.

El artista así dotado es uno y simple; los géneros mixtos en las artes revelan la desconfianza del artista en sus fuerzas, así como el estilo recargado es signo de debilidad en un autor, en una escuela, en una época ó en una civilización. No por eso hay que entender que el arte clásico sea siempre el mismo y que no haya más que un arte clásico: hay por lo menos dos genios opuestos, dos grandes especies de arte clásico: «el de la gran tranquilidad»—Virgilio y Goethe—y el del gran movimiento—Homero y Shakspeare,—y más allá de uno y otro están el «arte hastiado, ávido de reposo» y el «arte agitado», á los que se ligan, respectivamente, el romanticismo alemán y el francés. Es innegable que la cultura alemana ha engañado á los europeos; es un idealismo suave, bonachón, con reflejos argentados, y este brillo mate, este enigmático resplandor de vía láctea, es el que hacía decir á los extranjeros: «Ahí hay algo lejano que no vemos ni oímos ni entendemos bien, pero quizá sean astros; hay que acercarse á los alemanes, por si acaso»; y se acercaron á ellos, cuando precisamente los alemanes

empezaban á despojarse de aquel resplandor, que no era propio de los astros, sino de las nubes en que se envolvían.

Las dos especies, clásica y romántica, de artistas, llevan en sí una visión del porvenir; pero una hace brotar esta visión de la fuerza, y la otra de la debilidad de su tiempo. El arte *fuerte* es ante todo realista evidentemente. ¡Nada más que la realidad, pero no toda la realidad, sino más bien la realidad escogida! El arte fuerte es flexible, sin embargo, y la señal de esta flexibilidad está en lo que se ha llamado las gracias del descuido, descuido que no debe ser afectado, sino producto natural del movimiento de un sér que no pone en el acto que ejecuta toda la fuerza que tiene.

Una cuestión personal, particular, de los filósofos, y de Nietzsche especialmente, es la de saber hasta qué punto deben ser claros. Nietzsche adora la claridad; pero, como él dice, «cuando se escribe se quiere ser comprendido y no comprendido»; al escribir, todo espíritu distinguido escoge su auditorio y defiende la entrada á los demás. Nietzsche pertenece á una raza fina, irónica, humorística; es apasionado de la fuerza, pero aborrece la brutalidad, y le horroriza la vulgaridad y la violencia de ciertas frases del arte contemporáneo.

Nietzsche cree que el teatro tiene su tiempo; cuando el pueblo necesita que se le representen materialmente sus héroes y sus leyendas, es porque no tiene ya el pleno vigor de su imaginación, cuando creaba la epopeya. En cuanto á la moralidad ó amoralidad del teatro, Nietzsche está convencido de que los grandes dramaturgos no se cuidan de eso ni piensan más que en pintar la vida; el pueblo ó el público burgués es el que trata de esos fines del teatro. El teatro no hace detestar las faltas que representa; las hace amar por los que están inclinados á cometerlas, y no las hace aborrecer sino á los que ya las aborrecen. El teatro moraliza á los que aburre. ¿Creéis que Tristán é Isolda atestiguan contra el adulterio por el hecho de que el adulterio les hace perecer á los dos?

Las ideas literarias y artísticas de Nietzsche no están liga-

das entre sí, ni forman sistema ó teoría general; pero son muy originales, muy penetrantes, como suelen ser casi todas sus ideas, y se refieren todas á la concepción de un arte sano, viril, fuerte y noble; desprecian la sensiblería y la trivialidad, todas las formas del arte popular ó burgués, y elevan el espíritu hacia la visión de un arte hecho *por* una especie superior y *para* una especie superior.

### IMPRESIONES Y NOTAS

¿ES UN VENENO LA SAL?—Las sales contenidas en los alimentos representan importante papel en el sostenimiento de nuestro organismo. Si se toman dos perros, por ejemplo, de la misma edad y del mismo peso, y se les somete, al uno á un régimen alimenticio abundante, pero sin sal, y al otro al ayuno absoluto, se observa que el perro privado de alimento vive diez ó quince días más que el privado solamente de sal. Este experimento, repetido miles de veces con idéntico resultado, ha despertado naturalmente la curiosidad de los sabios. ¿Por qué esa muerte precoz? Porque los alimentos privados de sal, no sólo son impropios para la vida, sino que son nocivos.

¿Cuál es el valor exacto del cloruro de sodio ó sal de cocina en la alimentación? Rosenthal da á un perro alimentos abundantes, pero sin sal, y al cabo de unos días comprueba que el perro tiene albuminuria, y que ésta desaparece en cuanto el animal toma sal. Wundt ha hecho la prueba en sí mismo, y al tercer día se le presentó la albuminuria, que hizo desaparecer volviendo al régimen ordinario. Es evidente, por lo tanto, que la sal es necesaria al organismo animal, pero no por eso ha de creerse que cuanto más sal se tome, mejor se estará; pues tomando la sal en grandes cantidades, se presenta también la albuminuria y los riñones ofrecen manifiestas lesiones de nefritis.

Para estudiar hasta dónde llega la acción de la sal, nada

más notable que el caso clínico del Dr. Widal: el enfermo que acudió á su sala tenía los párpados tumefactos, la cara verdosa, las piernas hinchadas, y apenas podía respirar porque sus pulmones estaban infiltrados de serosidad y comprimidos por el líquido de la pleura; Widal acudió al régimen lácteo de cuatro litros diarios de leche, y á los ocho días el enfermo estaba deshinchado y casi curado; entonces, Widal, sin alterar el régimen, añadió á la leche 10 gramos de sal diarios; á las veinticuatro horas la albuminuria reapareció como al principio. Entonces el doctor hizo un experimento: prescindió de la leche y dió á su enfermo carne, pan y patatas, privadas de sal, y la albuminuria desapareció mejor todavía que con la leche, pues ésta dejaba cerca de 4 gramos de albúmina en la orina, y la carne sólo dejó 70 centigramos. El éxito maravilloso de este ensayo produciría una revolución en el tratamiento de los diabéticos, pues la base de este tratamiento es ahora la *dechloruración* alimenticia. Achard y Paiseau lo han aplicado á un enfermo que, á consecuencia de una cirrosis del hígado, tenía en el peritoneo 8 litros de líquido, y con el régimen *desalado* el líquido ha desaparecido en ocho días.

¿Qué consecuencia sacar de todo esto? ¿Debe admitirse, con Widal, que la sal obra sobre el riñón como un tóxico, ó aceptar, con Achard, que la sal irrita el riñón mecánicamente? Ambas hipótesis se han sostenido, pero ninguna es exacta. Los experimentos de Castaigne y de Rathery prueban que el riñón—el organismo—necesita cierta cantidad de sal para mantenerse normal; si en los alimentos hay más ó hay menos sal de la necesaria, las células del riñón padecen; si hay exceso de sal, se achican y se reducen al estado de membranas inertes; si hay falta de sal, se hinchan y estallan. En ambos casos la manifestación más aparente del estado anormal del riñón es la albuminuria. Hay, pues, que tomar sal, pero no debe tomarse más que la necesaria.

\*  
\* \*

LA ELECTRICIDAD, CLAVE DEL PROBLEMA DE LA MATERIA.— Oliverio Lodge ha hecho conocer en el *Hilbert Journal* sus opiniones sobre la materia, que se resumen en una teoría tan original como digna de ser estudiada con madurez.

Nada de asociaciones de moléculas ni de átomos; el atomismo es una hipótesis que ha podido servir cuando la ciencia no había hecho ciertas investigaciones, pero que hoy carece de valor científico. No hay en el universo más que una sola sustancia, la electricidad, ni la materia es otra cosa que una acumulación de electrones. Los electrones, al combinarse de infinitos modos y en cantidades variables, son los que producen los llamados átomos de los elementos químicos, átomos que, lejos de ser indivisibles, como indica su nombre, contienen multitud de electrones, unos positivos y otros negativos; un átomo de hidrógeno, por ejemplo, tiene 350 electrones positivos y otros tantos negativos, y un átomo de radio, que es el más pesado de todos los conocidos, encierra 160.000 electrones. El universo es así, para Lodge, un sistema de luz organizada.

\*  
\* \*

LA ELECTRICIDAD Y LA LANGOSTA.—Las aplicaciones de la electricidad son inagotables. Tras la electricidad que nos alumbra, que nos calienta, que nos transporta y que nos cura, he aquí ahora la electricidad que nos libra de la langosta, la electricidad insecticida.

El Dr. Hugo Helberger, de Munich, ha descubierto, según parece, un excelente procedimiento de exterminio de la langosta. Clavando en tierra una barra de cobre de un centímetro de grueso, la pone en contacto con uno de los polos de un conductor eléctrico de 110 voltios, y en el acto ve brotar del suelo legiones de gusanos y de insectos de todas clases que corren asustados como si quisieran librarse de algún enemigo invisible; todos esos insectos perecen en cuanto entran en el

radio de acción de la electricidad, y claro es que aplicado el sistema á la langosta, sus resultados serían maravillosos.

\*  
\* \*

UNA REPÚBLICA EUROPEA CASI IGNORADA.—No se trata de la república de San Marino, ni de la república de Andorra, dos estados liliputienses europeos, sino de la república de Moresnet, territorio neutral entre Alemania, Holanda y Bélgica.

En 1815, á la caída del imperio napoleónico, Moresnet no tenía más que 200 habitantes. Hoy cuenta con 3.000, y á juzgar por las noticias que Hurrelbrinck publica en *Elseviers*, de Amsterdam, su prosperidad es envidiable. Posee ricas minas de zinc con quince altos hornos para su explotación, y fabrica además 700.000 litros de ginebra en sus destilerías de alcohol, de los que destina á la exportación 675.000, pues tiene bastante con 25.000 litros para el consumo interior.

\*  
\* \*

LA PAZ Y EL DESARME POR LAS MUJERES.—En *L'Européen* tropezamos con la siguiente carta de la Sra. Mac Kenty, vicepresidente de la asociación «La paz y el desarme por las mujeres».

Señor: Me dirijo á vuestra cortesía para pedirlos la inserción de esta carta en vuestro importante periódico. Colocado bajo la alta dirección de un gran hombre como Bjørnstjerne Bjørnson, vive en la fuente misma de la idea de Paz, y es lo que me alienta para pensar que será acogida con benevolencia.

Pascal ha llamado á la opinión «la reina del mundo». Sólo, en efecto, una incesante propaganda puede fijar la victoria definitiva de un ideal de justicia y de humanidad.

En nuestra época de evolución infinita, la obra de pacificación ha realizado las más admirables conquistas, y el ideal de

la paz afirma cada vez más los intereses de la humanidad. Cuando el Congreso de la Haya, el proyectado arbitraje se parecía al vuelo de una quimera lejana; pero la quimera se ha precisado acercándose velozmente á la tierra. Si los señores Federico Passy d'Estournelles, de Constant y otros muchos hombres eminentes han consagrado todas sus fuerzas vivas á la obra pacífica, conviene rendir cordial homenaje á la señora de Flammarión, presidenta fundadora de la asociación «La paz y el desarme por las mujeres», vicepresidenta del último Congreso del Havre.

De la familia de Víctor Hugo, ha unido su vida al maestro cuyo nombre recuerda todos los esplendores del cielo; pero ha continuado sencillísima y dulce, como la mujer que ama y quiere irradiar bondad en la vida de los suyos. Ha guardado preciosamente en el fondo de su alma no sé qué herencia de piedad que la ha legado el autor de *Los Miserables*; así fué ferviente pacificadora desde el primer momento.

Para alcanzar su objeto, la señora Flammarión ha llamado á la buena puerta: se ha dirigido á la mujer, no sólo á causa de su papel de madre y de educadora, sino porque la verdadera mujer es el símbolo terrestre de la bondad, de la caridad, porque es dulce y paciente y porque pone toda su alma en la aceptación de un deber ó de una misión.

Si os suplico que os hagáis eco de esto, es para que no se olvide que nosotras las mujeres nos hemos asociado también al hermoso impulso de la propaganda pacifiquista y queremos contribuir á destruir lentamente los fermentos de odio para recuperarlos por las ideas generosas del progreso universal.

\*  
\* \*

VÍCTOR HUGO, DIBUJANTE.—Se comprende la sorpresa de los visitantes de la *Casa de Víctor Hugo*, donde se han reunido todas las manifestaciones de la vida del gran poeta, al encontrarse con que el autor de *Noventa y tres* ha sido también un



pintor notable, un dibujante excelente y un buen decorador, como dice Nemi en la *Nuova Antologia*. Allí hay, en efecto, dibujos, caricaturas, pinturas al óleo, acuarelas, aguas fuertes, marinas y maderas esculpidas, en todo lo cual se revela la impresión poderosa y personalísima del insigne creador.

Por cierto que entre las cartas exhumadas con motivo de estas aficiones de Víctor Hugo á las artes gráficas hay una de 1866, que termina diciendo: «*Merci con todo el mio corazón*». A propósito de esta frase española, el ilustre poeta J. M. de Heredia escribe al mismo Burty, á quien iba dirigida: «Creo que el gran Víctor Hugo ha escrito con «todo el mio corazón», que es un pisto de español y de italiano; pero creo, á pesar de todo el respeto que le tengo, que el ilustre poeta —el más español de todos los franceses junto á Corneille—estaba poco al corriente de la gramática transpirenaica; no sabe el español, pero lo adivina, lo crea».

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**I furti privilegiati**, per l'avv. Marcello Finzi. — Torino; Fratelli Bocca, editori.—162 páginas, 3,50 liras.

Es una buena monografía, bien hecha, con abundancia de documentación. Finzi ha aprovechado para su trabajo muchas legislaciones, así antiguas como modernas y contemporáneas. El expurgo, examen y comparación de las mismas es lo que constituye la base y casi toda la materia del libro, en el cual se muestra el autor muy parco en discusiones teóricas. «La investigación histórica—dice el mismo Finzi en las primeras páginas de la obra—no es, por tanto, aquí un simple ornamento ó una exposición de curiosidades arqueológicas, sino que tiende á ser el fundamento de nuestras deducciones. La síntesis, fuera de toda idea preconcebida, se apoyará sobre los elementos que nos haya ofrecido el análisis...»

El trabajo es nuevo, original, sobre materia acerca de la cual hay muy poco escrito. Su utilidad, por esto, es clara.

Versa sobre una especie particular de delitos privilegiados, y es delito privilegiado, para el autor, «un hecho delictuoso previsto por la ley, el cual, no obstante tener los elementos constitutivos de un determinado género de delitos, sin embargo, se halla sometido, en virtud de especiales circunstancias, á una sanción más benigna que la de otros»; siendo, «análogamente, hurto privilegiado aquel hecho delictuoso previsto por la ley, el cual, aun cuando contiene todos los requisitos del delito de hurto, sin embargo, por virtud de especiales circunstancias, se halla contemplado en una disposición

más benigna». Los principales de estos hurtos privilegiados, á que la monografía de Finzi se refiere, son los hurtos mínimos ó de pequeñísima entidad, los de sustancias alimenticias, el hurto campestre (espigamiento, sustracción de frutas, hierbas, etc.) y el hurto forestal.

P. DORADO

\*  
\* \*

**Curso de Filosofía: ONTOLOGÍA**, por D. Mercier. Versión castellana por Edmundo González-Blanco, conforme á la tercera edición francesa.—**LA ESPAÑA MODERNA**.—Un tomo de 664 páginas. Su precio, 10 pesetas.

Durante estos últimos años, Monseñor Mercier, el gran restaurador europeo del tomismo amplio, y decidido cultivador de los estudios psicológicos, ha venido trabajando en el terreno de la metafísica, y sobre todo en el de la metafísica general ú ontología. Empleó para las primeras ediciones (1890 y 1894) unos pequeños apuntes de cátedra, que publicó en los citados años con el título de *Nociones de Ontología*. Este no es el actual libro incorporado al *Curso de Filosofía*, y cuyo prólogo firma nuestro obispo con la fecha reciente de 22 de Septiembre de 1902. Se trata de un cuerpo científico y completo de doctrina; y salvo algunas incoherencias, en parte resultado del método escolástico seguido por el autor, es un testimonio bien convincente de su rico fondo de instrucción filosófica, singular exquisita erudición y prodigioso talento.

Es innegable que actualmente la metafísica late y se hace sentir en los círculos más objetivamente experimentales; y no lo es menos que todos los moldes en que se vacía son frágiles ó pasajeros. Por eso Monseñor Mercier se esfuerza en demostrar que el molde sólido y permanente está en la filosofía orgánica fundada por Aristóteles y Santo Tomás y continuada por sus sucesores.

He observado que muchos positivistas, en sus escritos y en sus conversaciones, hablan del escolasticismo como de la más

ardua de las doctrinas especulativas, y que han llegado á creer que todas las tendencias de la experimentación moderna son consideradas por sus secuaces como erróneas y malsanas; si así fuera, su desprecio hacia la filosofía escolástica estaría justificado; pero la verdad es que los escolásticos de nuestros días, y lo propio puede decirse de los del siglo XIII, no entienden esto de la misma manera, sino que aceptan casi todos los resultados de las ciencias de observación, interpretándolos con sutileza y profundidad en favor de sus teorías. En la *Ontología* de Monseñor Mercier, sobre todo, no se desdeña la exposición y examen de los nuevos sistemas físicos, químicos y biológicos, sino que, por el contrario, se les trae á colación con cualquier motivo. Así, al tratar del «principio de individuación», se discute la novísima teoría celular del «individuo-colonia»; al tratar de la «potencia» y del «acto», se discute la novísima teoría transformista de la evolución mecánica; al tratar de las «causas finales», se discute la novísima teoría materialista y sensualista de la determinación estética, etc., etc.

Por razón de esta amplitud de criterio, no menos que por la vasta cultura y penetración del ilustre prelado de Lovaina, es por lo que se puede considerar su *Ontología* como uno de los ensayos más felices y de las tentativas más acertadas para hacer florecer en el terreno filosófico el majestuoso árbol del *idealismo realista*, que combinando el sistema de Aristóteles con los procedimientos de observación, coloca á la razón en comercio inmediato con el fondo de la existencia universal, objeto de la metafísica.

Si queréis oír, lectores, la conclusión de Monseñor Mercier contra la filosofía no escolástica, escuchad estas nobles y hermosas palabras que nuestro metafísico toma de Vacherot, pensador poco sospechoso á los positivistas: «La escuela de Aristóteles es, sobre todo, una escuela de ciencia y filosofía positiva... Nada menos especulativo que su filosofía, si se entiende por esta palabra toda concepción *à priori*... Toda la

---

doctrina de Aristóteles se funda en una fórmula que es solamente la expresión abstracta y más elevada de la experiencia: *potencia y acto*, estas dos palabras que resumen su pensamiento y lo explican todo». Ved una preciosa confesión de aquel neo-kantiano, tan impregnado de criticismo y de prevenciones anti-escolásticas. Por mi parte, no añadiré ni una palabra: tan sólo diré á los que aún confunden el tomismo verdadero con un ergotismo de decadencia: *Erudimini*. Aprended.

ANTONIO MORILLO

## INDICE

---

|                                                                                                                                                                     | <u>Págs.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>La princesa Tarakanoff</i> (novela), por Gregorio Danilewsky .....                                                                                               | 5            |
| <i>Nuestro sistema de recompensas militares</i> , por Ignotus.....                                                                                                  | 37           |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....                                                                                                                          | 55           |
| <i>La discusión del presupuesto de Instrucción pública</i> , por Adolfo Posada. ....                                                                                | 70           |
| <i>El pueblo español ante la reforma social</i> , por Hipólito González Rebollar. ....                                                                              | 86           |
| <i>La locura del doctor Montarco</i> , por Miguel de Unamuno.....                                                                                                   | 114          |
| <i>Desolación</i> , por Antón Tchekhov.....                                                                                                                         | 129          |
| <i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....                                                                                                                      | 136          |
| <i>Crónica literaria.—Una nueva historia de la filosofía.—Historia de la Filosofía del siglo XIX</i> (por D. Alberto Gómez Izquierdo), por E. Gómez de Baquero..... | 155          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo .....                                                                                                              | 166          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y Antonio Morillo.....                                                                                                  | 202          |

# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.  
**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.  
**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Floren-  
cencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.**—Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Boissier.**—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.  
**Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.**—Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.**—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.**—Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.**—Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.

**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.

**Picón.**—Ayala, 1 peseta.

**Renan.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.

**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.

**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.

Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.

Dumas, 1 peseta.—Flaubert,

1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.

Goncourt, 1 peseta.—Mousset,

1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—

Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve,

1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.

Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual de Juez, 12 ptas.